
MARCIAL
GALA
ROCANROL
ARCHIPIÉLAGO
CARIBE
CORREGIDOR



Marcial Gala

Nació en La Habana (Cuba) en 1965. Es narrador, poeta y arquitecto. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, UNEAC. Premio Pinos Nuevos de cuento 1999. La Catedral de los Negros recibió las distinciones Premio Alejo Carpentier 2012 en el género novela y Premio de la Crítica a los mejores libros publicados en Cuba en el 2012. En la actualidad vive entre Buenos Aires y Cienfuegos.
Ha publicado los siguientes libros: Enemigo de los ángeles. cuentos (1995), El juego que no cesa, cuentos (1996), Dios y los locos, cuentos (1998), El hechizado, cuentos (2000), Moneda de a centavo poemas (2009), Es muy temprano cuentos (2010), Monasterio novela (2013), Escuchando a Miriam H, cuentos (2015), La Catedral de los Negros, novela (2015, Corregidor), Sentada en su verde limón novela (2017, Corregidor), Un extraño pájaro de ala azul, poemas, (2018) y Rocanrol, novela (2019, Corregidor). En 2018 obtuvo el Premio Ñ-Ciudad de Buenos Aires

por su novela Intensos compromisos con la nada.



MARCIAL GALA

Rocanrol

Colección

Archipiélago Caribe

1 Simone, de Eduardo Lalo

Prólogo: Elsa Noya

2 La piscina, de Edgardo Rodríguez Juliá
Prólogo: Carolina Sancholuz

3 La inutilidad, de Eduardo Lalo
Prólogo: Gabriela Tineo

4 Un seguidor de Montaigne mira La Habana,
de Antonio José Ponte
Prólogo: Teresa Basile

5 Los países invisibles, de Eduardo Lalo

6 Emoticons, de Aurora Arias
Prólogo: Gabriela Tineo

7 La Catedral de los Negros, de Marcial Gala
Prólogo: Celina Manzoni

8 Sentada en su verde limón, de Marcial Gala

9 Intemperie, de Eduardo Lalo

10 Historia de Yuké, de Eduardo Lalo

11 Intervenciones, de Eduardo Lalo
Prólogo: César A. Salgado

12 Roncanrol, de Marcial Gala

Gala, Marcial
Rocanrol / Marcial Gala. 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

: Corregidor, 2019.
Libro digital, EPUB - (Archipiélago Caribe / Pampín, María Fernanda; 12)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-05-3185-6

1. Narrativa Cubana. 2. Novela. 3. Revolución. I. Título.
CDD Cu863

ISBN edición impresa: 978-950-0531-84-9

Diseño de tapa:
Ezequiel Cafaro

Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.

corregidor.com
corregidor@corregidor.com
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN 978-950-05-3185-6
Libro de edición argentina.

(FEB/2019)

InclusivePublishing.org - Este eBook cumple con la Recomendación técnica de Accesibilidad para lectores con capacidades visuales, auditivas, motrices, y cognitivas diferentes.

Índice

Morirás en un accidente

Si avanzo sígueme

Cartas del Che

Su excelencia Peter Kiss

Raro espécimen judío

Pangriseridiriketonilio

Desafecto, desacato, diagnosticado

Los caballeros las prefieren rubias

Unión de Reyes llora

Hasta la victoria siempre

Papeles de loco

Todos tenemos

La ley del Talión

A correr liberales del Perico

Vacas mirando

El bicho de Kafka

Tan clara la noche

Manchones húmedos

Me llamo Peter Kiss y estoy loco

Un león rojo

Ni Pink Floyd

Para el mal

Ninguno aquí tiene algo que ver conmigo

Menfis, Tennessee

Un extraño pájaro de ala azul

Dos mitades

Desde que llegó a la Unidad su único deseo era irse para el batallón blindado. Miraba extasiado los vistosos uniformes, las maneras desenvueltas, la camaradería que solían prodigarse entre ellos los tanquistas, tan diferente de las relaciones que se establecían entre los infantes, marcadas sobre todo por la burla y el menosprecio. Decidió trasladarse a cualquier precio. Lo logró. Después de un año de adular a todo miembro del batallón blindado, de esforzarse por ser gracioso, de al acabar la intensa preparación de infantería, correr a interesarse por el funcionamiento del tanque de fabricación soviética T55M e incluso empuñar una mandarria y junto con los mecánicos y la tripulación de uno de esos vehículos, caerle a golpes a las esteras previamente desarmadas hasta quitarles el fango, el jefe del batallón blindado fue a verlo y le dijo:

—Soldado Oscar Ruiz recoja sus pertenecías que desde ahora es oficialmente un cargador de tanques.

Se puso tan contento que incluso lloraba y les repartió cigarros a varios soldados de su antiguo pelotón de infantería, cosa muy rara en él, pues era harto tacaño.

Diez noches después, estando de maniobras, para escapar al hedor de

axilas y pies, se bajó del tanque y se acostó a dormir en medio del descampado. Tuvo mala suerte. Llegó la mañana y al ponerse en movimiento el batallón blindado, las esteras de aquel flamante T55M del que era tripulante lo partieron al medio. Nadie lo notó. El resto de la tripulación estaba algo ebria, pues la noche anterior habían estado consumiendo vodka con jugo de naranja, conseguido gracias a un guajiro deseoso de un par de botas rumanas, mejores que el duro calzado soviético.

El batallón blindado avanzó hasta la posición señalada, veinte kilómetros más allá, y solo entonces, a la hora de realizar los disparos de entrenamiento, el artillero del tanque se percató de que Oscar Ruiz, alias el Torito, no estaba. Al principio pensaron que había desertado, pero luego encontraron las dos mitades del cadáver.

Cuando los fiscales de la contrainteligencia militar le preguntaron a la tripulación, el conductor y el sargento jefe no fueron muy elocuentes, pero el artillero refirió que al Torito lo fascinaba el abismo. Claro, no dijo solo eso, encendió un cigarro y luego de varias caladas, insinuó además que el Torito tenía problemas de retraso mental y debía haberse conformado con seguir siendo infantero, la hez del ejército.

Pasaron los días, pero antes repartieron uniformes nuevos para aquellos dispuesto a ir a rendirle honores al difunto y como era del Peñasco, un lugar casi fin del mundo, no toda la compañía de tanquistas estuvo dispuesta a asistir al velorio, entonces fueron a la Unidad de infantería y allí hubo varios voluntarios. Los montaron en un camión, uno de esos llamados Zil de guerra, y partieron.

La madre del Torito era una viejecita solitaria y de rostro duro. En el Peñasco no había funeraria, así que ella los esperaba, sentada en un taburete dentro del salón del círculo social, rodeada de otras mujeres, todas en taburetes. A la izquierda del ataúd de madera y tela gris, también los esperaba la única prima del Torito, una muchacha de excepcional belleza, al menos eso les pareció después de tantos meses sin ver mujeres jóvenes. Algunos suspiraron y el capitán Vilato los miró

severo. Luego fue depositar la bandera cubana sobre el féretro y empezar la primera ronda de guardias de honor, mientras los guajiros los miraban un poco desconcertados y a la prima bella se le aguaban los ojos. Daba un poquito de ganas de tener un papel más importante en esa puesta en escena. Daban casi ganas de ser el mismo Torito que con la muerte había ganado en apostura y como el ataúd era de los grandes, aquellos que no conocían sus escasos 165 cm de estatura, podían pensar que en vida fue alto. También repartieron café, un líquido amargo que a ninguno de ellos les pareció muy especial, pero sobre el cual las viejas y el capitán Vilato expresaron que estaba delicioso. Cuando regresaron a la Unidad los estaba esperando Alejandro Tejeras que entonces no era Peter Kiss, sino un adolescente flaco, sentado en la litera que había pertenecido al Torito.

Zapatillas Tortoloff

El primero en descubrir que había algo diferente en el nuevo soldado fue el Pepillo, algo distinto por ejemplo al salvajismo de Juan Díaz, el robusto y casi gigantesco portador de ametralladora pesada, que para demostrar la innata capacidad de comer de su familia, solía expresar:

—Yo soy un buey y mi hermana es una bueya.

En esos días, el general Tortoloff había sido nombrado jefe de estado mayor del ejército central y era muy rigoroso con el entrenamiento y las prácticas de tiro. Había algo histérico, espasmódico, en su personalidad cuando echaba para adelante su vientre abultado y le gritaba a oficiales y a reclutas. Acababa de llegar de la república de Granada y según la versión oficial se había portado como un héroe, pero el rumor entre clases y soldados era muy diferente. “Si quieres correr veloz, usa zapatillas Tortoloff” expresaba cierta cuarteta muy popular que los soldados no se cansaban de repetir y es que Tortoloff era odiado de

manera unánime debido a su apasionamiento por los fatigosos métodos de entrenamiento soviético. Era un "Cabeza de Puerco" más como todos los oficiales rusos y cubanos que cuando ascendían de mayor les daba por engordar y echar barriga y cogote, todos menos Adolfo Quintana, el coronel responsable de la preparación física de la división 1410 o Loma de Fine como también era conocida, que a pesar de sus casi sesenta años, mantenía la forma física de un atleta de alto rendimiento.

Uno no llega a una unidad militar y clama hola me llamo Peter Kiss impunemente. Cuando alguien se presenta así, es como si se pusiera un cartel en el pecho con la frase hola, soy una víctima. Decir me llamo Peter Kiss cuando tu verdadero nombre es Alejandro Tejera es declararle la guerra a la oficialidad del batallón de infantería, es decirle soy un electrón libre, un agente perturbador, y ellos están dispuesto a hacértelo pagar caro y más ahora que después del corre corre que se formó en la isla de Granada, la oficialidad tendía al desmadre, a la desmesura.

Todo el ejército tendía a la desmesura y el principio fue quitar los cuartos de armamentos, pues según el Estado Mayor Central, lo que pasó en Granada fue que la 82 división aerotransportada del ejército americano sorprendió a los cubanos con el armamento guardado. Todo el día andaban los jovencísimos reclutas de la división 1410 con las AKM a cuestas, dormían con esas armas, y cuando se formaba un conato de bronca, se apuntaban entre sí, rastrillaban, y parecía que iba a haber un difunto de un momento a otro.

Cierto que muy pocos oficiales sabían quién era ese Peter Kiss que aducía ser el soldado Tejera, pero el nombre era de gringo y eso no estaba bien. Si hubiera declarado ser Anatoli Krispoyenko, Yuri Timoshevich o algo así, todo sería distinto. Se podía aquilatar incluso que nombrarse como un héroe de la gran guerra patria era el homenaje del soldado a los tantos años de lucha del pueblo soviético, pero ¿Peter Kiss? Declararlo así como si el ejército fuera cosa de risa era algo gravísimo, no estaba bien. Claro que lo primero era decidir:

Uno si el tal Tejera estaba a las órdenes de una potencia extranjera y

quería sabotear la buena marcha de la preparación combativa.

Dos si pretendía ser desmovilizado antes de tiempo.

Tres si era un guasón e intentaba burlarse de ellos, los oficiales, que tenían todo el tiempo del mundo para hacerle comprender que reírse de ciertas personas era un error peligroso.

Muchos de los soldados, quizás exceptuando al Pepillo, tampoco conocían quién era el verdadero Peter Kiss. Algunos ni siquiera sabían que Kiss es una palabra inglesa cuya traducción al español es beso. Alejandro Tejera fue entonces el primero en hablarles de los Kiss y de las hazañas de su vocalista Peter que una vez hizo circular una jarra vacía entre el público que abarrotaba un teatro de Londres, pidió que escupieran dentro de la vasija, y luego se tragó el contenido. Describía al Castillito, cabaret de Varadero, donde se bailaba con un pedazo de hielo entre los dientes, escuchando unas veces a Bob Marley, otras a Kiss.

Esa imagen, casi sensorial, decenas de adolescentes bailando con hielo en la boca, intrascendente para muchos, quedó fijada en la memoria de otros, entre ellos el Pepillo que originario como era de Cienfuegos, solo había estado en Varadero siendo todavía un niño, y apenas recordaba del balneario lo grande de las almendras y la arena que de tan blanca cegaba.

La división 1410 estaba compuesta por tres regimientos de infantería y sendos regimientos de artillería y tanques. Peter Kiss pertenecía al pelotón uno de la compañía tres del primer batallón del segundo regimiento de infantería. El jefe de compañía era Bernardo Marqués, un oficial que había concluido con título dorado sus estudios militares y por eso era conocido con el apodo de medallita de oro. El jefe de pelotón era el subteniente Alfredo Pérez o Mandarrita, conocido así por ser tan pequeño y esmirriado como el actor de un programa humorístico de TV con el que compartía el mote.

En aquellos días trasmitían “La esclava”, telenovela brasileña, y los soldados se volvieron tan fanáticos de la pálida Isaura y de sus desventuras y amores, que abandonaban las postas de guardia para

llegarse hasta las áreas de recreo y pararse delante de los aparatos de TV.

Peter Kiss nunca había conocido a un negro que le gustara tanto el rock como al Pepillo, que de pepillo no tenía nada, solo era un muchacho alto y bastante flaco, cuya principal afición era correr como un desaforado, pretendiendo reeditar los éxitos de Juantorena en los ochocientos planos. Imitaba al campeón olímpico hasta en la manera de mirar a un lado y al otro al correr. A veces, un grupo de soldados iba a la pista con el proclamado objetivo de burlarse del Pepillo, y decirle que jamás de los jamases iba a llegar a nada, que era mejor que se dedicara al fisiculturismo, pues eso si era meritorio, que se ciñera un cinturón y se dirigiera al gimnasio central de la Unidad e intentara agrandar el grosor de bíceps, tríceps y pectorales que con eso si se imponía respeto a los hombres y se lograba la admiración de las jevitas. El Pepillo, concentrado en la carrera, apenas notaba la presencia de los guasones. Apuraba el paso. Llegaba a ir tan rápido que parecía que de verdad podía llegar a ser un Sebastián Coe del trópico, un Juantorena de nueva data, para que el famoso y cojo locutor deportivo cubano Héctor Rodríguez volviera a soltar con la voz entrecortada de la emoción, ahí va Ismael Suárez con el corazón en la boca, y luego por las bocinas del estadio olímpico se dijera ¡de Cuba Ismael Suárez!

“Caballo Loco” bautizó uno de los soldados al Pepillo, pero Peter Kiss no estuvo de acuerdo.

—Crazy Horse es alguien que conocí en La Habana, experta en abrir cajas fuertes, luego te hablaré de ella –le prometió Peter Kiss al Pepillo y de vez en cuando, si estaba de venas, corría junto con él. Corría despreocupado de zancadas y de cuidar la respiración, esas cosas tan esenciales para quien pretende llegar lejos en el atletismo. Corría a lo loco, hasta faltarle el aliento. Entonces volvía a sentarse en el césped que rodeaba a la pista y empezaba a tararear algún tema de Nirvana o de otra banda y parecía estar feliz, extasiado de la vida.

Ya no estaba prohibido escuchar rock. Ya en esa época uno podía andar con un longplay bajo el brazo que dijera Kansas o Queen sin que

alguien pusiera el grito en el cielo y avisara a la policía para que te arrestaran por diversionismo ideológico, pero en el ejército era otra cosa. El cantante casi oficial del ejército era el Puma. Su tema Dueño de ti, dueño de nadie se escuchaba mucho más que el himno nacional. Los domingos, día destinado a la recreación y al asueto, los jóvenes reclutas recibían una ducha de baladas latinoamericanas que empezaban con el Puma, seguían con José José y aquello de: no me importa lo que has hecho, no me importa lo que has sido porque estoy desesperado, decidido a aceptar lo que sea, tú has ganado, desesperado, sin ganas de vivir. Cuando el cantante llegaba al segmento de sin ganas de vivir, gran parte de los soldados coreaban el tema a voz de grito y era como si el ejército cubano no tuviera ganas de vivir y algunos oficiales se llevaban la mano a la cartuchera y a punto estaban de escribirle a la jefatura para que condenara a José José por subversivo y lo sumaran a José Feliciano que ya no era santo de devoción en Cuba por argumentar en una entrevista que prefería seguir ciego antes que ver la luz del comunismo; tremebundas palabras que parecían enrarecer el cielo de aquellas mañanas de domingo cuando, en la 1410 o Loma de Fine, los soldados salían de los albergues a recrearse y algunos inmersos en tantas baladas hubieran querido escuchar aquella música anglosajona absolutamente prohibida en zona militar cubana y entonces había que conformarse con canciones mexicanas que hablaban de desesperación y angustia y de falta de mujeres: de piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera. Escuchar eso, cuando estás deseoso de sumergirte en el farrago del rocanrol, escuchar eso cuando necesitas sicodelia, cuando necesitas sentir que tu vida transcurre tan urgente como una Harley Davidson de 500 cc cruzando el desierto de Arizona, escuchar eso cuando estás a punto de dar gritos y soltarte el pelo que un día fue largo y moverlo de arriba abajo y gritar, gritar, para que entiendan que tú no eres un animal de boleros y baladas, que si te dicen Peter Kiss es por algo.

—Me encanta hacerme el loco –le dijo Peter Kiss al Pepillo que acababa de darle sus veinte vueltas diarias a la pista y que ahora, sentado

también en el césped lo escucha, aún con el corazón palpitante.

—Me encanta hacerme el loco –le reiteró minutos antes de empezar a contarle la verdadera historia de Crazy Horse, la especialista en cajas de caudales.

Rocanrol y psicodelia

En 1953 el mismo año del asalto al cuartel Moncada, Moraima Montebravo Koser, alias Crazy Horse, huérfana de una judía polaca y de un empresario alicantino también hebreo, vivía con su abuela Elena Koser en una mansión de Miramar. Estudiaba en uno de los mejores y más caros bachilleratos privados de La Habana, donde además de matemática, lengua española, geografía, historia y otras materias, aprendía todo lo que debe saber una señorita acerca de buenos modales, francés y piano.

Años después, cuando los barbudos bajaron de la Sierra, Crazy Horse ya era una núbil y experta ladrona que un día le robó la cartera al mismo comandante Guevara, pensando encontrarla llena de billetes, pero escasamente tenía un pasaporte argentino y cuarenta pesos cubanos.

Crazy Horse fue la primera en hablarle de rocanrol a Peter Kiss. Él siempre se acordaría de aquella mañana en que la rubia le entregó, como quien traspasa un tesoro muy grande, un disco, no de los Beatles sino de los Rolling Stones, regalo de un marino griego con el cual se acostaba a cambio de cigarrillos Camel, latas de carne, blúmeres y de vez en cuando veinte dólares que ella escondía muy bien porque estaba prohibido tener dólares. También estaba prohibido relacionarse con marinos ya sean de Grecia o de cualquier otra parte que no fuera cubita la bella, por eso Crazy Horse se consideraba a sí misma no una puta de cuarta o fletera, sino una valiente heroína, alguien capaz de darlo todo por su libertad

personal.

El Pepillo escuchaba a Peter Kiss extenderse y extenderse sobre la historia de Crazy Horse y pensaba en su propia madre y sobre todo en su padre: un hombre alto que odiaba el rock y se había visto compelido a emigrar en 1980, cinco años después de ser defenestrado del puesto de profesor universitario por atreverse a defender al más brillante de sus alumnos acusado de amaneramiento. El discípulo se llamaba Gustavo, estaba ya en quinto año de filología y era muy bueno redactando. La acusación provenía del presidente de la FEU del aula y se basaba en:

- Modo de caminar, suave y acompasado
- Largo del cabello, tendía a la melena.
- Manera de sentarse, cruzando las piernas, no por encima de las rodilla, formando un ángulo de noventa grados como cuadra a un bregado varón, sino de una manera bastante femenina.

El padre del Pepillo alegaba que la cantidad de afeminamiento que no debe sobrepasar un varón para poder continuar sus estudios es muy difícil de determinar, y en el calor de la discusión, sostenida con el presidente de la FEU, otros profesores, el decano y el rector, dio un fuerte golpe con el puño cerrado en el buró de la rectoría. Error fatal para él, pues al momento la discusión dio un giro y el rector de la universidad, encarándose con el padre del Pepillo lo acusó de dos cosas gravísimas: defensor de aberrados sexuales e inmadurez política.

Esa tarde que el Pepillo vio llegar a su padre con la cabeza baja por la derrota aún permanecía en su mente, mientras oía a Peter Kiss disertar sobre Crazy Horse.

Luego su padre entregó el carnet del partido. Lo depositó encima de la mesa del secretario del núcleo de la facultad de Letras, otro profesor de filosofía.

—Ya no quiero esto –dijo al entregarlo.

—Yo tú, esperaba –dijo el otro profesor, de apellido Méndez– tu caso aún se está analizando.

—No –dijo el padre del Pepillo –me partieron las patas, los conozco,

van a hacerme polvo, no voy a poder dar clases ni en el Kindergarten.

—¿Pero a quien se le ocurre defender a un maricón?

—Gustavo no es maricón.

—¿No? Ese si no es pato sabe dónde queda la laguna.

—¿Y qué si lo fuera?

Todo cambió. En la casa del Pepillo empezaron a faltar cosas que antes parecían servidas por un dios generoso. Lo primero en perderse fue el papel sanitario. Dejó de ser familiar encontrarlo en el baño oloroso a esa agua de colonia marca Tú, que la madre solía utilizar. El Pepillo se vio obligado a recurrir a viejos ejemplares de Granma y Juventud Rebelde, periódicos a los que el padre estaba suscrito. Luego otros objetos se tornaron volátiles, etéreos, listos a desaparecer y el adolescente empezó a apreciar el valor de las cosas. El valor, por ejemplo, de un reloj japonés en la muñeca, aunque sea de plástico, no el detritus que fabricaban los soviets y que respondía al feo nombre de Poljot. El Pepillo odiaba a los soviets y a lo que representaban. Casi era algo innato en él. Nunca le gustó el comunismo. Cuando oía al máximo líder extenderse en sus discursos como si en Cuba no hubiera otro asunto en que emplear el tiempo que escucharlo, sentía rabia y una especie de vértigo. No puedo con esto, pensaba para sí. Además ahora que su padre había perdido el status de profesor universitario y se sentaba todos los días en uno de los sillones a darse balance y a mirar a la calle desde el balcón, y dependían del salario de la madre, secretaria de uno de los jerarcas de la refinería de petróleo, ya el Pepillo no podía darse el lujo de gastar en caros jeans de importación: Levi Strauss, Wrangler o Lee. Tenía que conformarse con usar Jiqui, pitusa de fabricación nacional, que según el Pepillo, parecía diseñado por un zombi. Dejó de tener acceso a cabarets, discotecas y otros lugares frecuentados antes por él y algunas muchachas, hijas de médicos, profesores universitarios o artistas, con las que antaño sostenía animado coloquio, ahora parecían evitarlo. Él necesitaba de ese ambiente y de esas muchachas. Necesitaba hablar de rocanrol y de psicodelia. No se dedicó al latrocinio por falta de vocación,

pero ganas no le faltaron. Miraba a su padre que parecía haber envejecido bastante, a pesar de sus escasos cincuenta años, y no llegaba a sentirse orgulloso. ¿Qué necesidad tuvo de defender a un marica?, pensaba y no es que el Pepillo tuviera algo contra los homosexuales, pero al final, a pesar del sacrifico de su padre, expulsaron a Gustavo y se suicidó, decían las malas lenguas que por un tipo. Ojalá que no crean que fue por mi viejo, cavilaba el Pepillo, cuando ya el padre había partido a los EE.UU. en un yate llamado Buena Vista.

No pudo irse con él, porque no había pasado el servicio general obligatorio. Ahora escucha las anécdotas de Crazy Horse, ladrona y aventurera, y no cree del todo que la chica hubiera sido capaz de birlarle la billetera al mismísimo Che Guevara.

El Che no lo podía creer tampoco. Ocurrió en un trabajo voluntario a principio de los sesentas, en el cordón de La Habana. Ernesto Guevara de la Serna estaba justo en el surco del centro; con el azadón en las manos preparaba la tierra para sembrar algodón. A su derecha y a su izquierda trabajaban miembros del ejército rebelde, del movimiento 26 de julio y dos fotógrafos del periódico Hoy. Era un hombre muy pálido y sobre lo gordo que poco tenía que ver con su imagen de guerrillero inmortal. No llevaba camisa y su pantalón verde olivo se prodigaba en bolsillos, así que cuando Crazy Horse se acercó con la tinaja de agua, por un momento se sintió desconcertada, pero luego con instinto infalible supo que la cartera del comandante estaba en el bolsillo trasero y mientras el Che con una sonrisa de agradecimiento bebía, Crazy Horse actuó en consecuencia.

Tres días después fueron a buscarla al edificio administrativo del periódico, donde laboraba, la montaron en un Chevrolet azul plateado y la llevaron a una casa del Vedado, muy cerca de la Rampa. Fueron amables. Fingieron incluso no saber que además de trabajar como secretaria de redacción, se dedicaba al robo. Le tributaron muchas sonrisas ese primer día de su interrogatorio. Pero al segundo día, cuando siguió alegando que no sabía nada de la cartera del comandante, vino la bofetada, dura y rápida como el restallar de un látigo. Golpe que marcó

su cara de rubia natural y le tumbó el pañuelo de cabeza que entonces llevaban casi todas las mujeres cubanas. Su pelo se desplegó como una bandera y los ojos se les llenaron de lágrimas.

—No sé nada, compañeros –insistió Crazy Horse.

—Ah, no sabes nada –dijo uno de los hombres, no el del bofetón, sino otro, un negro fornido, de gafas, y mirar tranquilo. El del bofetón era cetrino, nervioso y de suave sonrisa de bandido.

—Esto es un atropello –dijo Crazy Horse– soy tan revolucionaria como ustedes.

—Ayúdate a ti misma, compañera Moraima Montebravo –siguió diciendo el negro– lo único que queremos saber es quién te mandó a que le robaras al propio comandante Che, déjame decirte que él está muy enojado contigo. Si algo no le gusta es la falta de respeto y a mí personalmente no me gusta que creas que somos tontos… lo único que tienes que hacer es decir el nombre de la organización que te pagó, comprometerte a no hacerlo más e irte a casa. Ni tu abuela, ni tu esposo, tienen que enterarse de esto.

—No sé, no he robado nada –dijo Crazy Horse.

—Todos los que participaron en ese trabajo voluntario junto al Che eran compañeros probados en la brega de la lucha –dijo entonces el otro, el cetrino– la única desconocida eras tú, mandada por el sindicato de la prensa para que tuvieras el alto honor de servir el agua del comandante… así que fuiste tú, acabemos con esto ¿Quién te pagó? ¿El directorio revolucionario? ¿Los jóvenes católicos? Habla.

Gracias a que el Che intervino a su favor, solo la condenaron a doce años en la sección femenina de la Cabaña. De ellos cumplió seis. El Che fue a visitarla varias veces y la última casi a punto de irse para el Congo le llevó un libro de Jack London y le pasó el brazo por la espalda.

—Chau, rubia –le dijo– pórtate bien que ya te falta poco.

Al Che también le faltaba poco. Murió la misma tarde de 1967 en que Alejandro Tejera vino al mundo.

Cuando llegaba al punto de su nacimiento, Peter Kiss guardaba silencio unos minutos, pues le costaba admitir que después de eso, su madre había dejado de ser una ladrona para convertirse en la más vulgar ama de casa. La única señal de que antes había sido una rebelde era la predilección por el rocanrol, en su hogar no se escuchaba otros ritmos. Peter Kiss supo de la existencia de la música cubana en el septiembre de sus seis años cuando empezó su etapa escolar. Allí, en el colegio José Martí, situado muy cerca de su casa de Miramar, aparte de escuchar, gracias a los altoparlantes de la escuela, un longplay de sones, rumba, chachachá y danzones, se enteró de dos cosas:

Primero que Crazy Horse no era la reina del mundo, sino al contrario una persona que arrastraba la carga de un pasado vergonzoso.

Segundo y más importante que él no sería feliz nunca, jamás de los jamases.

Su madre había sabido birlarle el mundo. Le había hecho creer que la vida era rocanrol y que todos los hombres eran como su padre, el poeta fracasado, siempre con una sonrisa en los labios y no, no era así.

Cuando concluyó el acto de bienvenida al curso escolar, se apagó la música y en la plaza de la escuela, frente al busto de Martí y el asta desde la cual ondeaba la bandera cubana, una maestra delgada y de espejuelos de pasta negra abrió una carpeta azul y leyó los nombres de los alumnos de nuevo ingreso, entre ellos Alejandro Tejera, al finalizar dijo el aula a que pertenecían. A él le tocó la B de primer grado. Luego formaron para escuchar las notas del himno nacional. Al combate correr bayameses. La madre se despidió de él con lágrimas en los ojos que la patria os contempla orgullosa. La madre no había tenido la precaución de pelarlo antes de conducirlo a la escuela, no temais una muerte gloriosa, el cabello casi le llegaba a los hombros, y uno de sus compañeritos, tenían

la ventaja de haber pasado por el círculo infantil, que morir por la patria es vivir por lo que eran agresivos y seguros de sí, le gritó:

—¡Hembrita!

A esa primera imprecación la continúo un coro de: ¡hembrita, hembrita, hembrita! Coro que la maestra interrumpió con una sola palabra:

—¡Silencio!

Él movió la melena del mismo color paja que la de su madre, cabellos de descendiente de judíos polacos, y el niño que estaba parado detrás de él le susurró en el oído:

—Maricón.

Su padre Alfredo Tejera, periodista de profesión y poeta de vocación, tenía sesenta años y fumaba demasiado. Cuando le diagnosticaron el cáncer ya era tarde. El último tren del poeta se había ido y no precisamente a Londres con Electric Light. Alfredo Tejera se fue apagando hasta quedar convertido en una diminuta vela que un día soltó la última llama. Ese día Alejandro supo que algo había pasado. De pronto familiares y vecinos se volvieron solemnes, suaves y tristes porque al poeta todos lo querían, era decente, cortés; un hombre de mundo que había vivido en New York, París, México y otras ciudades. Luego su madre se casó con Héctor Colina, funcionario del partido, que los llevó a vivir a Varadero y allí Peter Kiss aprendió a amar al océano, la natación y la marihuana que cultivaban él y un remero de Cárdenas llamado Simón Alcolea. Ambos estaban en el mismo preuniversitario de deportes. Simón era muy negro de piel, el rocanrol lo dejaba indiferente, pero amaba el reggae y odiaba la música cubana, a pesar de ser hijo del percusionista principal de una charanga de moda.

El sembradío de marihuana quedaba en una ensenada, cerca del poblado de Boca de Camarioca a la que se accedía luego de nadar bastante y los fines de semana, ellos dos iban hasta allí a preocuparse por su cultivo, a fumar y a masturbarse, no uno al otro, sino por separado, cada uno pensando en sus diferentes objetos sexuales. A Simón le

gustaba la directora de la escuela, una rubia de alrededor de cincuenta años que había pertenecido al primer equipo de nado sincronizado armado por Cuba luego del triunfo de la revolución. También le gustaban la mamá de Peter Kiss y una alumna de doce grado, miembro del equipo de polo acuático, dirigente juvenil muy severa, una verdadera y rabiosa perra comunista como ella misma se hacía llamar. Los gustos de Peter Kiss eran más variopintos. A Peter Kiss casi todas las jóvenes del aula lo atraían. Sabía escucharlas y jamás de los jamases se burlaba de ellas, ni exhibía los bíceps para que comprobaran qué fuerte estaba. Las trataba con consideración y hasta la judoca más rústica tenía una frase de elogio para Peter Kiss, pero como era el casi novio de todas, no era el novio de ninguna, por otro lado, en la escuela era sabido que Simón y él eran unos disolutos. Además ninguno de los dos tenía futuro en el deporte. Estaban en ese colegio de alto rendimiento deportivo: en el caso de Simón por el dinero del padre y su posibilidad de viajar al exterior y regresar con regalos para los profesores, y en el caso de Peter Kiss porque su padrastro, Héctor Colina, desempeñaba ahora un alto cargo del partido en Matanzas y todos le tenían respeto. Peter Kiss y Héctor Colina se odiaban, cosa bastante habitual entre hijastros y padrastros, pero en este caso sobrepasaba toda medida. Peter Kiss lo odiaba tanto que era una especie de amor. Héctor Colina lo correspondía con parecida furia, por tanto se llevaban bien. Todo eran sonrisas a la hora de la cena. Sonrisas y cortesía. El padrastro de Peter no era ningún tonto. Había estudiado en la escuela superior del PCUS y hablaba el ruso con un suave dejo de suficiencia que mucho le gustaba a los compañeros “bolos” (como llamaba el pueblo a los soviéticos) que solían visitar a la familia. De todos aquellos Volodias, Michas y Svetlanas, Peter Kiss solo recuerda con claridad a Irina, cierta veinteañera moscovita de ojos grises. Irina que le hablaba de la calle Arbat y de un escritor prohibido en estos lares: Mijaíl Bulgakov y de su novela El Maestro y Margarita que ella había leído primero en un zamizadt y luego en una edición de lujo, regalo de un novio yugoeslavo. Si Irina hubiera sido un poco más joven hubieran

terminado siendo novios, pero Irina ya cumplía veintisiete años, además de que amaba el dinero y todo lo que proporcionaba. Peter Kiss pudo oír como Oleg, otro ruso, gordo y de sonrisa perenne, en un español de jerigonza, le contaba a sus padres que Irina era amante de cuanto alto ejecutivo soviético visitaba Varadero por más de una semana. Su padrastro soltó la carcajada y Peter Kiss lo aborreció un poco más. Le quedaban solo tres ejemplares de los cuadernos de poesía que había publicado el padre, sin embargo le regaló uno a Irina. En la portada de ese folleto se veía una foto de Crazy Horse con el pelo rubio y largo agitado por la brisa. Peter Kiss no sabía que esa foto la había logrado Alfredo Tejera una tarde en que sorprendió a Crazy Horse robando en la oficina económica del periódico donde ambos trabajaban. Alfredo Tejera regresaba de hacer una entrevista, por lo que andaba con la cámara fotográfica profesional, propiedad colectiva del gremio de reporteros. Usaba zapatos de tenis, así que ella, concentrada en la caja de caudales, no percibió su llegada. Él se escondió detrás de un buró. Solo cuando Crazy Horse, al final de unos laboriosos minutos, logró dar con la combinación de números y la portezuela de la caja fuerte se abrió con un apagado y sordo ruido, le soltó un ¿¡compañera qué hace usted!? Al tiempo que apretaba el obturador de la cámara. La oficina central del periódico quedaba en el piso siete de un edificio de puntal muy alto de La Habana vieja. Las ventanas estaban abiertas y a la vez que el poeta realizaba la foto, una ráfaga de viento hizo ondular los cabellos de Crazy Horse.

Había empezado hace poco como secretaria de redacción y Alfredo Tejera siempre ocupado con sus artículos y poemas no había encontrado la oportunidad para entablar una conversación con ella, pero le atraían su imagen de muchacha cortés y un algo misterioso, que parecía rodearla siempre. A veces, a la hora del almuerzo, el poeta procuraba sentarse en la misma mesa del comedor para contemplar a gusto el rostro delgado y de rasgos finos de Crazy Horse, mientras ella sacaba de la cartera de piel marrón, tenedor, cuchara y cuchillo. Siempre los llevaba protegidos por

una pulcra servilleta de tela para luego usarlos con una destreza que atestiguaba muy buena educación. Él sonreía entonces, pero ella no parecía darse cuenta de su existencia. Sin embargo, ahora la tenía ante sí, develado el misterio, la princesa como la llamaban algunos, no era más que una ladrona de lo más vulgar.

—Me atrapaste –dijo Crazy Horse dejándose caer en una de las sillas– solo permíteme saber si lo que busco aún está ahí.

—¿Y qué es eso?

—Las cartas que condenan a mi padre.

—¿Tu padre? ¿Quién es tu padre?

—Emilio Ballagas.

Ella improvisaba mientras el corazón quería salírsele del pecho, era la primera vez que la atrapaban infraganti. Él sabía que la muchacha no decía la verdad, pero le gustaba que al fin, aunque fuera por fuerza mayor, ella le dedicara unos minutos de su tiempo.

—Está bien, te creo, fíjate además si mis zapatos están también –dijo y Crazy Horse abrió la caja fuerte. Adentro no había dinero, solo papel, muchos legajos, nada más.

Ella fingió que buscaba una carta.

—Sal a cenar conmigo –soltó él, medio en broma, medio en serio.

Crazy Horse entonces lo miró a los ojos y fue como si lo viera por primera vez. Ambos tenían pupilas azules. A Crazy Horse no le gustaban los hombres tan pálidos y además era muy viejo. Ella apenas tenía diecinueve años. Él cumplía cuarenta y ocho, pero aparentaba más. Si consintió fue porque se supo atrapada, pero luego empezaron a hablar. Hablaban y hablaban. Era como si el idioma español acabara de inventarse y la novedad los obligara a usarlo. Hablaban. Ella al tercer día le contó que no podía evitar robar.

—Se llama cleptomanía –dijo el poeta, pero Crazy Horse no estuvo de acuerdo.

—Cleptómano es el que se roba un pañuelo de una tienda, yo robo en grande, cajas fuertes y carteras de hombres pudientes y antes de la

revolución Mauricio y yo invadíamos las casas de los amigos de mi familia… me gusta robar, la verdad.

—¿Quién es Mauricio?

—Alguien al que quise mucho y ahora está muerto.

—Prométeme que no lo harás más –dijo él.

—Eso no puedo prometerlo –dijo ella– pero sí que seré muy cuidadosa.

El poeta fue a ver a un amigo psiquiatra y le contó que la abuela de un conocido suyo era por el día una viejita encantadora y por la noche una perversa criminal que atracaba casas, robaba bancos y cartereaba a hombres acaudalados para luego donar las ganancias sin guardar nada para sí.

—Síndrome de Robin Hood, llamémoslo de esta manera –dijo el psiquiatra, deseoso de acuñar una nueva enfermedad de los nervios– tráeme a esa anciana si puedes, vamos a utilizar la hipnosis a ver si da resultado.

—No puede ser –dijo el poeta– son personas muy celosas con su privacidad.

Se casaron en febrero, después de un año de noviazgo. Luego ella cayó presa por carterear al Che y el poeta perdió el trabajo en la redacción del periódico y fue expulsado del partido socialista popular al que pertenecía desde 1940, pues no se concebía que un militante fuera esposo de alguien tan poco recomendable. Cuando lo citaron a una reunión especial y le exigieron que abandonara a Crazy Horse se negó de plano. Amo a esa mujer, alegó, por lo que para los dirigentes del partido quedó demostrado que era un decadente de costumbres harto burguesas capaz de poner sus intereses personales por encima de los de la Revolución.

—Románticos como usted no poseen los atributos necesarios para contribuir a la formación del hombre nuevo –le dijo el secretario de la organización de base.

Luego, el volumen de ensayos que debía aparecer en octubre de ese año le fue devuelto por la editorial y cierta reseña que alguien había

escrito para el suplemento del periódico Revolución donde se elogiaba su último libro de poesía no se publicó jamás. Después de todo esto, el poeta andaba por La Habana como un zombi. Apenas veía los carros que sonaban el claxon con furia cuando cruzaba las calles. Su único placer era conseguir harina, azúcar, aceite, bicarbonato y limón, para los últimos sábados del mes visitar a Crazy Horse en la cárcel y llevarle ese pastel de limón, cocinado siguiendo el gusto de Manhattan, al que ella era aficionada. Jugaban ajedrez y Crazy Horse le comentaba del último libro que había leído.

—¿Y cómo va el periódico? –solía preguntar ella después porque él aún no le contaba que ya no era periodista, sino que trabajaba de custodio en una panadería.

—Va.

—Estás más canoso, es como si afuera el tiempo pasara más rápido que aquí.

—Te extraño.

—Yo también a ti, habla con el Che, él se lleva muy bien conmigo pero a mí me da pena… dile que no lo haré más.

Ella tenía veintiún años pero en algunas cosas era más ingenua que una niña. El poeta sabía que si intentaba hablar con Guevara solo iba a agravar la situación de Crazy Horse pues el Che era incorruptible y rencoroso, dos virtudes recomendables en un revolucionario profesional, pero terribles en el cotidiano vivir.

Un Dios retozón

Peter Kiss le fue contando todo esto a Irina poco a poco. Irina nadaba muy bien e incluso había sido miembro del equipo olímpico de la república federativa soviética de Rusia, aunque solo como suplente.

Muchas veces surcaron juntos las claras aguas de Varadero y una tarde, acostados en la arena, ella lo besó en la boca. La lengua de Irina sabía un poco a cigarro mentolado. Después de ese beso, Peter creyó que podía decirle algo.

—¿Quieres fumar marihuana?

Irina pertenecía a la KGB. Estaba en Cuba para neutralizar cualquier asomo de disidencia de parte de los colaboradores soviéticos. Le gustaba ese cubano, tan joven como su hermanito Boris allá en Moscú, pero Peter tendía al desmadre, a la disipación. Necesitaba un correctivo. Así que asintió con la cabeza. Fueron nadando hasta la ensenada secreta, lugar donde se guardaba la cosecha. Fumaron marihuana, se besaron y él le hizo el primer sexo oral de que Irina disfrutó en la vida.

—¡Pashiva, pashiva! –gritaba ella en su desvarío hasta que tuvo tres orgasmos sucesivos. Luego, cuando regresó al hotel, escribió una carta en el correctísimo español que había aprendido en sus años de Nicaragua y se las arregló para depositarla en la carpeta de la sede de la policía de Varadero. En esa carta ella especificaba el sitio exacto del sembrado de marihuana y contaba que los alumnos de la ESPA o escuela provincial de deportes, Alejandro Tejera Montebravo y Simón Alcolea Rodríguez, ambos cursando el doce grado, eran los responsables de ese grave delito de corrupción capitalista.

Un Dios retozón quiso que esa mañana en que fueron a buscarlos el cielo estuviera radiante y que ellos dos, parados uno detrás del otro, escuchando la perorata del jefe de cátedra de preparación política, fueran quizás los primeros en oír la sirena del auto policial, pues, como eran los más altos, estaban más cerca del portón que daba al patio pavimentado donde se desarrollaban las actividades políticas del preuniversitario. Ambos voltearon la cabeza al unísono. Poco a poco, alumnos y profesores también giraron la cabeza para ver entrar a los tres uniformados de azul que se dirigieron hasta el estrado, en el cual, rodeada por el claustro de profesores, estaba la bella cincuentona que había sido en sus tiempos la principal figura del nado sincronizado en Cuba. Los policías estrecharon

las manos de profesoras y profesores. Después dijeron algo que el alumnado por más que aguzó el oído no pudo escuchar. Algo que provocó primero el asombro y luego el consentimiento de la directora.

—¿Se encuentran aquí los alumnos de doce grado Tejera Montebravo y Alcolea Rodríguez? –preguntó la directora en voz muy alta.

Simón y Alejandro levantaron las manos. Todos, profesores y alumnos giraron las cabezas para mirarlos y los policías caminaron hacia ellos dos.

—Esto se jodió –susurró Simón.

—A lo mejor es por otra cosa –dijo Peter Kiss cuando ya los tres policías llegaban y el único con grado de suboficial le ordenaba a ambos:

—Acompáñennos.

Estábamos en 1985 y todo en la existencia de Alejandro Tejera iba a dar un giro de noventa grados, su sueño de estudiar medicina se iba a disipar en el aire, el dios travieso le guiñaba los ojos a la nada, Irina la delatora profesional se acababa de despertar en la cama de un mulato joven que apenas conocía, Crazy Horse leía una novela de Truman Capote, Ronald Reagan, primer actor que llegaba a presidente de los EE.UU., era reelegido para un segundo mandato, Yuri Chernenko, secretario general del partido comunista soviético, acababa de morir, o sea que el universo parecía girar por goznes desconocidos para los humanos, pero sin dudas bien engrasados, moviéndose al compás de una música también imposible de oír para nuestros oídos, pero clara y lógica como los pensamientos de Stephen Hawking, reclinado en su silla de ruedas, allá en el lejano Londres.

Uno de ellos era hijo de un músico algo conocido, percusionista por más señas, y el otro era hijastro de un alto funcionario del partido en la provincia, así que desde el principio el trato fue diferente. A Simón lo llevaron hasta un calabozo, lo obligaron a ponerse el uniforme gris ratón de los presos cubanos y luego de tres días de reclusión solitaria, el oficial Eliseo Arruebarrena, conocido por su severidad, se ocupó de interrogarlo. El G2 deseaba saber si todo este asunto del cannabis se

debía a la iniciativa de dos adolescentes estúpidos o era un plan orquestado por la contrarrevolución y la CIA destinado a involucrar a Cuba en el tráfico de drogas. Le ordenaron al teniente Arruebarrena que fuera lo más severo posible con Simón Alcolea, aunque sin llegar a la tortura. Arruebarrena, hijo de emigrantes vascos, era un hombre diminuto, de complexión fina y con una cara parecida a la de Fred Astarie. Fue muy meticuloso. Empleó seis horas de interrogatorio diario durante una semana, antes de estar seguro de que el muchacho decía la verdad al afirmar que todo había sido cosa de ellos dos, entonces sonrió y le ordenó a los guardias que llevaran a Simón a su celda.

A Peter Kiss lo condujeron hasta la oficina del jefe de la Unidad, que lo esperaba sentado tras un buró barnizado. Al verlo entrar, el mayor Ulises Sardiñas le tendió la mano, le pidió sentarse en una de las sillas de madera y le ofreció café, luego le preguntó por la salud de su padre.

Cuando los montaron en el carro celular, durante unos largos minutos Peter Kiss estuvo a punto de desmayarse del miedo. Ahora frente al mayor Ulises Sardiñas estaba calmado. Su mente se había evadido hasta una zona donde no podían tocarlo. Su mente era toda rocanrol y psicodelia. Lucy in the ski whit diamonds, cantaba su mente y era como si él también estuviera en el cielo con la tal Lucy.

—Mi padre está muerto.

—Vaya, está muerto ¿y desde cuándo? Pues yo acabo de hablar con él hace apenas unos segundos.

—Se refiere a mi padrastro.

—Claro, ¿cree que si su verdadero progenitor viviera, yo gastaría saliva en hablar con un contrarrevolucionario confeso?

—No, claro que no –dijo Peter Kiss con un suspiro.

—¿Sabe por qué está aquí?

—No.

—Ah no, vaya, usted es un angelito… no queremos perjudicarlo ciudadano Alejandro Tejera Montebravo, porque sabemos que es un alumno de excelentes resultados académicos y sobre todo en

consideración a su padrastro, así que le agradecería que fuera sincero.

Palabras mágicas

Los días de maniobras solían empezar con un toque de diana más temprano de lo habitual y una declaración del jefe de la división, coronel Fernández Cuellar, parado en la tarima de la plazoleta central, rodeado de los oficiales de su estado mayor, ante los somnolientos soldados, sargentos y oficiales subalternos:

—¡Militares, tropas enemigas, a costa de innumerables pérdidas materiales y humanas han logrado formar una cabeza de playa, a la altura de Varadero, el gobierno revolucionario y el ministerio de las fuerzas armadas nos han otorgado la honrosa tarea de repelerlos! –luego aguantaba la respiración unos segundos, se quitaba aquellas gafas oscuras que lo hacían parecer un Pinochet de utilería y gritaba ¡¡En combate!! con una voz engolada de actor pésimo, y los soldados, sargentos y oficiales de la 1410 salían corriendo a los cuarteles y parqueos en busca de mochilas, armas, tanques, transportadores blindados, camiones y jeeps, sabiendo que los días tranquilos en la ubicación permanente acababan de concluir y era necesario partir hacia donde el diablo dio las tres voces. Cuando el coronel Fernández empezaba con aquello del desembarco de americanos en Varadero, ya el Pepillo sabía que era necesario más que correr volar hasta el transportador blindado y embutirse dentro hasta que el jefe de la compañía diera la orden de avanzar.

“Toda maniobra para que sea exitosa tiene que tener al menos un soldado muerto”, planteaba una de esas leyes no escritas, abundantes en el ejército, por lo tanto lo realmente importante era no poner el muerto y el Pepillo se lo explicó a Peter Kiss mirándolo muy serio a los ojos.

—Cuídate –le dijo cuándo, con la mochila, el casco, la cantimplora, la pala de infantería y la AKM ya estaban listos para introducirse en el transportador blindado de origen soviético al que Peter Kiss llamaba tanqueta. Al fusil le decía escopeta, peine al cargador del fusil y metralleta a las ametralladoras, sobre todo a la 14,5 orgullo de las unidades de infantería. Para él los lanzadores de cohetes antitanques RPG eran bazookas y un compañero teniente era solo un tenientico.

A veces los días de maniobra también empezaban con un rugir de aviones de combate y el ulular de la sirena de la división, entonces había que dejar el desayuno a medias e ir al polígono, para oír aquello de fuerzas enemigas sin importarle las grandes pérdidas en material de guerra y hombres han logrado armar una cabeza de playa a la altura de Varadero y a la división le asiste el altísimo honor de bla, bla, bla. Una maniobra con aviación incluida era de las grandes, de aquellas que implican casi un mes e incluyen asesores rusos y hasta uno que otro vietnamita o coreano, de esos que apenas hablan, pero miran a los soldados sin sonreír, y de los que no se puede burlar uno porque son capaces de pegarte un tiro.

Un soldado que se hace llamar Peter Kiss es poco mostrable, había que tomar rápidas medidas punitivas con él antes de que llegaran los asesores, pues si una vez esos rusos habían catalogado de “banda de piratas” a la compañía porque algunos soldados llevaban relojes y otros no, imagínense si se encuentran a un grandulón alardeando de llamarse Peter Kiss. Cuando ya la caravana de vehículos blindados estaba a punto de partir, el capitán Vilato, jefe del batallón, le ordenó al jefe de la compañía que bajara a Alejandro Tejera del BTR y lo retuviera en la Unidad.

Lo encerraron tres días en el calabozo, un lugar sin camas, colchones, ni sábanas y con unas ratas enormes. Compartió ergástula con un subteniente acabado de graduar que en una clase demostrativa, al ordenar de manera anticipada el avance de los tanques del pelotón que comandaba, había hecho quedar mal a la división ante el mismísimo

ministro de la FAR, Raúl Castro, por lo que al no existir un calabozo para oficiales, fue encerrado en el destinado a sargentos y soldados. El subteniente de vez en cuando se quejaba de la jodida hora en que decidió renunciar a sus deseos de hacerse carpintero ebanista y estudiar una carrera militar. Peter Kiss temía verlo romper a llorar de un momento a otro y tener entonces que calmarlo, así que se sentó a su lado, con la espalda apoyada en la pared encalada, y le habló de sus tiempos en Varadero, cuando iba al Castillito y bailaba con las hermosas muchachas sosteniendo un pedazo de hielo entre los dientes.

—¿Y para qué el hielo? –preguntó el subteniente y Peter Kiss se encogió de hombros y no quiso o no pudo explicarle la sensación tan rara que provocaba el cambio brusco de las luces, las manos sudadas de las muchachas en flor que llenaban el aire con el potente aroma de sus feromonas y claro, la música, cuando se tiene un pedazo de hielo en la boca. Trató de resumirlo preguntando:

—¿Conoces a Led Zeppelin?

El subteniente no tenía idea de quien era Led Zeppelin, pero si conocía a este rubio soldado grandulón: un desertor, alguien que fingía locura para hacerles la vida más difícil a los pobres oficiales de academia que debían pasar veinticinco años comiendo tierra antes de poder jubilarse.

—¿De qué compañía es usted, soldado? –dijo de pronto con voz algo chillona.

—De la tres del batallón de infantería.

—Recuerde que está hablando con un oficial –siguió el subteniente, un muchacho delgado, apenas cuatro años mayor que Peter Kiss, y con una camisa verde olivo tan sucia que parecía gris. Lo miraba casi con odio, de manera que Peter Kiss sacó el último cigarro que le quedaba, lo encendió con la sempiterna fosforera, regalo de Irina la rusa, y rompió a fumar, mirando de vez en cuando al subteniente, acostado en el piso de cemento, con las botas sirviéndole de almohada, y al cual no le quedaban cigarros, ni ninguna otra cosa que no fueran ganas de morirse y poner a

los soldados en su lugar.

—Dame la colilla, anda –pidió el subteniente.

—Se te olvidaron las palabras mágicas –dijo Peter Kiss– además los cabos yo los guardo.

—Es una orden.

—No creo en las órdenes de otro preso –dijo Peter Kiss con calma y soltó una larga bocanada de humo.

—Odio a los tipos como tú, creídos –dijo el subteniente– ya verás cuando salga de aquí, me voy a ocupar de ti personalmente, sí señor, voy a ir a tu compañía y te voy a hacer la vida un yogurt... ¿cómo se llama tu jefe de compañía?

—Vaya, que miedo –dijo Peter Kiss con calma extrema.

—¿Cómo se llama, soldado? ¡Responda!

—No me acuerdo, así se llama.

Guardábamos las colillas para hacer nuevos cigarros. A falta de hilo y aguja nos cocíamos la ropa con alambre de acero y a veces también remendábamos las botas empleando el mismo alambre, tan abundante en la vida militar. Para que nos dieran ropas, era necesario que empezara el nuevo período de instrucción o que alguno de nosotros o algún oficial muriera y para ir al velorio se repartiera ropa y botas a los seleccionados.

Crazy Horse fue a verlo a la Unidad cuando llevaba tres días durmiendo en el calabozo. Tuvo que sonreír varias veces con coquetería, para que el suboficial al frente de los guardias que cuidaban la puerta, accediera a mandar a buscar al soldado Alejandro Tejera.

Le habían impuesto un castigo o recargo de servicio que consistía en chapear las áreas aledañas de la sede de la división, casi vacía ahora que la mayoría de las tropas estaban de maniobra. El soldado destinado a avisarle de la visita le preguntó buscando sus ojos:

—¿Esa rubia buenota es tu mamá?

—Mi concubina –dijo Peter Kiss, soltó el machete, se puso la camisa y caminó hasta la entrada principal de la división. Allí, sentada en un banco, estaba Crazy Horse que se paró al verlo. Le traía cosas,

calzoncillos, medias, pasta de diente, dulce de toronja, refresco y un almuerzo que incluía congrí y pollo.

Luego que hubieron comido, ella le acarició la cabeza y preguntó:

—¿Hasta cuándo, Alejandro?

—Hasta que me den la baja.

—No te la van a dar, los conozco, además lo pondrán en tu expediente "Alejandro Tejera esquizofrenia, bipolaridad o cualquier cosa" y pasarás por loco el resto de tu vida.

—No me importa.

—No sería mejor si te acostumbraras. Mira, él prometió que cuando acabe este período de instrucción te va a ayudar para que te trasladen a otra Unidad donde estés mejor.

—No quiero su ayuda –dijo Peter Kiss.

—Héctor no es tu papá, es verdad, pero está contigo desde que tenías nueve años y quizás merece un poco de consideración, no ha hecho más que protegerte, qué hubiera sido de nosotros si cuando ocurrió aquello él no hubiera aparecido.

Aquello era la muerte del padre. Alejandro Tejera miró a Crazy Horse a los ojos y decidió no dejarse vencer, seguiría siendo Peter Kiss. Incluso cuando todo acabara y al fin le hubieran dado la baja por loco, seguiría siendo Peter Kiss aunque fuera en su interior, no sería un vencido por la vida como ella.

Él nunca sabría que después de la muerte del poeta, cuando no conseguía trabajo debido a su historial delictivo, Crazy Horse tuvo primero que limpiar las casas de los pocos burgueses que iban quedando y después cuando muchos de ellos se fueron, otros cayeron presos, y los demás perdieron las mansiones que fueron convertidas en escuelas y en sede de instituciones estatales, se vio obligada primero a vender gran parte de sus bienes y luego a frecuentar marinos extranjeros, sobre todo griegos, pero también yugoeslavos y de otros lugares de Europa.

En 1977 cuando apenas le quedaban deseos de vivir, conoció a su actual esposo. Héctor Colina era un recién graduado de la escuela

nacional del partido comunista, el único legal en Cuba; un hombre sencillo, sin grandes pretensiones culturales, pero con una sonrisa perenne. Un hombre que fue a verla a su arruinada casa de Miramar para que le hablara del Che, pues pretendía que su tesis de cuadro del partido versara sobre el argentino y alguien le había contado de las relaciones de Moraima Montebravo Koser con el comandante guerrillero. Ese alguien le aseguró que después de que Moraima Koser le birlara la cartera, el Che había sostenido una efímera relación con ella. Le habían dicho también que la mujer era vieja y puta.

—Ten mucho cuidado, esa expresidaria es bruja –le precisó un exguardia de la fortaleza de la Cabaña, que también pasaba la escuela del partido.

Ahora, Héctor Colina estaba allí, en una sala que resaltaba por su pulcritud, y tenía enfrente a una joven con el cabello recogido en un moño, mirándolo con un par de esplendidos ojos azules. Crazy Horse tenía ya treinta y cuatro años y él apenas cumplía veintitrés pero parecía mayor debido a la renegrida barba de oriental que ella nunca lograría convencerlo que se afeitara.

No fue una relación fácil. Crazy Horse tenía un hijo de nueve años y una manera de ver la vida muy diferente a lo que se estilaba en Santiago de Cuba. Además era una ex presidaria que había llevado al abismo a un poeta y periodista. Una mujer fatal. Héctor por otro lado, era un comecandela, con todo lo que la palabra indica. Discrepaban casi en todo, menos en el sexo. Crazy Horse dejó de frecuentar a los marineros. Se conformó con el sueldo mísero de comisario del partido que Héctor le entregaba casi íntegro, después de sacar veinte pesos para cigarros. Él no deseaba que trabajara, pero cuando ella le contó que, debido a su historial delictivo, no conseguía colocarse como maestra, fue a ver a alguien y ese alguien fue a ver a alguien y entonces una mañana Héctor volvió a la casona de Miramar con una radiante sonrisa.

—Mañana empiezas –le dijo y la besó en la boca– pero no la cagues.

Ella no dijo nada. Después de la muerte del poeta se le habían quitado

las ganas de robar. De la antigua Crazy Horse solo quedaba su predilección por el rock; que dejaba poco a poco de estar prohibido y ya podía escucharlo uno, muy bajito, porque en casa de un funcionario no está bien que se escuche rocanrol.

Luego a él le ofrecieron la secretaría del partido en Varadero donde debía hacer un intenso trabajo político.

—Pues en esa ciudad balneario está el contrarrevolucionario que hace olas y usted es el cuadro ad hoc para meterlos en cintura –así le dijo su jefe inmediato superior y él estuvo de acuerdo.

A ella le dolió entregar su casa de Miramar, pero ahora las cosas se hacían así, para tener algo había que dar otra cosa, lo demás eran rezagos burgueses.

Era necesario irse para Varadero con treinta y cinco años en las costillas, un niño de diez, y un marido deseoso de tener su propia descendencia.

Irse a un sitio donde nadie te conoce, un sitio donde puedes dejar atrás tu pasado de ladrona y prostituta, donde no tienes que mirar asustada cuando vas a un restaurante por miedo a que alguien suelte una indiscreción y Héctor pueda saber que además de ladrona fuiste prostituta. Irse huyendo de La Habana, recoger lo imprescindible, dejar los muebles que tu abuela trajo de Polonia, mucho antes de que Hitler ocupara el país y empezara a masacrar al pueblo judío, dejar atrás los cuadros de marcos de madera plateada, la vajilla estilo imperio, las sabanas de hilo de Holanda, dejar atrás los cubiertos con anagrama, las tres enciclopedias británicas, la cama con baldaquino, dejar atrás las seis vitrinas llenas de una cristalería que nunca se usa. Donar el piano en el que tocó Lecuona. Dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás, dejar atrás. Confiar en el proceso revolucionario que, según alegan los dirigentes, te lo va a dar todo gratis. Creer que con los salarios de ellos dos y el cargo que él ocupa todo va a cambiar. Decírselo al niño que ya tiene edad de entender esas cosas, el niño al que le asusta el mar, decirle

que ahora vivirá frente al océano. Ir con el niño al cementerio, pararlo frente a la inmensa bóveda con el mármol recargado de ángeles donde descansa la familia alicantina-polaca y luego llevarlo ante la humilde tumba del padre. Detenerlo frente a la lápida de granito en la cual ella puso solo la palabra "poeta" y abrazar muy fuerte al niño para que luego el deposite la flor amarilla y se despida de su padre por siempre jamás porque para qué visitar a los muertos, por qué irlos a ver si ellos no se enteran.

—Adiós –susurró Crazy Horse a la salida del cementerio de Colón, cuando ya se iba para Varadero con su flamante esposo y su hijo de alargada cara triste.

Ahora Crazy Horse se pone de pie y dice:

—Tengo que volver a Varadero.

—Está bien –dice Peter Kiss que también se pone de pie.

Ella está a punto de decir hijo estás más flaco, pero no lo hace, para qué, piensa, si no sé puede hacer nada. Las cosas son como son, la vida no es un jardín de rosas, hay que conformarse.

—Cuídate –dice y abraza al hijo.

Peter Kiss es mucho más alto que ella, casi un gigante, pero débil, iluso.

—Filmar de locos en el país de los locos es una suprema locura – suelta de pronto Crazy Horse buscando los ojos del hijo que no son azules como los de ella, sino de ese desvaído color dorado oscuro que suelen tener las pupilas de los cubanos, luego le da la espalda y rompe a caminar. Sigue teniendo el garbo propio de quien ha parido una sola vez, sus ropas son caras, compradas en esas tiendas especiales a las que solo tienen acceso los asesores del campo socialista y los funcionarios del partido. Los soldados de la posta de guardia aspiran su perfume cuando pasa en dirección al auto donde la espera el chofer del marido que la llevará directo a Varadero.

A los negros que se van

En 1980 con cincuenta y dos años de edad y una diabetes galopante, el padre del Pepillo se dirigió hasta las oficinas de emigración para hacer su solicitud de abandonar definitivamente el país. Su primer error fue ir caminando y no en taxis como era recomendable. El segundo error fue ir muy temprano y no esperar al resto de los solicitantes. Eran las ocho de la mañana. Rodeando a las oficinas ya esperaba una multitud bastante considerable que al principio no vio en ese mulato, vestido con guayabera y pantalón negro, a alguien dispuesto a exiliarse. Lo confundieron con un empleado más o un agente de la seguridad del estado. Así que el padre del Pepillo luego de decir buenos días con voz sonora, propia de quien ha ejercido por más de veinte años el magisterio, pudo pasar al interior del edificio, donde una funcionaria lo miró con odio y desprecio a la vez.

—¿Qué se le ofrece ciudadano?

—Me voy.

—Carnet de identidad.

Le extendió el documento, la mujer, una mulata clara, abrió uno de los muchos files que había sobre el buró y apuntó su nombre y su número de identidad.

—¿Le debe algo a la revolución?

Antes de que lo defenestraran, el padre del Pepillo hubiera respondido con un orgulloso ¡todo!, pero ahora se limitó a negar con la cabeza.

—Tiene que esperar que los inspectores vayan a su casa y verifiquen la entrega del inmueble.

—Mi hijo y mi esposa se quedan.

—Bueno, de todas formas, tiene que esperar a que lo llamen, llenar los formularios, para luego irse para el Mariel.

—Está bien.

—¿Y no le da vergüenza, ciudadano? ¿Sabe lo qué les pasa a los negros como nosotros cuando llegan a Miami?

—¿Qué?

—El Ku Ku Klan los espera con un palo y una soga y los lincha como se merecen por vendepatrias.

—Si usted lo dice.

—Ojalá luego no se arrepienta del paso que está dando, puede retirarse.

Salió. Era una mañana fresca. El cielo estaba despejado y desde el portal de la oficina de emigración era fácil distinguir los rostros de la multitud. Detrás de él, asomó la funcionaria de emigración, la mulata clara de gentil e indignado rostro, que sin emitir palabras, lo señaló con el dedo, entonces, primero hubo un impasse, fue como si la muchedumbre necesitara hacerse a la idea de que ese hombre elegante, que imponía con su presencia de profesor universitario, era un apátrida. Luego una muchacha muy joven, casi una adolescente, gritó:

—¡Escoria!

El novio de esa muchacha lanzó el primer huevo, cuando ya el padre del Pepillo descendía la escalera del portal de la oficina provincial de emigraciones de Cienfuegos.

Apenas atinó a cubrirse el rostro con las manos. El huevo se estrelló contra la pulsera metálica de su reloj y la yema y la clara mancharon la blanca guayabera que con tanto esmero y lágrimas en los ojos había planchado la madre del Pepillo. A ese primer huevo lo siguieron muchos otros y gritos de:

—¡Escoria, a los negros que se van, se los coge el ku klux klan!

Luego la multitud se le vino encima.

No intentó defenderse, se limitó a aguantar y a protegerse cabeza y estómago.

Lo dejaron en paz cuando apareció una camioneta cargada de otros posibles emigrantes. Llegó a su casa hecho una lástima, con un ojo amoratado y la camisa rota, pues luego de los huevos, los más entusiastas

habían pasado a las patadas y piñazos.

Se fue sin despedirse de nadie. Sus antiguos compañeros de la facultad de letras se enteraron de que había abandonado el país cuando residía en Georgia y aunque ya llevaba seis años sin laborar en la universidad, el rector exigió que le organizaran un acto de repudio en efigie. Para ese fin se amplió una fotografía sacada del expediente laboral del padre del Pepillo y una calurosa mañana, cuando ya el ex profesor se encontraba en EE.UU., la foto fue colocada encima de una silla, situada en el entarimado de la plaza de actos. El rector, rodeado de los decanos y la secretaria docente, leyó un discurso repudiando la debilidad y la falta de exigencias revolucionarias que daban pie a traiciones y cobardías y luego el claustro de profesores y el alumnado en pleno pasaron delante de la fotografía de un metro y medio por uno, gritando ¡abajo la escoria! Algunos de los alumnos más entusiastas le lanzaron huevos a la imagen.

Al otro día la foto fue quemada, junto a la copia de la tesis que atestiguaba que el padre del Pepillo era doctor en humanidades.

En Atlanta lo ayudó mucho el hecho de haber estudiado filología en Praga y realizado una maestría en Berlín, además hablaba muy bien el inglés, pues cuando niño, antes de la revolución, había estudiado en una escuela religiosa, regentada por profesores británicos. Su primer trabajo fue en una escuela secundaria, impartiendo materias tales como historia contemporánea y literatura, luego conoció a Clarice Anderson, abogada muy cercana al alcalde de Atlanta, Andrew Young y empleó el mismo entusiasmo con que había enseñado las bondades del socialismo para prosperar. En seis meses logró formar parte del equipo de asesores del ayuntamiento.

Una tina de helado por dos quesos

—Cambio un jean Wrangler nuevo por la biografía de Malcolm X y un casete de Bob Marley –dijo Rafael.

—Les diré –dijo el Pepillo.

—Cambio dos cajas de cigarros, un llavero fabricado con vidrio de T34 y un reloj poljot por un par de botas rumanas… las rusas me tienen las patas acabadas –dijo Juan Pérez.

—Les diré –dijo el Pepillo.

—Cambio una revista pornográfica checa por una americana que traiga motos Harley Davidson –dijo Benito, un sargento de primera de incipiente calva a pesar de sus veinte años recién cumplidos.

—Les diré.

—Cambio…

—Yo veo a los muertos –aseguró de pronto Carlos Urquiza, soldado trigueño y de gafas.

—¿Y cuándo vas a ir? –preguntó Juan Díaz.

—Mañana por la noche –dijo el Pepillo– pero hay que pagarme antes.

—Yo veo a los muertos –insistió Carlos– los veo revolotear como palomas, buscando escapar del cementerio.

—Bah –dijo Centrífuga, un soldado alto y flaco de uniforme tan descolorido que parecía blanco en vez de verde.

Llevaban seis días de maniobras y a la compañía la habían desplegado en un cementerio rural, lista a enfrentarse a la unidad habanera "Puños de Acero" y el Pepillo había prometido escaparse por la noche y darse una vuelta por el campamento de los tanquistas.

—Ahora mismo veo una mujer muy gorda cerca de ti, Juan Pérez –siguió Carlos Urquiza– te está mirando fijamente.

—Pregúntale si tiene cigarros –dijo Juan Pérez.

—Yo lo que quiero es tomar helado –dijo Osmany, soldado de mediana estatura, al cual por su abundancia de pecas le decían el ruso– diles que les cambio una tina de helado por dos quesos y una lata de leche condensada.

—¿Y cómo cojones voy a traer todo eso? –preguntó el Pepillo–

¿alguien quiere venir conmigo?

Nadie respondió.

Serían casi las cuatro de la mañana, llevaban varias horas esperando el inicio de la maniobra. La madrugada era fría por lo que no había mosquitos, pero si una especie de pequeñas mariposas que, aunque no picaban, buscaban los ojos de los soldados con una insistencia digna de mejor causa. Benito, el sargento, les había prohibido a los diez hombres bajo su mando que fumaran y las estrechas trincheras de tirador estaban tan cerca que les era imposible masturbarse sin que los otros lo advirtieran.

—Veo a los muertos, sargento, ordene que se vayan.

—Vuelves a decir algo acerca de los muertos y ya tú verás –dijo el sargento Benito.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Se lo dirás al teniente? –preguntó el Pepillo.

—No soy chivato –dijo Benito– lo voy a coger por el cuello y le voy a estar dando pescozones hasta que me canse.

—Los muertos no hacen daño a nadie –dijo Rafael– yo también los veo y no armo tanto lío.

—¿A quién carajo se le habrá ocurrido hacer una maniobra en un cementerio? eso es una falta de respeto.

—Aquí no entierran a nadie desde que el malecón era de palo.

—Peor, son muertos viejos, llenos de insidia y rencor… cuando pasen los tanques sobre las tumbas se van a poner de truco.

—Cambio una mochila nueva por una cantimplora y una revista porno, no me importa si es americana o no.

—Se los diré.

—Pero apuntalo que se te va a olvidar.

—¿Y cuánto tú me das?

—Diez cigarros y una mamada de culo.

—No comas pinga.

—Fuera de broma, diez cigarros y si la revista me gusta, te voy a dar un par de medias nuevas.

—Trato hecho.

Hotel California

Uno empieza a decirse a sí mismo: que mal me cae el comunismo. Se lo dice bajito, ante el espejo, donde nadie lo oye. Uno va a la escuela y la convicción de que el comunismo te cae mal se convierte en algo tan urgente que quieres gritárselo a alguien. Te sientas en la última fila del aula, tu padre se ha ido a los Estados Unidos, piensas, y esta gente lo sabe, eres un tipo sin futuro, un cabeza de madera más, te miran con rabia, como hijo de escoria, no puedes optar a ninguna de esas carreras con requisitos adicionales, estás condenado a la nada, a vagar sin sombra hasta que termines el pre, olvídate de estudiar algo así como: relaciones internacionales, lenguas extranjeras, medicina y un largo etcétera. Así pensaba el Pepillo en aquellas tardes cienfuegueras antes de que le llegara la citación de presentarse sin excusas, ni pretextos, en el estado mayor de la provincia, listo para partir a la Unidad militar 1410 o Loma de Fine, con jabón, cepillo y pasta dental.

Acabó el doce grado. Era un privilegiado pues estudió en el único bachillerato urbano, la ESPA, que quedaba en Cienfuegos y no tuvo que cosechar plátano, cebolla o malanga, bajo el sol de la tarde, como los alumnos de los otros preuniversitarios. Por las mañanas se paraba ante el espejo y en lugar de solazarse con su cara de adolescente que empieza a vivir, se decía a sí mismo con completa convicción: ¡¡cojones, qué odio le tengo al comunismo!!, ¡Dios mío! La madre y él tenían como único ingreso el sueldo de ella, por lo que ya ni siquiera podía soñar con ir a una de esas fiestas donde las chicas más sexis fumaban marihuana, bebían champan y balbuceaban en un inglés que quería ser británico. Él era ahora un hijo de escoria y casi todas esas muchachas eran nietas e

hijas de jefes. Se acabó el coñac búlgaro, el vino de perfectas botellas rumanas, el Havana club destinado a la exportación. Ahora se doblaba las mangas de la camisa, usaba un incipiente spendrú, montaba en la bicicleta rusa, buscaba a los otros y se iban todas las tardes al malecón de Cienfuegos con una botella de alcohol de noventa grados, preparado con jugo de limón, a beber y a sacarle melodías a la guitarra de Charles, el que conseguía las pastillas de parkisonil pues su mamá trabajaba en el psiquiátrico de Santa Clara y era chévere, al menos eso decía él y ellos no indagaban más. La policía los tenía fichados. Uno a uno los fue llamando el jefe de sector del casco histórico de la ciudad, para hacerles firmar una carta de advertencia por escándalo público, pues los vecinos los habían acusado de ponerse a cantar Hotel California a toda voz, romper botellas contra el muro y orinar escondidos detrás de los cocoteros. Uno a uno se fueron distanciando sus amigos con algún pretexto.

Una carta de advertencia era algo muy serio. Nadie quería caer preso por escuchar rocanrol y beber.

—Es urgente hacer mutis, Cienfuegos no es como La Habana, aquí te desaparecen y no pasa nada, primero te botan de la escuela y luego te organizan un acto de repudio –resumió la opinión de todos Charles al que un policía le confiscó la guitarra, aclarándole que no se la entregaría hasta que no fuera a buscarla con sus padres.

—Que se metan la guitarra por el culo –siguió Charles la oca, como le decían por su manera ridícula de andar, y esa tarde de la citación, el Pepillo los invitó a su casa a escuchar a Led Zeppelin y a Pink Floyd. Fueron los cuatro. La grabación se oía mal, era como si los vocalistas estuvieran bajo el agua.

Cinco de la tarde.

La madre del Pepillo estaba al llegar y no los quería en el apartamento. No le hacía falta buscarse problemas debido a los amigos de su hijo, un montón de blanquitos y una mulata descolorida. La mulata se llamaba Carmen, estudiaba para enfermera y quería ser escritora.

Le debía una disculpa, tres veces fue y preguntó por Simón Alcolea. Tres veces le dijeron que ya no vivía ahí. La cuarta vez le escribió una carta, aclarándole que no sabía que aquella rusa, Irina, de las tetas grandes y los ojos carmelitas era una jodida chivata. Le dio la carta al encargado para que se la diera por favor a los antiguos ocupantes del apartamento 8, si gracias a alguna casualidad, pasaban por ahí.

—Se mudaron para Oriente –dijo al fin, con un suspiro, el encargado– si los ves, empújalos que son de cartón.

Peter Kiss recogió la carta. Simón estaba muy lejos y a él lo que le faltaba para que se lo llevara el servicio eran días.

En ese entonces solía trasladarse hasta La Habana a leer la literatura que no encontraba en la exigua biblioteca pública de Varadero. Escogía los libros, sobre todo novelas europeas y latinoamericanas, guiándose por un instinto, por lo general certero. Uno de sus mayores tinos fue descubrir a Borges, en ese tiempo un desconocido en Cuba para todo aquel que no fuera especialista.

Para él, después de tantos años de natación y cultivo de marihuana, era toda una aventura traspasar la amplia puerta de la biblioteca nacional, reunirse con los otros jóvenes que esperaban turno, la mayoría estudiantes universitarios, mayores que él y después buscar en los estantes la tarjeta en la cual se hablaba de un título apreciado o un autor al cual solo conocía por referencias, pues su obra no estaba contemplada en los planes de estudios del preuniversitario. Muchos de estos libros estaban censurados por razones políticas o de otro tipo y en ocasiones, Peter Kiss se encontraba con la dura mirada de la bibliotecaria que con un simple gesto le vedaba el acceso a esa obra y entonces aunque él

explicara que había arribado de Varadero solo para leer, tenía que escoger otro texto. A veces tenía más suerte, le tocaba alguna bibliotecaria convencida de que el amor por la lectura no se debe frustrar y le entregaba el libro, de modo que pudo leer casi todo lo publicado por Vargas Llosa hasta ese momento: La ciudad y los perros, Conversación en la catedral, Pantaleón y las visitadoras.

A veces, en los estantes, encontraba tarjetas que describían libros que había escrito su padre. Textos de poesía, pero también de testimonio y una vez encontró una novela intitulada Presagio, pero no se decidió a leerla.

Al ponerse al descubierto aquel asunto con la marihuana tuvo que pasar tres días arrestado hasta que el padrastro fue a buscarlo a la dirección del MININT en Matanzas para luego, conduciendo el Lada con destino a Varadero, decirle:

—Me perjudicaste a mí y perjudicaste a tu madre, no te mereces ni el agua que tomas, es lo último que hago por ti.

El padrastro había tenido que molestar a mucha gente importante para lograr que Peter Kiss y su amigo Simón no fueran a presidio, su capital político estaba cerca de la bancarrota, pero se repondría. Un secretario del partido no es alguien que caiga así como así, sabía el padrastro. Sin embargo debía enseñarle a su hijo putativo que las cosas no son tan fáciles, tan hueras, que en la vida todo hay que ganárselo, como él, que allá en Oriente antes del triunfo de la revolución, siendo apenas un niñito de diez años tenía que cocinarle a su familia que trabajaba en el campo.

Para acceder a casi todas las carreras universitarias se necesitaba aquello que era conocido como requisitos adicionales y el principal requisito era ese lema que gravitaba sobre todo estudiante díscolo, contestatario, amante del rock, de modas extranjeras o de literatura prohibida: La universidad es para los revolucionarios. Después de haber cultivado marihuana, el pedigrí revolucionario de Alejandro Tejera alias Peter Kiss había quedado en entredicho. Sabía que, sin el apoyo de su

padrastro, entregar la boleta, en la cual los estudiantes de doce grados marcaban con una x las carreras universitarias a las que deseaban acceder, era un acto vano, así que no se tomó el trabajo. Su futuro consistía ahora en una citación para el servicio militar.

El sueldo de Rockefeller

Había soldados que odiaban retornar a la ubicación permanente. Hubieran preferido seguir durmiendo en tiendas de campaña, bañándose apenas, traficando con los campesinos, pescando y cazando en ríos y bosques. El Pepillo no era uno de ellos, pero los comprendía. Él, por su parte, aunque le agradaba mercar con la tropa de otras divisiones del ejército cubano y era conocido por su capacidad de burlar a centinelas y oficiales, llevando una mochila tan cargada que parecía imposible que pudiera deambular y moverse rápido, prefería la ubicación permanente, tan cercana a la ciudad de Cárdenas. Odiaba pasar trabajo en el monte. Odiaba las maniobras. Odiaba meterse en una BTR o transportador blindado para luego al escuchar a los oficiales ordenar a toda voz, ¡en combate!, saltar del vehículo y correr como un desaforado detrás de tanques y transportadores blindados y disparar ráfagas con la AKM que se ponía tan caliente que era un asco. Pero sobre todo odiaba la sensación de pérdida de tiempo que implica toda maniobra para aquel que decidió hace mucho tiempo que, aunque le pagaran el sueldo de Rockefeller, nunca sería militar. El ejército es para los idiotas, pensaba el Pepillo acordándose del subteniente Mandarrita, oficial tan bruto, que en una de las clases de técnica castrense, luego de argumentar que el transportador blindado era capaz de subir pendientes de hasta 45 grados, al preguntarle un bromista si la BTR podía subir pendientes de 90 grados, se rascó la cabeza, se sentó encima del buró detrás del cual impartía la

conferencia y dijo que sí, aunque no era recomendable pues el gasto de combustible que provocaba eso era muy grande.

—¿Y las de 180 grados las sube? –le preguntaron entonces.

—No, esas no, demasiado elevadas –especificó Mandarrita muy serio y doctoral.

Después de una maniobra tan grande como Escudo de acero de las FAR, el estado mayor comisionaba a un determinado grupo de soldados para que, antes de desarmar las casas de campañas, requisaran todo aquello perteneciente al ejército que sargentos y soldados hubieran dejado olvidado. Esta vez le tocó a la compañía cinco del batallón de infantería y el Pepillo y los demás, encabezados por el sargento Benito, montaron en un enorme camión ZIL de guerra y revisaron todas las ubicaciones, buscando especialmente dentro de las casas de campaña. Encontraron balas verdaderas y de salvas, caretas antigás, palas de infantería, un lanzacohetes RPG7 y una AKM. Después, montados en el Zil de guerra volvieron a Loma de Fine y lo primero que hizo el Pepillo, claro, luego de soltar toda su ropa sucia en el enorme bolso de la lavandería, darse un largo baño y ponerse un uniforme limpio, fue preguntar por Alejandro Tejera Montebravo. El cuartelero, Sindo Cuesta, más conocido por el Venado, ya que su cara de ojos grandes y líquidos tenía una similitud sorprendente con la faz de ese animal, le dijo que el número Alejandro Tejera estaba preso por alegar que era un cantante americano y llegar incluso a falsificar el carné militar, tachando con un bolígrafo sus verdaderos nombres y apellidos, para luego escribir el apelativo de Peter Kiss.

—Los oficiales están muy furiosos –siguió alegando el Venado –además de meterlo en el calabozo le pusieron de recargo de servicio que cortara todo el césped de la Unidad y él se dio a la tarea con muchísimo ánimo, pero un día, al fijarse uno de ellos, nada menos que el jefe de preparación política, descubrió que Alejandro Tejera, empleando el azadón, había cambiado el diseño del jardín entregado a su cuidado, cortando la hierba de manera que dijera algo, no Revolución, ni tampoco

ganaremos la emulación, ni vivan los CDR o condenamos la agresión yanqui a Granada, mucho menos que linda es Nicaragua sin Somoza…

—Vaya.

—¿Sabes lo que decía el cartel que puso tu amigo? –inquirió el Venado con una cara entre agresiva y quejica.

—No me lo imagino –dijo el Pepillo aunque ya sospechaba la respuesta.

—Puso Peter Kiss en mayúscula y con todas las letras… está embarcado –concluyó el Venado y bajó la voz hasta casi convertirla en un susurro– eso es contrarrevolución, yo tú no andaba más con él y más que tienes un padre que se fue como escoria y quieres que te permitan estudiar en la universidad para hacerte alguien.

—Cierra el pico –dijo el Pepillo– a nadie le importan los destinos de mi padre, ten cuidado con lo que dices.

—Tranquilo –dijo el Venado que también era de Cienfuegos y que al ser un timorato, necesitaba de vez en cuando que el Pepillo lo ayudara a escapar de las burlas de los otros soldados, sobre todo de uno, William que, conociendo su congénita glotonería, se introducía el pene dentro de un pan y le decía que había comprado sándwich de morcilla en la cafetería.

—¿Quieres? –terminaba diciendo y el Venado miraba con sus ojos líquidos aquel pan prometedor a la altura de la pelvis de William, deseando tal vez que un mago poderoso transformara ese oscuro pene en una verdadera morcilla.

Canción de Nirvana

Solo una semana después de que la división retornara de maniobras, le permitieron a Peter Kiss reincorporarse a su compañía hasta que fuera

pasado por la comisión médica que iba a determinar al fin el estado de su psiquis.

—Y ojalá nos digan que usted está loco –le dijo el oficial de guardia al entregarle el cinturón y los cordones de las botas– porque si no es así, le vamos a hacer pagar caro lo que le hizo a los jardines de la Unidad, so loco.

—¿Ya puedo irme? –preguntó Peter Kiss.

—Sí, ándese –dijo el oficial.

Llegó muy temprano, así que la compañía estaba todavía formada en el polígono, esperando que el subteniente Mandarrita le ordenara al sargento Benito que ya podían pasar al comedor a tomar el desayuno. Se acercó a grandes zancadas por la calzada de cemento, pasó junto a la tarima de madera desde la cual los miembros del estado mayor, encabezados por el jefe de división, solían arengar a los soldados. Estaba tan delgado que parecía aún más alto, una verdadera vara de tumbar gatos. Llegó, se cuadró ante el teniente Mandarrita, minúsculo y flaco, ejecutó el saludo militar y preguntó:

—¿Me incorporo?

—Sí, puede –dijo Mandarrita, olvidándose por esta vez de exigirle al soldado que le dijera la frase completa: ¿compañero teniente puedo incorporarme a la formación?

Incorporarse a la formación para ir a desayunar. Olfatear los pedos que sueltan soldados, clases y oficiales muy temprano en la mañana cuando uno hubiera preferido poner la radio a todo volumen y escuchar una canción de Nirvana. Tener que mandarse la mala cara del capitán Vilató, jefe de batallón, que al acercarse desde el comedor de los oficiales, suelta un estruendoso ¡compañía cinco firmes! y luego ordena ¡derecha! Y cuando la compañía está de frente a él, dice: ¡elemento diez de la segunda fila, preséntese! Y tú tienes que abandonar la formación, marcando el paso, para encararte con ese gordo oficial, famoso por el tamaño increíble de su bigote y oír cómo te dice:

—¿Así que tú eres el famoso Peter Kiss?

—Exacto.

Fingirse loco es algo complicado. Implica que tampoco le vas a simpatizar a gran parte de tus compañeros soldados, que te mirarán recelosos, sobre todo cuando por tu culpa, primero tu escuadra, luego tu pelotón, tu compañía, tu batallón, tu regimiento, tu división y hasta el ejército central al que perteneces, van a verse afectados en algún sentido por tu tendencia a no ser como los demás adolescentes capaces de aguantar que el tiempo pase, cumplir diecinueve o veinte años y entonces reincorporarse a la vida civil. ¿Por qué tú no, si nosotros podemos? Era la pregunta implícita en cada cara de soldado, incluyendo la del Pepillo, único amigo que tenía Peter Kiss en toda la división y más que como represalia y pretendiendo que los soldados a golpes le quitaran el deseo a Alejandro Tejera de seguir alegando que era Peter Kiss, los oficiales, encabezados por medallita de oro, primer teniente y jefe de la compañía, dejaron caer sobre el pelotón una tanda diaria de recargos de servicio. Los reclutas apenas tenían un minuto de reposo. Hasta el mismo Pepillo tuvo que abandonar las prácticas de atletismo pues no daba más de cansado. Oficiales y sargentos se ponían verdes de furia cuando gritaban ¡Soldado Alejandro Tejera preséntese! y tú continuabas como si contigo no fuera, con una casi invisible sonrisa ladeada en la comisura de los labios y aunque los soldados más cercanos a ti soltaran un "es contigo" perfectamente audible y los más osados llegaran a tocarte con el codo, no hacías ningún ademán, ni gesto, que indicara que sabías que se referían a ti. Eras lo menos militar del mundo. El pantalón de uniforme te quedaba corto y nunca acertabas con la adecuada colocación de gorra y cinturón. Había que llamarte Peter Kiss para que respondieras.

Oficiales y soldados rezaban para que al fin llegara el día en que la comisión médica revisara el caso del llamado Peter Kiss.

Al menos Abel

La madre del Pepillo, Ana Teresa Díaz Ugarte, era mucho menor que el marido. Tenía solo treinta y cinco años cuando a este se le ocurrió defender a un presunto homosexual, logrando con ello perder el estatus alcanzado por la familia. Decaer era la palabra que utilizaba justamente la madre del Pepillo que aunque era una mera secretaria no dejaba de tener sus estudios universitarios, inconclusos, por desgracia.

La madre del Pepillo había ido a la URSS a estudiar ingeniería civil. En Kiev se enamoró de un condiscípulo vietnamita, hombre enigmático que había participado en la guerra junto al tío Ho. Nguyen, que así se llamaba, solía ir al cuarto de las cubanas (junto a otros asiáticos y asiáticas: vietnamitas, coreanos del norte, kampucheanos) y conversar en ruso. El que propiciaba esos encuentros extracurriculares era el jefe de los estudiantes cubanos, Justo Orlando Menéndez, un individuo alto y pálido, siempre dispuesto a aumentar la cantidad de fervor político de sus compatriotas en Kiev, además de que le gustaba Kim, la coreana más bonita de las tantas que asistían a ese instituto superior politécnico, situado en las afueras de la ciudad. Había un acuerdo tácito entre los cubanos que estudiaban en la URRS: golpear pero que no te golpeen. Esa frase se traducía en que los estudiantes varones debían fornicar con el mayor número de extranjeras, ya fueran rusas, ucranianas, lituanas, bielorrusas, rumanas, búlgaras, checas, vietnamitas, palestinas, nicaragüenses, congolesas o de cualquier otro país socialista o de orientación socialista. Respecto a las cubanas era otro el acuerdo implícito: les estaba prohibido tener relaciones con todo aquel que no proviniera de la isla. Por lo que, cuando Ana Teresa sintió aquella atracción hacia Nguyen, el muchacho de cuarto año de ingeniería mecánica, que escribía poemas y había pertenecido con solo doce años al vietcong y atrapado a un oficial yanqui de más de doscientas libras de peso, haciéndole recorrer a pie más de cien kilómetros para entregarlo a la comandancia del regimiento a que pertenecía y así interrogarlo, hubo una gran conmoción en la comunidad de estudiantes cubanos de Kiev y de toda Ucrania.

El oficial resultó ser un piloto de helicóptero y debido a la hazaña de capturarlo, al pequeño Nguyen le entregaron una alta condecoración, aunque después, paradojas de la vida, el general, jefe del tal regimiento, lo obligó a reinsertarse en la vida civil y lo envió junto a otros soldados adolescentes a la Unión Soviética.

Nguyen le mostró fotos a Ana Teresa. En una de ellas se veía tan pequeñito que parecía tener mucho menos de doce años, apuntando a un hombrazo vestido de ropa de camuflaje y con los brazos en alto. El marine no era blanco, rubio, como había imaginado Ana Teresa, sino negro y con cara de infeliz.

—Se llamaba teniente Charles Anderson –le dijo Nguyen en ruso– y casi llegué a cogerle cariño aunque estaba muy confundido, no sabía que él como yo éramos víctimas del imperialismo yanqui.

A Ana Teresa nunca le habían gustado los hombres pequeños y Nguyen a pesar de sus veinte años, uno más que ella, era tan bajito y esmirriado que parecía mucho menor. Sin embargo había algo en ese hijo de Indochina que le resultó atractivo hasta el punto de romper la ley no escrita por la que se regían las estudiantes cubanas y un día que él la invitó a pasear por Kiev, se fueron juntos a un gran centro comercial, pidieron helados para ambos y luego se dirigieron hasta un parque a alimentar a las palomas con las migas de pan compradas al efecto. Terminaron besándose.

En la segunda cita le alquilaron un cuarto a cierta anciana que aunque ellos no la entendían, decía en georgiano que rusos y ucranianos eran unos asesinos.

Repitieron varias veces la experiencia y aunque trataron de mantenerlo oculto, les fue imposible, entonces Justo Orlando Menéndez que le tenía cierta innegable simpatía llamó a la muchacha a su cuarto. Fue escueto.

—Se dice que andas por Kiev revolcándote con un compañero vietnamita ¿Cuál es? Para mí todos tienen la misma cara flaca.

—Nguyen –dijo ella.

—¿Todos no se llaman Nguyen? –dijo él– por lo demás, no importa, Anita, aunque se llame Pedro, lo importante que esa relación debe cesar, no vinimos aquí a revolcarnos con extranjeros… no quiero tener que informarle a La Habana en que tú andas.

—¿Y tú? –dijo ella– ¿no te acuestas con Kim?

—No es lo mismo –dijo el jefe de los estudiantes cubanos y ese no es lo mismo lo resumía todo.

Siguió con Nguyen y no llegó a graduarse. En tercer año la devolvieron a Cuba alegando bajo rendimiento escolar, lo que no era del todo falso. Pudo haber seguido los estudios de ingeniería civil allá en Santa Clara, muy cerca de Cienfuegos, pero se sentía tan frustrada y rabiosa que no lo hizo. Como en la URSS había aprendido a manejar, sacó la licencia y se convirtió en una de las pocas mujeres taxistas de Cuba. Se escribían todas las semanas. Nguyen prometió viajar a verla y, al principio, ella pensó que podían mantener una relación a distancia, pero Ana Teresa era una mujer de ardores. Necesitaba el romance, pero también el sexo. Empezó una relación con un compañero de trabajo. Un mulato que por la escasa estatura le recordaba a Nguyen. No funcionó. Apenas tuvo orgasmos.

Conoció al futuro padre del Pepillo, siendo este jefe de cátedra de filosofía en la universidad de Cienfuegos y comecandela. Tenía el manual del marxismo comunismo insertado a presión en la cabeza. A ella esto le cayó bastante mal, pero el futuro padre del Pepillo, un negro alto y de anchos hombros, tenía una especie de natural donaire que a Ana Teresa desde el principio le resultó muy atractivo. Se encontraron por primera vez a la salida del cine Luisa, el más importante de Cienfuegos, luego él la llevó a tomar helados. Esa misma noche terminaron acostándose y aunque el negro no llegaba ni a la mitad de la sabiduría sexual del asiático, si tenía un gran pene y no era reacio a practicar el cunnilingus, por lo que los encuentros sexuales se hicieron muchos y muy repetidos hasta que una tarde de 1969, Ana comprendió que estaba embarazada.

Esa tarde había recibido una carta de Nguyen: querida Aniuchka,

regreso a Vietnam a ocuparme de la reparación de tanques y otros equipos blindados, cuando llegue la victoria sobre los imperialistas, entonces te escribiré con calma. Aquí han florecido los abedules. Panh y Lem te mandan recuerdos. La carta estaba en ruso y la caligrafía era temblorosa, casi infantil. Ana Teresa sentada al volante del viejo chevy que le servía de taxi, con ese papel en la mano derecha, recordó al joven vietnamita y su pequeño, exiguo, pene, casi nada. Lo recordó casi con rabia. Decidió olvidar a Nguyen. Los años pasados en la URSS habían acabado con la poca ilusión que un día le tuvo a la idea de comunismo. Allá en Kiev, mirando las estanterías repletas de productos de un solo tipo, mirando a esas mujeres de pañuelos en la cabeza, vestidos de flores, y piernas sin afeitar, mirando aquellos hombres de trajes mal confeccionados y dentaduras arruinadas, que siempre temían revelar sus propios pensamientos, comprendió que el socialismo, ese régimen sepulturero del capitalismo, no era lo de ella, Ana Teresa Díaz Ugarte. Ana prefería ser una mujer como las que salen en aquellas revistas Vanidades que coleccionaba en su adolescencia, cuando estudiaba en el instituto de segunda enseñanza. Nunca lo comentó, ni con las hermanas, ni con los padres y menos con el novio cubano. El país se estaba preparando para la zafra de los diez millones de toneladas de azúcar, que según explicaba Fidel Castro, bastarían para resolver los problemas económicos de Cuba para siempre y jamás. La gente estaba muy esperanzada. Ana, que mucho antes de estudiar en la URSS, con solo nueve años, había estado de vacaciones en New York, acompañando a su tía materna, casada con un jazzista conocido, sabía que el modo de vida del llamado campo socialista no tenía nada que ver con ese glamour, propio de las urbes capitalistas con que soñaban tantos cubanos. Sabía que ese glamour estaba muerto para siempre en Cuba y aunque ella, que no era más que una mulata blanconaza, debía alegrarse del fin de los ricachones y de la tan desigual sociedad, no se alegraba para nada, al contrario, a veces estaba muy triste.

El embarazo fue duro y casi siempre estuvo sola pues su marido

pasaba mucho tiempo movilizado en el corte manual de caña. Ese embarazo casi le provoca una psicosis de tipo funcional. Miraba a su cuerpo cambiar de día en día y se odiaba a sí misma. No había logrado olvidar al vietnamita. Soñaba que estaba en Kiev, el hijo era de Nguyen, tomaban juntos un tren hasta Berlín y luego allí cruzaban el muro. En avión iban a París y París era una fiesta sin barricadas ni estudiantes cayéndose a pedradas con la policía.

Se casaron en el mes de enero de 1969.

El Pepillo nació en la madrugada del 26 de julio de 1969, conmemorándose el 16 aniversario del asalto al cuartel Moncada, en el hospital materno de Cienfuegos. Nacer ese día le trajo varias consecuencias, la primera de las cuales fue que la dirección del hospital decidiera regalarle la canastilla y un primoroso cochecito.

El trabajo de parto fue muy prolongado. Así que cuando dos doctores, acompañados por un periodista y un fotógrafo, se aparecieron en el cubículo que Ana Teresa compartía con tres parturientas más y se acercaron con los regalos, ella los miró con un odio concentrado, mucho más viejo que su edad.

El padre del Pepillo se robó el show. Les dio la mano a los doctores y a los periodistas y agradeció todo lo que la revolución hacía por Ana Teresa y por él, nacidos de la más humilde cuna, miembros de la raza que en anteriores gobiernos era la más discriminada. Acababa de llegar de los campos de caña. Apenas había tenido tiempo de cambiarse de camisa y se veía cansado. Parecía mayor que sus treinta y ocho años recién cumplidos.

—Cuando acabe esta zafra habrá de todo para todos, Cuba saldrá del subdesarrollo –terminó al fin acariciándole la cabeza a su esposa, mirando cómo su suegra, la señora Ana Lidia Ugarte, sentada en el borde de la cama de la hija, sostenía en brazos al recién nacido, afirmando con calma a cada una de sus palabras. El suegro también estaba presente, pero no sonreía, ni asentía. Estaba muy orgulloso de ser uno de los primeros mulatos en graduarse de ingeniero eléctrico en Massachusetts.

Toda la vida había trabajado en la Electric Cuban Company. El salario había sido bastante alto y siempre gozó de la consideración de la gerencia norteamericana. No lo convencían las palabras de su flamante yerno. Estaba seguro de que había algo muy falaz en todo eso de querer resolver los problemas del país con una descomunal zafra azucarera. No creía en las panaceas. Creía en las oportunidades para todos, según había prometido Fidel Castro en ese discurso en que también dijo esta revolución es tan verde como las palmas. Sin embargo, reflexionaba, cada vez había menos oportunidades para alguien, excepto para las personas como su yerno: politiqueros, intelectuales de pacotilla, con una labia capaz de dormir a un lince.

—¿Y usted qué piensa? –preguntó entonces el periodista, mirando los ojos carmelita claros de la recién parida.

—Nada –dijo ella y fue como si acuñara su destino laboral y político. Pues ese nada pasó a los expedientes de la seguridad del estado. Uno de los sonrientes doctores era miembro de ese organismo y a la hora del informe diario, puso que la parturienta y chofer de taxis Ana Teresa Díaz había manifestado poco entusiasmo con los bienes recibidos de parte de la revolución.

—¿Y cómo le van a poner al niño? –preguntó el periodista con una sonrisa, tratando quizás de paliar la situación.

—Se llamará Ismael.

—¿No será mejor Fidel, Raúl o Ernesto?

—Ismael –reafirmó Ana Teresa.

—¿Y usted está de acuerdo? –preguntó el doctor mirando al padre del Pepillo.

—Ella lo parió, ella lo nombra –dijo este aunque ya le habían sugerido de varias formas que era de rigor, dado el día que nació, que el niño se llamara al menos Camilo.

Hago Constar

En 1971, a Crazy Horse y a su esposo, la nueva ley contra la vagancia los puso literalmente a temblar. Al analizar en el periódico los cuatro puntos principales en que se dividía dicha ordenanza, ambos coincidieron que era como si alguna deidad maligna la hubiera escrito con la intención expresa de perjudicarlos: ella, ex reclusa y presunta contrarrevolucionaria, él, después que lo expulsaron de la panadería donde era custodio por estar durmiendo en horas laborales, llevaba años sin centro de trabajo. Además, ambos sostenían sospechosas reuniones con individuos a los que se le podía catalogar como rezagos del pasado: poetas de decadente lirismo, músicos burgueses y uno que otro profesional venido a menos.

Para sobrevivir, el poeta realizaba algunos trabajos manuales, clandestinos ahora, cuando después de la llamada Ofensiva Revolucionaria, declarada por el Che en un discurso, ir reparando cosas por ahí, sin un centro laboral estatal fijo estaba prohibido. Se le daba bien el ajuste de electrodomésticos y algunos vecinos antes de ir al centro de reparación oficial o Consolidado, preferían verlo a él para que les arreglara ya sea un radio, una plancha o un viejo televisor de la RCA Víctor. Con eso sacaban para malvivir. También, muy de vez en cuando, colaboraba en una publicación mensual dirigida por un ex colega de sus tiempos de reportero. No rubricaba sus colaboraciones con su nombre, ahora vedado. Firmaba como Mijaíl. Hacía críticas sobre obras de teatro y le pagaban veinte pesos al mes.

El niño ya tenía cuatro años de edad. A veces, iban los tres a pasear. Primero por la avenida Galiano. Luego cogían el corredor de San Rafael y hasta el Prado no paraban. Las calles estaban desiertas y el cristal de las vitrinas en su mayor parte había desaparecido, pero la gente no se notaba especialmente triste a pesar del fiasco de la zafra de los 10 millones. Era como si nunca hubieran creído del todo que ese sueño fuera posible. Un nuevo ritmo musical llamado Mozambique emergía de radios, tocadiscos y vitrolas. Las mujeres seguían usando pañuelos de cabeza y muchas exhibían enormes rolos de cartulina como parte de su peinado. El

rocanrol estaba prohibido. Oírlo era considerado una clara señal de desviación ideológica.

Crazy Horse se sentía sin sombra. Era como si ese adminiculo, la sombra, se le hubiera quedado en la cárcel y ahora tuviera que andar por ahí, más transparente que nunca, ella que por ser tan blanca no parecía cubana. Empezaba a considerar a su vida como un error. Había fastidiado además la existencia del poeta, ese hombre maduro, casi un viejo, que la idolatraba a ella que no se merecía ser amada por nadie. A veces acostada sobre la enorme cama traída de Austria por sus abuelos, sentía deseos de dar gritos. Ya el poeta estaba enfermo y ella lo sabía. El doctor Fuentes, quizás el mejor oncólogo que quedaba en Cuba y amigo del poeta, le había prohibido fumar. Pero cuando conseguían esos cigarros de producción nacional cada vez más escasos, él no podía dejar de llevarse alguno a la boca. Ella le decía a veces: léeme un poema, anda. Él sacaba del anaquel algún libro escrito en tiempos más propicios y su voz de tenor llenaba el cuarto. Tenían miedo. En aquella época todos tenían miedo: del gobierno, de los CDR, de maoístas, trotskistas, de la CIA, de la KGB, del G2, de los amigos, de lo que se dice sin pensar y de lo que se dice después de pensarlo muy bien. Se tenía miedo de las guerras nuclear, química y bacteriológica.

Un martes por la mañana cierto ujier de uniforme verde tocó en la puerta.

—¿Alfredo Tejera?

—Soy yo –dijo el poeta.

—Ponga su nombre y apellidos aquí en letra de molde clara y legible –dijo el uniformado extendiéndole un bolígrafo y un comprobante.

Firmó.

—Gracias –dijo el ujier y puso en sus manos una carta.

Era una citación. Debe presentarse en el edificio tal, en la oficina más cual, situada en tales calles y avenidas, a las diez de la mañana del 21 del corriente.

Fue.

Solo le preguntaron de qué vivía. No dijo que había sido periodista. Ellos ya lo sabían. Dijo que estaba enfermo. Muy enfermo. Que padecía de los pulmones y le quedaba poco. Que por favor, no lo separaran de la mujer y del hijo.

—No se le está acusando de nada, ciudadano –dijo entonces el más alto– solo estamos verificando.

Le temblaban las manos. Se sentía impotente. Lo humillaba saberse enfermo de muerte y sin embargo tener miedo. Lo humillaba tanto ver las sonrisas condescendientes en los rostros jóvenes.

—Su mujer es casi una niña –aseguró entonces el otro– pero ya estuvo presa. Ella debe integrarse o irse, una de dos, no es tiempo de permanecer en la orilla.

No le tocaron un pelo. Ni siquiera le alzaron la voz. Estuvo veinte minutos dialogando. Le preguntaron sobre sus amigos y sobre qué escribían. Él respondió a casi todo que lo ignoraba. Ellos no parecieron asombrarse. Se miraron entre sí de vez en cuando y a las tres y media de la tarde, el más bajito dijo que la entrevista había terminado. Ya se iba, ya les había estrechado incluso las manos, cuando el alto dijo:

—Busque qué hacer o será acusado de vagancia continuada.

Buscar trabajo a los sesenta años. Andar por la calle como un poseso, tratando de encontrar algo en qué ocuparse, ya sea ayudante de enfermería, peón de la construcción, custodio, chofer de ómnibus, lo que sea. Lo importante es que los administradores de empresas te otorguen un documento que con letras impresa diga: Hago Constar que el compañero Alfredo Tejera Holmes estuvo en esta entidad en busca de empleo.

De no haber tenido la astucia de procurarse un bien surtido stocks de esos Hago Constar, la ley 1231 contra la vagancia hubiera condenado a morir en la cárcel al poeta porque además tenía agravantes: expulsado del partido y casado con una ex presidaria que varias veces se había negado a entregar su casona de Miramar, ideal para la sede de un ministerio.

Listos para partir

Una mañana en que estás aburrido en tu perímetro de guardia, apuntándole a las auras tiñosas, ves venir al sargento Benito que te dice con esa voz suya de campesino villareño:

—Vete ahora mismo para el teatro, que te están esperando.

—¿Quién? –preguntas, pero el cachazudo sargento Benito no responde.

Coges tu fusil, los cargadores, te abrochas el cinturón del que cuelga la cantimplora y te diriges primero al cuarto de armamento, donde le entregas el fusil y la careta antigás al cuartelero, luego vas hasta el teatro. Allí hay un grupo de soldados de diferentes compañías, infantes en su mayor parte, pero también hay artilleros, tanquistas y uno que otro sargento de estado mayor y de radiocomunicaciones. Delante, sobre la tarima, están varios oficiales de la división y un teniente de uniforme de camuflaje.

El Pepillo se sienta en una de las butacas y trata de pasar desapercibido, entonces escucha al teniente coronel Rovira, gordo y alto cuando desde la tarima dice:

—Bien compañeros, se encuentra hoy aquí el jefe de estado mayor de la unidad 2059 de tropas especiales, él desea hacerles una propuesta.

El de uniforme de camuflaje se levanta de la silla, se coloca junto al teniente coronel Rovira y los observa uno a uno como si necesitara cerciorarse de alguna cuestión.

—Sé que ustedes son los mejores soldados de la división, tengo algo que decirles, pero antes levanten la mano aquellos que hayan terminado el doce grados y sepan nadar, pero nadar, no patalear en el agua.

El Pepillo nadaba bastante bien pero antes de levantar la mano, con ese instinto de soldado veterano que nunca lo abandonaba, espero a ver que hacían los otros reclutas que llenaban el teatro de la división.

Ninguno parecía dispuesto a ser el primero en demostrarles a los oficiales sus deseos de dejar atrás la unidad de infantería y el teniente de camuflaje empezó a mostrar señales claras de impaciencia.

—Bien –dijo de pronto– veo que aquí o la gente son muy brutas y no saben nadar o no comprenden las ventajas de pertenecer a la única unidad elite del ejército central, allí las condiciones de vida son muy otras, la comida es mucho mejor y aunque el entrenamiento es fuerte, saltar en paracaídas y bucear es muy atractivo para hombres de verdad.

El Pepillo nunca había oído “atractivo” en boca de los oficiales de la 1410 o Loma de Fine. Nunca. Tal vez esa palabra lo decidió a levantar el brazo derecho y entonces diez soldados más levantaron las manos.

Les ordenaron pasar a un gabinete aledaño a la sala principal del teatro. Un sargento de tropas especiales los recibió con una sonrisa y fue apuntando los nombres y apellidos de cada uno, además del número de carnet militar y la dirección de sus casas.

—Mañana por la tarde vendremos a buscarlos, ahora vuelvan a sus compañías y prepárenlo todo... lo siento, usted no –concluyó, mirando a un soldado de apellido Armenteros que usaba espejuelos de miope.

Armenteros se encogió de hombros, pertenecía al mismo batallón que el Pepillo, así que volvieron juntos al cuartel.

—Ni que me interese tanto que me maten en Angola –dijo Armenteros– yo solo quería escapar a la comemierdá de tener que hacer guardias en todo momento, pero pensándolo bien, estoy mejor aquí.

—¿Angola?

—¿No lo sabías? ¿Por qué tú crees que tienen tanto apuro en rellenar de soldados su Unidad? ¿Eh? Tropa de elite, ni tropa de elite. A esa unidad la diezmaron en Angola, acabaron con ella, los pelaron al moñito... Rovira me lo contó.

Ese era el gato encerrado, razonó el Pepillo para su interior, por eso todo parecía tan bueno y perfecto: uniformes nuevos y un teniente que prometía buena comida y sabía usar la palabra atractivo. Una de esas Unidades cuyo verdadero nombre es listos para partir y en cualquier

momento te montan en un camión Zil de guerra. Te acarrean de madrugada, haciendo ruido por la autopista, y hasta el campamento de Loma Blanca no paras. Ya en ese campamento, último sitio antes de partir de Cuba, te suministran ropas de civil, un impermeable ruso, de esos amarillos y una chapilla niquelada por si te matan en África puedan identificarte. Luego para el puerto del Mariel a abordar el trasatlántico ruso que ya eres carne de cañón. No, decidió el Pepillo, nada de eso, me quedo en infantería aunque reviente. Después, ya acostado, mirando el fondo de la litera de arriba, oyendo los ronquidos de Juan Pérez que parecía un fuelle en mal estado, lo pensó mejor. Me voy, resolvió para su coleto, allí tengo más posibilidades de coger el preuniversitario militar y luego veremos.

La mañana de su traslado de Unidad se lo dijo a Peter Kiss. Este lo miró como si no comprendiera. Luego, de pronto, se le aguaron los ojos. A los dos se les aguaron los ojos y se dieron un abrazo.

—Nunca te olvides: Rocanrol y sicodelia –le dijo Peter Kiss y el Pepillo se preguntó a sí mismo si alguna vez iría a Varadero a reencontrarse con un Alejandro Tejera que ya no tendría que filmar de loco porque el ejército habría quedado atrás.

El sargento le había especificado que no era necesario llevar mucha ropa, pues en la nueva Unidad, situada en el municipio Unión de Reyes, le iban a suministrar uniformes nuevos, así que le regaló la mayoría de sus ropas a Peter Kiss. También le regaló un par de botas rumanas, casi nuevas, pues las rusas de Peter Kiss luego de tantos recargos de servicio estaban muy dañadas.

Cuando el camión militar llegó a buscar a los nuevos soldados, el Pepillo tenía esa contentura típica del que se va a un sitio mejor. El turno de instrucción militar de la mañana había empezado, así que solo pudo despedirse de Esteban Artiles, el soldado que estaba de guardia en el cuartel. Le dio la mano y le recomendó que se cuidara. Se colgó la mochila verde olivo en los hombros y antes de salir le echó una última mirada a ese cuartel donde había pasado un año.

Al triunfo de la revolución Crazy Horse estaba dentro del despacho del abogado Emilito Montesdeoca, abriendo la caja fuerte. La residencia estaba vacía. Pero el licenciado había dejado la radio conectada. Crazy Horse pudo oír cómo otro abogado, en este caso Fidel Castro, proclamaba con voz aguda: Revolución sí, golpe de estado a espaldas del pueblo, no.

Con esa propensión innata a convertirlo todo en música, que empleaba cuando tenía que concentrarse en algo tan difícil como la combinación de esa caja de caudales americana, Crazy Horse se repitió a sí misma esa frase en tiempo de rocanrol:

Revolución sí,
golpe de estado
a espaldas del pueblo, no.

Sabía quién era Fidel Castro. Sabía que había asaltado un cuartel en Santiago de Cuba y se la tenía jurada a Batista. A veces, en las largas visitas a esas casonas que solía realizar tomada del brazo de su abuela polaca, Ana Koser, después de abordar asuntos tales como lo inapropiado del comportamiento de Marlon Brando en la última entrega de los oscares, se aludía a lo que estaba pasando en la provincia de Oriente. En esas visitas, el oficio de Crazy Horse era mantenerse sonriendo hasta el punto que los músculos de la cara llegaban a dolerle. Solo dejaba de sonreír cuando hablaban de los muertos de buena sociedad que de vez en cuando, por algún error, caían junto a los otros, los muertoehambres. Entonces los amos de casa solían ponerse serios y ceremoniosos. Alguno solía murmurar: si no la hacen a la entrada, la hacen a la salida. Con tales palabras deseaban indicar lo que era patente para muchos: Batista tenía

de negro.

—Un mulato dirigiendo los destinos de la nación, bochornoso, ¿qué diría el general Sanguilí? –había afirmado cierta tarde el abogado Emilio Montesdeoca con ambas manos apoyadas en el respaldo del sillón en el cual estaba su esposa, la conocida dama de sociedad Ñica de Montesdeoca y Argüelles, mirando a los ojos azules de Crazy Horse, sentada junto a la abuela en un largo sofá forrado de terciopelo.

Crazy Horse se puso seria. Tal como aconsejaban las buenas costumbres, murmuró un par de frases en inglés y asintió con la cabeza. No tenía nada contra los negros. Tampoco mucho a favor, a decir verdad. Apenas había conocido a ningún negro de cerca (exceptuando a Mauricio y el joven siempre dejaba bien en claro que no era negro sino hindú aunque el grueso de sus labios afirmara lo contrario). Le daba un poco de pena, cierto, con Rubén, el mayordomo de patillas grises, que muy erguido esperaba cualquier orden que proviniera de los señores.

—Y no lo digo por ti, Rubén –siguió diciendo Emilio Montesdeoca Argüelles– sabes que eres como de la familia, pero las tradiciones son muy importantes tanto en una nación como en una casa o si no adónde va el mundo.

Esto último lo dijo mirando a su hijo Emilito que estaba enamorado de Crazy Horse. No dijo que Moraima Montebravo era marrana, hablando en buen castellano y se podía ser moderno y todo eso, pero él, Emilio Montesdeoca Argüelles, varón cubano de cincuenta y cinco años en completo uso de sus facultades tanto físicas como intelectuales, era tataranieto de un adelantado aragonés, familiar de la inquisición por demás, y nieto de un prominente general mambí, fundador del ABC además de miembro importante del partido conservador. No dijo que consideraba que estaba bien comerciar con los judíos y que el padre de Moraima, Alcibíades Montebravo Iglesias, difunto en ese triste accidente automovilístico junto a su señora, había sido un opulento comerciante de paños europeos con conexiones en Lisboa, Barcelona, Rotterdam y Liverpool, pero que mezclar la sangre de los Montesdeoca con alguien

que, de permanecer en Europa, hubiera sido candidato a las cámaras de gas de Hitler, no estaba bien y más que la fortuna de los Montebravo Koser, ahora que era administrada por Elena K, como le decían los íntimos a la abuela de Moraima, había empezado a declinar, no habían logrado asegurarse un puesto junto a los verdaderos poderes de la isla y medraban todavía pretendiendo reverdecer oropeles europeos venidos a menos. Por otro lado, como se decía en New Orleans, un judío no era más que un negro virado al revés.

Emilito sonrió con discreta ironía. Sabía lo que pensaba su padre y esas opiniones lo tenían sin cuidado. Se iba a casar con Moraima Montebravo y ya, no necesitaba la aprobación del viejo, contaba con el dinero y el apoyo de su abuelo materno.

Emilito era miembro del Directorio Estudiantil. Había donado dinero a la causa revolucionaria y participado en la colocación de petardos en los cines Rex y Ambassador. Uno de esos explosivos provocó la muerte de un conocido y obeso rascabuchador, informante de la policía, infartado en la desbandada que se formó por escapar del cine. Exhibían La jauría humana. Por eso esa acción había pasado a los anales del movimiento revolucionario como La humana Jauría. Emilito tenía un abultado expediente abierto en la policía secreta. Sabía que el triunfo estaba cerca. No lo amedrentaba encender la radio y sintonizar a la emisora Rebelde para escuchar a los nuevos héroes, al argentino Guevara, a Celia Sánchez, al negro Almeida, a Camilo Cienfuegos y al mismo Fidel Castro, un abogado, hijo de buena familia también, aunque sin el rancio abolengo de los Montesdeoca Argüelles que habían estado en Cuba casi desde que Colón puso el primer pie para soltar aquello de que esta es la tierra más linda que ojos…

En el sesenta y uno Emilito Montesdeoca sería uno de los primeros miembros de la brigada 2506 en caer bajo las balas de las pepechas milicianas en las arenas de playa Girón. Pero en esa reunión vespertina en su casona del Vedado, sentado entre Moraima Montebravo, también conocida en el mundo del hampa como Crazy Horse, y la abuela de esta,

Elena Koser, una sesentona que conservaba aún todos sus amarillentos dientes, se veía tan seguro de sí mismo, tan esperanzado, que daban ganas de abrazarlo.

Mirando el delgado rostro de Emilio, su novio, y presunto marido, mientras sonreía con esa especial discreción en la que la había educado su abuela polaca, para la cual todos los cubanos, incluyendo a los aristócratas, eran unos salvajes y unos bupkes, fea palabra que en dialecto judío polaco, significa idiota, Crazy Horse supo que iba a atracar esa casa. No iba a mirar siquiera los cubiertos de plata con el anagrama Montesdeoca Argüelles. No iba a echarle siquiera un vistazo a las joyas de Ñica de Montesdeoca y Argüelles. Iría, derechita, como guiada por el famoso hilo de Ariadna, hasta el despacho donde el viejo Emilio además de los quevedos guardaba su dinero. No en pesos cubanos, ni en dólares yanquis. En libras esterlinas. Única moneda en la que según él se podía confiar. Iría sola. Estaba preparada. Necesitaba mostrarle a Mauricio que no era ninguna señoritinga, útil solo para descubrir dónde los dueños de casa escondían las cajas de caudales. Iría a ver a su príncipe afro hindú con una maleta de cuero de cerdo, llena de dinero inglés. Tenía un duplicado de la llave. Se la había sacado a Emilito del bolsillo del traje, la única noche que habían ido juntos al restaurante Monseñor a escuchar a Bola de Nieve.

En la caja de caudales del abogado Emilio Montesdeoca, socio mayoritario del bufete Argüelles y asociados, Crazy Horse encontró una barra de oro de veinticinco quilates y veinte abultados fajos de libras esterlinas. Escondió el lingote de oro dentro del inmenso piano de cola, un Stenway, pues el maletín de cuero de cerdo ya pesaba demasiado. Antes de irse acarició las cabezas a Tom y Henkel, aquellos dos dobermans traídos de Prusia que eran el orgullo de los Montesdeoca.

Había dejado el auto, tres cuadras más allá, en una estación de servicio, al cuidado de un viejo empleado. Le pagó. El hombre la ayudó a guardar la valija dentro del maletero.

Era bastante temprano aún, las calles de la ciudad estaban

relativamente tranquilas aunque era el último día del año. Cerró las ventanillas del Chevrolet para no escuchar la música que parecía venir de todas partes y de ninguna a la vez.

Tomó por quinta avenida hasta el malecón y ya allí enfiló para La Habana Vieja.

Llegó, parqueó frente al hotel y le dio las llaves a uno de los botones para que parquera el auto.

Entró. Creía que Mauricio aún la estaría esperando en la habitación, pero él no estaba. Arriba de la cama encontró una nota. Adiós, decía con una letra que a ella se le antojó infantil. Sobre la cama estaban aún la colt 45, y la mayor parte del dinero. Sabía que él tenía razón, que no tenía sentido si los andaban buscando por el asalto al garito, arriesgarse con la mansión de los Montesdeoca, pero era algo que ella debía hacer antes de irse del país o antes de que Mauricio muriera y todo careciera de sentido. Se acostó un rato. Durmió. La despertó el sol en la cara. Se vistió tomó el ascensor y descendió hasta el lobby del hotel.

—Buenos días, miss –saludo el carpetero, mezclando el español con el inglés de una manera algo cómica.

—Buenos días –dijo ella con una leve sonrisa– what happen, Carlos?

—El general Batista huyó –dijo el carpetero.

Era verdad. Salió a esa calle de La Habana Vieja donde estaba situado el hotel y era como si un dios travieso hubiera decretado unas vacaciones generales. Toda la ciudad estaba alegre, alborozada.

Morirás en un accidente

Hacía once años, no más, en 1948, los padres llevaron a Crazy Horse al balneario de Varadero como cada verano.

Luego de una intensa tarde de baño y de juegos con el hermano, se

sentó en la arena con su papá. Miraba a uno de esos grandes lagartos verdes subiendo por el tronco de un cocotero para luego quedarse con la cabeza erguida, tan quieto, que Crazy Horse preguntó con un suavísimo acento extranjero, copiado de su abuela tan proclive a hablarle en polaco:

—Papi ¿eso es la muerte?

—No hija, claro que no –respondió Alcibíades– contemplando al reptil que señalaba su hija mayor.

Ana, la madre, y el pequeño José Antonio permanecían aún en el agua.

Alcibíades había conocido a García Lorca en 1930, la única vez que el poeta andaluz estuvo en Cuba. Junto con otros miembros de la colonia española concurrió a escucharlo declamar sus poemas en el Centro Gallego. Aunque no le gustó la manera algo histérica en que el poeta se comportaba, si le agradó el cantarín fuego de su verso. Lo invitó a su casa y luego de una opípara cena al estilo andaluz en la que no faltó el mejor jerez, recibió un extraño presente: García Lorca le dijo cómo y cuándo iba a morir. Alcibíades no lo tomó en serio. El poeta tenía fama de bromista, además de que su oscuro traje, lo hacía semejarse a un joven tahúr de feria. Un tahúr que por otra parte echaba pestes de Nueva York. Ciudad de la que acababa de salir huyendo y que Alcibíades adoraba.

—Morirás en 1950 en un accidente de coche –le había dicho el poeta gitano, entre copa y copa de Jerez del Toro– así que apresúrate a vivir, deja el mercar y aprovecha la vida.

Los padres de Alcibíades, pertenecientes a una de las pocas y reducidas comunidades judías que habían logrado sobrevivir a la expulsión ordenada por Isabel de Aragón y Fernando de Castilla, habían emigrado a Santiago de Cuba en la década del noventa del siglo XIX. Al principio habían sido bodegueros, pero luego se dedicaron a la importación de géneros, hasta que un incendio en su almacén principal los dejó en la miseria. Se mudaron, entonces, a la ciudad de Pinar del Río, alquilaron una bodega e intentaron empezar de cero, no les fue bien y emigraron a México con dos de sus tres hijos. Alcibíades, el mayor, ya

con veintidós años, permaneció en Cuba, pero dejó la provincia y se estableció en La Habana.

Ya en 1930 Alcibíades había labrado una apreciable fortuna. Le gustaba la poesía, pero se sabía sin talento para las letras. Asistía con cierta regularidad al cine y al teatro y aunque se le vio más de una vez con determinada cupletista de origen francés, era considerado un hombre serio, confiable hasta para el mismo presidente Machado que lo tenía en cierta estima. Se mantenía lejos de esos huracanes políticos que solían amenazar la tranquilidad de la isla. La neutralidad era la mayor virtud de Alcibíades.

—Pareces un suizo, comprométete en algo –le había dicho un amigo, una tarde en que salían juntos de la sinagoga en la calle Compostela a que asistían ambos. Alcibíades se encogió de hombros.

En mil novecientos treinta y seis Lorca fue fusilado por los franquistas. Alcibíades lo leyó en el Diario de la Marina, la misma tarde en que le presentaron a Ana Koser, una joven profesora de inglés acabada de llegar de Polonia con su abuela Elena Koser. Quedó hechizado, decidió que si no se casaba con ella, vivir no tenía sentido. Ni siquiera al releer los detalles de la muerte del poeta gitano se acordó del presagio del accidente. Se vivía muy intensamente entonces. Los imperios del centro volvían a lanzarse a la guerra. A este lado del Atlántico se avizoraban montones de oportunidades para todo aquel que supiera laborar de manera incansable. Él era un gran trabajador. Un hombre que se trazaba metas. En eso era muy diferente a la mayoría de los habitantes del trópico y de Cuba en específico.

Dentro de tres años seré millonario y estaré casado con Ana Koser, se dijo, cerrando con brusquedad el periódico. Le hizo una seña a su paisano Sancho Alabastrina, dueño de la cafetería, donde se había detenido a disfrutar de un café y una limonada. Sancho se acercó casi corriendo, era gordo y visiblemente más bajo de estatura que Alcibíades, siempre sonriendo, siempre dispuesto a hablar de Alicante y de esa aldea donde todos eran judíos o marranos. Alcibíades pagó pero no dejó

propina. Un hombre que en el corto plazo de tres años pretende ser casado y millonario no puede darse ciertos lujos, sobre todo ahora que Miguel Mariano había perdido la presidencia con Federico Laredo Bru, ese falso mambí, con fama de antijudío y por ende admirador de Adolf Hitler, el hombre fuerte de Alemania.

Alcibíades lo logró. En 1938, a las puertas de la segunda guerra mundial, los activos de su principal propiedad: compañía Montebravo y asociados, importadores de paños europeos, superaron por primera vez el millón de pesos cubanos e iban en ascenso. Montebravo y asociados tenía su sede en un pretencioso edificio de la calle Galiano, diseñado con todas las molduras y alardes característicos del art noveau. Un graduado de la Bauhaus, amigo personal de Walter Gropius, diseñó el edificio y se ocupó de dirigir a los trabajadores por un precio tan razonable que Alcibíades quedó encantado. Ese arquitecto hebreo, Albert Lang, original de Baviera, fue quizás el primero que le habló de lo que significaba realmente para la nación judía la llegada de alguien como Hitler al poder.

El nacionalismo es la muerte, dijo.

Ya estaba casado con Ana y habían comprado un moderno apartamento, también en Galiano. Desde el balcón, Alcibíades observaba el despertar habanero, con una taza de café en la mano. No era un hombre feliz. La mujer más bella de La Habana era suya y él le tenía miedo. Ana Koser estaba perturbada de la mente. Ese desvarío se manifestaba de una manera sutil a veces, otra de una forma tan explosiva que Alcibíades se veía obligado a recurrir a Elena Koser y a un enfermero contratado para calmarla.

—Tiene el mal de la luna, debe evitar las emociones fuertes –fue la única recomendación que le hizo el psicoanalista suizo al que fueron a visitar en Nueva York. Ana sonrió al escuchar esto.

—Me hace usted sentirme como una licántropa –dijo en inglés.

Se veía tranquila y feliz. Esas semanas que pasaron en Nueva York, yendo a espectáculos de Broadway y al museo metropolitano, donde, parada ante las obras de los grandes pintores, tomaba rápidos apuntes en

esas cartulinas que siempre llevaba consigo, él llegó a pensar en establecerse en la metrópoli. Pero una noche, luego de tener sexo, Ana le dijo que no lo amaba, que deseaba regresar a Cuba y que estaba embarazada. De esas tres afirmaciones Alcibíades solo se permitió creer la segunda y la tercera. Voy a ser padre, pensó. Sabía que su mujer recaía en las fases de su locura. Ciclos en que odiaba a todos, principalmente a él.

Estaban en 1943 y la guerra mundial seguía en su apogeo. Uno que otro submarino asolaba las costas de Cuba. Viajar en barco podía ser muy peligroso. Prefirieron ir al sur, a la Florida, y volar en avión desde Miami. Durante ese vuelo, sentado muy cerca de la cabina del piloto, Alcibíades volvió a acordarse de las palabras de García Lorca: morirás en un accidente.

En diciembre nació la niña. Ponerle ese nombre tan cubano, Moraima, fue decisión de la madre.

Si avanzo sígueme

Muy temprano en la mañana, se detuvo un automóvil azul metálico en la entrada de la división 1410. De ese vehículo descendió un individuo alto y canoso, vistiendo descoloridos jeans de procedencia capitalista y una bata blanca.

Los tres soldados y el sargento que a esas tempranas horas, iniciaban su turno de guardia, lo vieron acercarse a la garita, tenderle la mano a cada uno y sonreír.

—¿Puedo guardar el carro? –inquirió.

—Esto no es parqueo –dijo el sargento.

—Lo sé, soy el doctor Abelardo Cuesta y vengo del hospital psiquiátrico.

—Ah bueno, ya lo están esperando, Eduardo, acompaña al doctor... y no se preocupe por el carro, nosotros se lo cuidamos.

—Ok –dijo el más bajo de los tres soldados.

Un Dios benévolo quiso que esa mañana, finales de febrero, un tardío frente frío acabara de llegar al occidente de Cuba y la temperatura descendiera bastante. Eduardo le pidió un cigarro suave. El doctor le dijo que solo fumaba fuertes.

—No importa, deme uno si puede, por favor –dijo Eduardo.

El psiquiatra sacó una caja de Populares de uno de los bolsillos de la bata y se la tendió al pequeño soldado que sonrió en señal de agradecimiento.

—¿De dónde eres? –preguntó el psiquiatra.

—De Guantánamo.

—Te mandaron lejos.

—Y dígalo.

Encendieron los cigarros y ambos fumaron.

Tuvieron que caminar bastante. Llegaron hasta la sede del estado mayor, feo edificio pintado de verde y carmelita. Entraron a un vestíbulo de paredes decoradas con grandes fotografías del Che, Raúl y Fidel Castro y un cartel que proclamaba: si avanzo sígueme, si me detengo empújame, si retrocedo, mátame.

Un joven oficial sentado tras un buró, se puso de pie al verlos.

—Es el doctor –explicó Eduardo con displicencia.

—¿Se dirige usted a mí, compañero soldado? –inquirió el joven oficial mirando a Eduardo a los ojos.

—Disculpe –dijo entonces el soldado, se puso firme y saludó llevándose la mano derecha a la visera de la gorra– compañero oficial de guardia, el compañero doctor psiquiatra acaba de arribar al estado mayor.

—En su lugar, descanse –dijo entonces el oficial y le tendió la mano al doctor.

—¿Todo bien?

—De lo mejor –dijo el médico.

—Espéreme aquí, doctor... usted soldado, puede retirarse.

—A la orden –dijo Eduardo.

El oficial abrió una puerta de cristal, situada a la izquierda de la entrada y se adentró por ella. Había otros soldados en el vestíbulo, dos de ellos portando fusiles, pero el diminuto recluta no se cuidó para decir, mirando al médico a los ojos:

—Mira que se atracan de mierda.

Luego le tendió la mano:

—Adiós doctor, ya sabe si algún día va a Guantánamo, pregunte por los Cáceres, todos somos familia y todos nos conocen.

—Está bien –asintió el médico con una sonrisa.

Se sentó en uno de los sillones de fieltro rojo, justo frente a la foto de un Ernesto Guevara muy joven y flaco, que parecía mirarlo con reprobación. A los pocos minutos volvió a abrirse la puerta de cristal y el joven oficial le dijo:

—Acompáñeme, el coronel Fernández lo recibirá ahora.

Al seguir al oficial no pudo evitar un estremecimiento.

El doctor Abelardo Cuesta era un “entendido”, un “pájaro”, un “invertido” como llamaban en Cuba a los homosexuales pasivos. Había logrado sortear veinte años de homofobia sin que lograran descubrirlo, teniendo incluso además de una pareja fija, médico igual que él, pero cirujano, varias relaciones ocasionales, jóvenes reclutas de esta misma división de infantería a los que solía conducir en su automóvil hasta Camarioca donde vivía una prima que lo dejaba utilizar su casa. A ninguno de los compañeros de aventuras esporádicas eróticas les revelaba su nombre verdadero o su profesión. Se hacía llamar Rolando y como le gustaba mucho cocinar y lo hacía bien, alegaba ser el chef de uno de los más importantes hoteles de Varadero. Hasta hacía poco la homosexualidad era tratada en Cuba como una enfermedad psiquiátrica. Algunos colegas llegaron incluso a indicar tratamientos de electro shock. Él no llegó a tanto, pero si se vio obligado a ingresar en la sala de

neuróticos del hospital donde laboraba a varios homosexuales y lesbianas. En ese hospital tenía fama de viril pues era de contextura robusta, su voz era fuerte y solía piropear a cuanta enfermera, auxiliar de psiquiatría, ergo terapeuta u otro personal médico del sexo femenino se le cruzara en el camino. Antonio Rodríguez, su amante, cirujano y subdirector de una importante clínica, y él, sabían a lo que se arriesgaban de ser descubiertos. Serían expulsados del partido comunista al que ambos estaban afiliados y probablemente no podrían ejercer más la medicina, por tanto se cuidaban mucho de que no los vieran juntos en parques, cafeterías, restaurantes y otros lugares públicos.

El hombre que lo esperaba en el despacho, coronel Reynaldo Fernández Cuellar, era dado a organizar actos de repudio en el amplio polígono de la división, a los cuales invitaba a las autoridades de la provincia y el municipio de Cárdenas para que fueran testigos de cómo debían ser tratados aquellos que se atrevían a vulnerar el honor del ejército cubano. El doctor, secretario del sindicato de los trabajadores de la salud del municipio, se había visto obligado a concurrir a uno de esos actos de repudio. Los culpables eran dos suboficiales, sorprendidos besándose dentro de un tanque T34M. Delito por el cual ambos pasaron seis meses en el presidio militar de Canaleta. Luego fueron expulsados deshonrosamente de las FAR, pero antes tuvieron que asistir esposados al acto de repudio organizado por el coronel Fernández. Dicho evento comenzó con el discurso del coronel llamándoles aberrados, débiles, carcomidos hasta los tuétanos, rezagos del pasado burgués y terminó con los siete mil miembros de la división de infantería gritando esta única palabra:

—¡Maricones!

Ese grito, ¡maricones!, aún resonaba en los oídos del doctor Abelardo cuando entró a la oficina del jefe de la división.

—¿Quiere beber algo, café, cerveza, jugo, ron? –dijo el coronel Fernández, luego de tenderle la mano y pedirle que se sentara en uno de los acolchados butacones. La oficina estaba decorada con sobriedad, sin

los habituales retratos de dirigentes de la revolución. Había incluso un librero con obras de autores como Carpentier, García Márquez e incluso para sorpresa del psiquiatra: Lezama Lima.

—Café, por favor –dijo el médico y el coronel Fernández, bajo de estatura, pero de buena estructura ósea y tan esbelto que parecía mucho más joven que sus casi sesenta años de edad, le ordenó al oficial de guardia que fuera a buscar café. Luego se sentó en otro de los butacones y sonrió mirando al médico a los ojos.

—Para mí es un placer recibirlo, doctor, pocas veces tiene uno la posibilidad de hablar con personas educadas, el ejército es una institución de boniatos, imagínese.

—Si usted lo dice.

—Sé que es un hombre tan ocupado como yo. Tengo siete mil hombres bajo mi mando. Catorce mil, incluyendo a los reservistas. Personas a las que hay que vestir, cuidar y otras cosas, tratando sobre todo que no se descarríen.

—Claro, general.

—Coronel… doctor, coronel… miraba usted mis libros, a muchos visitantes les sorprende que un militar como yo pierda el tiempo leyendo novelas procedentes del área capitalista, sepa que yo era de los hombres de Camilo, pero veía al Che, prendido de continuo de los libros y como era la persona que yo más admiraba en todo el ejército rebelde, me embullé y ya ve, soy un insaciable lector, de cosas buenas sobre todo… ¿lee usted mucho, doctor?

—A veces, cuando tengo tiempo.

—Muchos de estos libros están prohibidos para las masas, pero usted y yo somos distintos, así que si desea llevarse alguno, prestado por supuesto, escójalo sin pena.

El médico miró al coronel a los ojos. Sospechaba. Pensó que el militar le brindaba esa literatura prohibida: Vargas Llosa, Cabrera Infante, Milan Kundera, Octavio Paz para luego avisarle a la policía política que él se solazaba en la lectura de libros burgueses y revisionistas.

—Por favor, El siglo de las Luces, estoy loco por leerlo.

—¿Carpentier? Ese se encuentra en todas las librerías… pero bueno, tómelo –dijo el coronel y poniéndose de pie, fue y agarró un volumen de tapas dura del librero y se lo alcanzó al médico –esta es la edición de Seix Barral.

Segundos después llegó el oficial de guardia con una cafetera y tazas de porcelana fina sobre una bandeja metálica. Puso todo eso sobre una mesita y les sirvió café, primero al médico, luego al coronel. Cuando ambos tuvieron las tazas en las manos, pidió permiso para retirarse.

—Vete –dijo el coronel.

—Muy bueno el café –dijo el médico.

—Sí, de Baracoa… pero vayamos al grano, tenemos aquí un soldado que se hace el loco, eso en otras circunstancias no sería un problema, tenemos métodos para que los desertores se arrepientan, pero el caso de este soldadito, de Varadero para ser exactos, tiene una arista delicada: es hijastro del segundo secretario del partido en la provincia, mi amigo Héctor Colina… eso impone una urgente evaluación psiquiátrica del mayor rigor. No queremos equivocarnos con dicho joven… ya de por sí es raro que el hijastro de un alto cuadro del partido pase el ejército como un simple recluta, pero que además sea apresado como desertor, no sería edificante para la masa de soldados que tengo a mi cargo… ¿me sigue?

—Claro, haremos nuestro trabajo con el máximo rigor posible –dijo el médico poniéndose de pie, deseoso de salir de esa oficina que a pesar del aire acondicionado se le tornaba sofocante– ¿dónde puedo ver a ese soldado?

Cartas del Che

Lo primero que vendió Crazy Horse luego de las sucesivas muertes

del poeta y de la abuela Koser fue el televisor RCA al que la anciana había sido tan afecta. En realidad no fue una operación de compraventa pues lo cambió por un pescado. Un pargo de más de cincuenta libras que sirvió para que el niño y ella tuvieran la proteína garantizada durante una semana y media. Luego el pargo se terminó y una mañana de agosto al abrir la enorme puerta del refrigerador, marca frigidaire, comprado al cash también por la difunta abuela, Crazy Horse constató que sus reservas alimenticias eran una diminuta lata de sardinas y media lata, también pequeña, de jamón. A eso había que añadirle seis libras de arroz y cuatro de azúcar que guardaba en la alacena. Nada más. Le hubiera gustado poseer la firmeza necesaria para retornar al mundo del crimen, pero por más que se esforzó no logró verse a sí misma penetrando de nuevo en los hogares de los pocos burgueses que quedaban para despojarlos de sus utilidades. Además, era muy poco lo que se podía conseguir con dinero. La gente ya no lo atesoraba con la misma pasión que antes. Preferían tener comida en la casa y para Crazy Horse arramblar con medio saco de arroz o una lata de manteca, de esas que al derramarse ponen los vestidos hechos una lástima, no era un imposible pero si algo cercano a lo demasiado. Siguió deshaciéndose del patrimonio familiar, inocente por completo al hecho de que, después de la Ofensiva Revolucionaria, la compraventa entre particulares era un delito reflejado en cierto importante apartado del código penal.

Luego del televisor, les tocó el turno a unas altas copas de cristal de bacará. Se las cambió a un aduanero por diez libras de leche en polvo. Le siguió un mantel de hilo de Holanda cedido por frijoles en lata y un pomo de aceite de oliva de mediano tamaño.

Días después, una alta y delgada mujer, inspectora de vivienda, que fue hasta la casona a investigar porqué una sola persona adulta vivía en un espacio tan amplio, se enamoró de un biselado espejo de cuerpo entero y Crazy Horse lo cambió por un poco de tranquilidad. Transcurría 1974. Alejandrito acababa de cumplir siete años. Crazy Horse era aún una mujer muy joven y si no se cuidaba, la ley contra la vagancia podía

llevarla de nuevo a la prisión.

Siguió vendiendo cosas: porcelana china y japonesa, libros antiguos, platería de la mejor calidad, el resto de sus joyas personales y muchas de sus ropas. Hasta que una mañana le vendió a una mujer anciana, un pañuelo de cabeza traído de Alicante, pintado con motivos taurinos. Esa misma tarde la anciana fue atrapada en el transcurso de un operativo policíaco, realizado en Marianao. Trataba de comprar una cartera de yarey trenzada a mano cuando la detuvieron. Conducida hasta la unidad policial, fue acusada de receptación. Para disminuir la condena, confesó que su bello pañuelo de cabeza había sido adquirido en una casona de Miramar y que la vendedora era una rubia delgada. Esa misma noche una patrulla compuesta por tres policías fue a buscar a Crazy Horse. Enriquecimiento ilícito, decía el acta que le levantaron aunque solo le encontraron doscientos pesos en el escaparate del cuarto y un pedazo de carne de caballo en el refrigerador.

—Tiene que acompañarnos –dijo el teniente que le había extendido la estilográfica para que firmara, luego de guardar ese documento y el bolígrafo en una carpeta negra.

—¿Puedo cambiarme de ropa? –inquirió ella porque estaba en bata de casa, ya dispuesta a dormir.

—Rápido.

—Otra cosa, ¿por favor, pueden llevarme hasta la casa de mi cuñada, para que cuide a mi hijo? ¿Por favor?

—¿Qué edad tiene?

—Siete años.

—¿Dónde vive esa cuñada?

—En la Víbora.

—Está bien... yo a esa edad andaba por ahí buscando como ganarme la vida... pero adelante, cámbiese de ropa, que sea rápido.

Crazy Horse entró al cuarto. Se puso lo primero que encontró a mano. Dentro del bolsillo del pantalón guardó aquellas cartas que le había enviado el Che luego de que ella saliera de la prisión. Antes de conducirla

a la unidad policial, tomaron por Quinta Avenida en dirección a la cuadra donde residía Alicia, hermana del difunto poeta.

Crazy Horse y Alejandro iban en la parte trasera del vehículo, apretados entre dos robustos uniformados.

Miró afuera. Sintió nostalgia por esas calles desiertas que segundo a segundo se le tornaban entrañables.

Eran las once de la noche. El jeep llegó a la Víbora y paró frente a la casa indicada. Uno de los policías, el niño y Crazy Horse descendieron. Tocaron a la puerta varias veces. Va, se escuchó dentro, luego de varios minutos, y la hermana del difunto poeta abrió al fin. Se asustó un poco cuando vio a una Moraima Montebravo Koser rodeada de adustos policías.

—¿Pasa algo?

—Buenas, cuídame a Alejandrito, por favor –dijo Crazy Horse.

Estaban en el portal de la casa. El niño miraba a todos muy serio. Crazy Horse se acuclilló frente a él y le pidió que se portara bien y le hiciera caso a cuanto dijera la tía.

—Pronto volveremos a estar juntos –concluyó.

—Sí, mamá –dijo él.

La tía empujó suave al niño para que entrara a la casa.

—Vamos Alejandrito –dijo y entró también.

—Gracias –dijo Crazy Horse.

—De nada… cuídate Moraima –dijo la cuñada y cerró la puerta.

Fue conducida hasta la unidad número cuatro de la Policía Nacional Revolucionaria. Allí un oficial muy delgado que aún conservaba la barba de guerrillero, reiteró la acusación de compraventa y enriquecimiento ilícitos.

—Delitos que, de probarse, implican la inmediata confiscación de los haberes, casa incluida y una condena de cinco a diez años… y como usted ya estuvo presa, la justicia revolucionaria se ve obligada a ser muy severa.

A Crazy Horse se le aflojaron las piernas. De no estar sentada se hubiera caído. Entonces se acordó de algo. Sacó las cartas y se las tendió

al ex guerrillero.

—Son del Che –dijo.

El hombre ojeó esas cartas. La expresión de la cara dejó de ser severa. Cuando volvió a mirar a Crazy Horse había lágrimas en sus ojos:

—Sí, son del Che –dijo– yo era de su columna, conozco su letra, póngase de pie compañera Moraima Montebravo.

Crazy Horse se puso de pie. El hombre le pidió que le regalara al menos una de esas misivas.

—Está bien –dijo ella– quédese con la que más le guste, aunque todas tratan de asuntos muy particulares.

—No son para mí, son para el museo que construiremos en el mismo Washington cuando al fin caiga el imperialismo –dijo el ex guerrillero y guardó una de esas tres cartas en la primera gaveta de su buró. Las otras se las devolvió a su destinataria.

—Óigame bien compañera Moraima Montebravo, en homenaje al guerrillero inmortal, la revolución le va a dar una nueva oportunidad. Espero que agradezca lo que hacemos por usted, puede marcharse…

—Gracias.

—No me dé las gracias, no lo hago por usted… dígale a Tony que la lleve.

Tony era el chofer del jeep. Crazy Horse le pidió que la condujera cerca del mar. Caminó por el malecón. Ganas le daban de tirarse al agua y nadar y nadar hasta ahogarse. No podía más. Los transeúntes la oyeron gritar y alzar los brazos como si ejecutara una extraña danza, entonces un Cadillac descapotable, color plata, se detuvo en la acera, muy cerca de ella. Hacía rato que Crazy Horse no veía un auto así, flamante, de lujo. Pensó que de tal automóvil solo podía bajar uno de esos actores americanos con cara de niño: Tony Curtis en sus mejores tiempos. Pero la que descendió fue una mujer rubia.

—¿Qué le pasa? –preguntó.

Crazy Horse rompió a llorar.

—No puedo más.

—¿Moraima, eres tú? –preguntó la mujer y le dio un abrazo.

Habían estudiado juntas en el instituto preuniversitario.

Esa mujer, que respondía al antiestético nombre de Gertrudis, le presentó al primer griego, Aristóteles igual que el filósofo, maquinista de uno de esos buques que transportaban tractores y otros equipos agrícolas desde Europa.

Su excelencia Peter Kiss

—¡Alejandro Tejera te busca el sanitario! –gritaron.

Él estaba acostado en el césped. Miraba las extravagantes formas de las nubes. Traía puesto un abrigo que como había pertenecido al difunto Torito, le quedaba estrecho y corto de mangas. El Venado, comisionado por el sargento Benito para avisarle, cuando lo avistó, muy cerca de uno de los laureles, corrió junto a él y jadeante volvió a gritar:

—¡Alejandro Tejera te busca el sanitario!

Alejandro Tejera lo miró como sin verlo y el Venado rectificó de inmediato:

—Peter Kiss te busca el sanitario.

Peter Kiss le dedicó una sonrisa antes de ponerse de pie y con pasos indolentes dirigirse a la Enfermería.

—Vino a verte el psiquiatra –rezongó el sanitario que lo esperaba sentado en el vestíbulo de la Enfermería– ahora te dan la baja y nosotros seguimos clavados aquí y tú a gozar a Varadero... Peter Kiss, ni Peter Kiss, tú eres Tejera el loco... vamos.

Pudo haber golpeado al sanitario en la boca, pero no lo hizo. Se limitó a ignorarlo, hasta que el otro dijo:

—Vamos, su excelencia Peter Kiss, que nos esperan.

—No hagamos esperar a los admiradores –concedió entonces y siguió

al sanitario hasta la Enfermería principal de la Unidad.

Raro espécimen judío

En varias ocasiones se llegó hasta su celda en la fortaleza de la Cabaña, sobre todo muy tarde en la noche y hablaban. Para el Che, ella a pesar de su juventud, era una representante del mundo viejo. Ese que tenía que desaparecer para que prístino surgiera el mundo nuevo con su habitante natural el hombre y la mujer comunistas. La visitaba, no solo porque sentía cierto grado de atracción física por ella, sino porque su audacia, su temeridad, la hacían digna de ser parte del ejército de guerrilleros que estaba formando para liberar al Tercer Mundo. Cuando se lo insinuó, la muchacha dijo que amaba a su marido y nunca podría abandonarlo.

—Vaya –dijo el Che– ¿Y quién es tu marido?

—Usted lo sabe.

—¿Ese vejete flaco que viene a verte?… yo pensé que era tu padre.

—Para que vea… es un poeta.

—Un desclasado… los intelectuales cubanos no hicieron nada en la lucha contra Batista.

—Él sí hizo –dijo ella– escribió poemas… aparte yo hice por él.

—¿Y qué hiciste vos?

—Mauricio y yo robamos la caja de caudales de una casa de juego que pertenecía a Batista.

—¿Y el dinero a quién se lo dieron? ¿Al directorio estudiantil revolucionario?

—Nos lo quedamos… nos hacía falta para abrir una librería en París.

—Qué decadencia –dijo el Che– deberías redimirte, hacer algo por la revolución… ¿Y ese tal Mauricio quién es?

—Era un príncipe hindú –dijo Crazy Horse.

Eso le había dicho Mauricio al conocerlo, una de esas tardes de calor abrumador, cuando parece que La Habana arde. Demasiado calor para ir a la escuela, pensó Crazy Horse que ya entonces, sin descubrir aún su vocación por el latrocinio, se sentía ajena a las otras adolescentes que asistían al instituto privado de segunda enseñanza “Elisa Boom”.

En ese instituto, a pesar de sus buenas notas y de su eterna sonrisa conciliadora, la consideraban un problema en ciernes. Sobre todo después de haber agredido a una condiscípula luego que esta la llamó “raro espécimen judío”. Ella de raro, al menos en su aspecto personal tenía muy poco y sus cabellos rubios y ojos azules la hacían parecer más bien alemana o polaca, pero su abuela Elena Koser sí era una típica hija de Israel y cuando la necesidad la obligaba a pasar por el Instituto, el pelo renegrido, la nariz ganchuda y las faldas de amplio vuelo que se hacía comprar en Varsovia, provocaban una general curiosidad en las alumnas, curiosidad mitad benévola, mitad burlona.

—¿Tú abuela es gitana? –le preguntó un día Haydé María, cierta condiscípula de cabellos platinados y melena a lo Marilyn Monroe.

—No, judía polaca –respondió inocentemente Moraima.

—¿Y tú?

—También.

—Estás embarcada... los judíos no van al cielo porque derramaron la sangre de Cristo.

—Muérete –dijo Crazy Horse mirando a la otra a los ojos.

Estaban en el salón de conferencias. La tal Haydé María rompió a llorar. Alice Smith, la norteamericana encargada de impartir historia universal y que se expresaba en un inglés tan nasal que ellas la apodaban Nose, dejó de hablar de la revolución francesa, Robespierre y Saint Just, para exigirle a las dos que se pusieran de pie y explicaran de inmediato las causas del lagrimeo. Crazy Horse no dijo nada, pero la otra, Haydé María soltó de carretilla mirando a la profesora a los ojos:

—No vine aquí para ser insultada por un raro espécimen judío.

Al momento la clase estalló en carcajadas. Crazy Horse odiaba que se rieran de ella. En otro momento quizás lo hubiera soportado, pero ese catorce de marzo se cumplían exactamente doce años del fallecimiento de sus padres y de su hermano menor. Así que sin poder evitarlo, con esa atracción hacia el abismo que caracterizaría a gran parte de su vida, golpeó a la otra muchacha en la cara. En ese entonces, cuando no conocía el rocanrol y no era consciente de que su verdadera vocación era el crimen, sintió el primer frenesí de su vida pues no se limitó a la primera bofetada. A pesar de las órdenes de la norteamericana y de los gritos de sus condiscípulas, tiró a Haydé María cuan larga era. Se puso en hinojos sobre su pecho y le pegó en la cara con los puños cerrados. Se necesitaron tres personas, la profesora y dos alumnas, para detener a Crazy Horse. No la expulsaron del instituto gracias al dinero de la abuela.

Estuvo dos semanas sin ir a clases. Hubiera preferido que la cambiaran de escuela. Hubiera preferido el Instituto público de segunda enseñanza, ser una de esas jóvenes blancas, mulatas y negras que asistían junto a los varones a clase y luego salían contentas y desprejuiciadas con los pocos libros contra el pecho y las largas sayas al viento. Pudo habérselo pedido a su abuela. Tal vez ella hubiera accedido a cambiarla, pero no lo hizo. Pensó en la cara de Haydé María, en su pose de Marilyn Monroe de utilería, y decidió que no le iba a dejar el camino libre.

La Habana de ese entonces era un sitio lleno de posibilidades, muchas de ellas prohibidas para una adolescente de buena familia, pero por lo mismo más tentadoras. Bajaba por Galiano y San Rafael en dirección al Prado. Miraba las vidrieras de las tiendas. Siendo a la vez observada por los vendedores de billetes de lotería, los jóvenes universitarios, los empleados que salían de sus trabajos, los chulos en busca de prostitutas, los policías. Todos ellos contemplaban el uniformito de falsa norteamericana: saya a cuadros verdes y negros, blusa blanca y zapatos de poco tacón, el peinado con mucha laca y esos ojos tan azules que en las tardes cuando ya el sol iba cayendo parecían negros y pérfidos.

Lo de pérfido se lo dijo Mauricio la primera vez que habló con él. Ella acababa de sentarse en su butaca habitual del cine Payret situado en la Rampa para ver Los caballeros la prefieren rubias, cuando escuchó la voz, grave y con un eco juvenil y procaz.

—¿Desea rosita de maíz?

Pangriseridiriketonilio

—¿Usted sabe a qué se expone? –inquirió el médico– ¿sabe que lo que pondré en este expediente pesará sobre usted mientras viva? ¿Lo sabe?

—Ajá.

—¿Entonces cómo se llama?

—Peter Kiss.

—No, es usted Alejandro Tejera Montebravo y lo sabe tan bien como yo, además si fuera Peter Kiss hablaría en inglés y no en este español tan claro.

—He sido secuestrado.

—¿Por quién?

—Extraterrestres, claro, me trajeron aquí doctor para que tuviéramos este encuentro que cambiará nuestras vidas.

—¿Si? ¿De qué modo la cambiará?

—Yo volveré a Brooklyn… allí en la calle Hammer, muy cerca de Marine Park, me espera Debra mi novia, ella tiene los textos de mis últimas canciones, guardados en una caja fuerte hasta que yo aparezca. Me creen en la India, más exactamente en la rivera del Ganges, donde fui a aprender antiguos ritmos budistas… cuando vuelva le pediré que queme esas canciones, voy a componer solo música de las esferas, siento que conmigo empieza la verdadera música, la sentí en París, acostado en mi suite del hotel Sheraton con una modelo brasileña. Mientras ella me

hacía una fellación, tenía una habilidad especial para esos menesteres, una luz blanca, de una intensidad que nunca había sentido antes, llenó la alcoba y, doctor, eran ellos, los extraterrestres. Venían a buscarme, me llevaron a su nave azul y plata, esa luz me atrapó en sus tentáculos, me elevó en el aire y me sacó por el balcón de la suite, pude ver el rostro congelado por el horror de la modelo, luego cuando ya mi frecuencia cardíaca alcanzaba el máximo oí algo aún más intenso que la luz, era como una alucinación táctil, como un dolor lleno de placer, como una tristeza cuajada de alegría, Doctor, ¿sabe qué era? La música, la música de las esferas.

—Vaya –dijo el médico y apuntó algo en la libreta de notas– hábleme de sus padres, por favor.

—Mi padre se llama Benito y nació el 21 de mayo de 1903 en Milán.

—Benito Kiss por supuesto.

—No, Benito Kiscuola, comprenda que Peter Kiss es un nombre artístico, yo en realidad soy Peter John Kiscuola y de niño mi buena madre me llamaba Johnny.

—¿Su padre era poeta?

—No, se dedicaba a la tintorería, pertenecía al partido demócrata, era diácono de la muy honorable iglesia católica de Santo Thomas, una de las más importantes de New York, y miembro del cuerpo de bomberos voluntarios.

Estaban en la enfermería principal de la división. Hacía calor. El psiquiatra, sentado en una ligera silla, frente a Peter Kiss que también usaba una de esas sillas de aluminio, acercó mucho su cara a la del muchacho, cuando preguntó:

—¿Qué edad tiene usted ahora?

—La que represento, treinta y cinco años recién cumplidos.

—No –dijo el psiquiatra– a mucho tirar, parece usted tener dieciocho años.

—Milagros de la genética extraterrestre –dijo entonces Peter Kiss– nunca hubiera sospechado que lucía tan joven, algo me hicieron cuando

dormía porque ¿sabe doctor? en esa nave, entre paréntesis, inmensa como un planeta y mucho más grande por dentro que por fuera pues de algún modo raro han logrado domesticar el espacio que crece a voluntad y disminuye cuando les da la gana, pasé casi un año durmiendo… sabrá Dios la de pruebas bioquímicas que me hicieron.

—Me lo imagino –dijo el médico– pero bien, pasemos a su madre, ella lo quiere mucho, ¿sabe?, está muy preocupada, cuando supo que yo era el psiquiatra que atendería su caso, fue a verme y me dijo que tuviera mucho cuidado con usted, su madre no quiere que le pase nada malo y le repito, este es un país donde todo está reglamentado, un diagnóstico médico puede hacerle mucho daño, un daño permanente, créame… esquizofrenia es una palabra muy fea, le digo con franqueza, pero hay otros diagnósticos más suaves, neurosis, cuadros de ansiedad, fobias… si usted cambia su actitud podían ser procedentes, ¿entiende lo que quiero decir?… créame, no le hablo de médico a paciente, comprendo lo que le pasa, a mí tampoco me sería fácil acostumbrarme a la disciplina militar, usted no está loco, lo sé, no oye voces, su pensamiento es bien coordinado, sin embargo reitera ser Peter Kiss y afirma que fue secuestrado por alienígenas ¿tengo que poner eso en el expediente? Si lo hago usted no levantará más cabeza, será uno de esos viejecitos locos sin futuro, claro, yo podría olvidarme de eso y no reflejarlo en los papeles, poner por ejemplo: paciente presenta neurosis situacional, se recomienda baja inmediata de la FAR, pero cuando otro médico lo examine, si usted reafirma que es músico y yanqui, entonces a mí será al que le romperán las piernas… ¿entiende joven, la disyuntiva en que me encuentro?

—Me llamo Peter Kiss –dijo Peter Kiss y se puso de pie– y es imposible que mi madre haya volado desde New York a decirle toda esa sarta de mentiras, no creo que el love le alcanzara para tanto… aparte, en agradecimiento a su franqueza, yo también le voy a ser sincero, a mí me sería muy fácil aceptar que soy el señor Alejandro Tejera, ¿sabe de cuantos problemas me libraría? pero por desgracia no es así… soy Peter Kiss y quiero que ahora mismo me comuniquen con la embajada Suiza

donde se defienden los intereses de los ciudadanos americanos, no puedo pasar un minuto más en este lugar donde de continuo se la pasan llamando asesinos, sádicos, imperialistas a los dignatarios de mi país, sin ningún tipo de consideración hacia mi persona… dígaselos ahora mismo o si no aténgase a las consecuencias, la mano de Langley es más larga de lo que parece y llegará a usted míster doctor, créalo, y un día se encontrará volando en un Stratofortress con destino a Virginia, allí le preguntarán de todo, no se puede tratar así a un ciudadano de la yuneit estein of american impunemente.

—Siéntese –dijo el doctor con gesto cansado– no se altere.

—No puedo sentarme –dijo Peter Kiss– ahora mismo Pangriseridiriketonilio Smordiakoseneriabis, arzoldiprateriomantris de los bactrannometecosiarios dingratinoferitonicos o sea, en lenguaje terrestre, el capitán de la segunda división de control mental del cuerpo de ejército anti cerebro humano, me está ordenando que me prepare para recibir mi dosis diaria de radiación solar… tengo que salir afuera o si no me llevan los extraterrestres y no puedo soportarlo de nuevo, me llevan.

Peter Kiss abandonó la enfermería corriendo, al asomarse el médico a la puerta lo vio pararse en el centro del polígono, quitarse la camisa, caer de rodillas y alzar los brazos mirando al intenso sol del mediodía.

—Todos los días a esta hora, once y media de la mañana, hace lo mismo –dijo el sanitario, parado un poco detrás del médico– está arrebatao.

—Eso parece –suspiró el médico.

Sabía que Alejandro Tejera Montebravo era un simulador, veinte años de experiencia lo llevaban a diagnosticar eso sin la más mínima duda y también estaba convencido de que algún día el muchacho se arrepentiría de lo que ahora le parecía una hazaña: se había convertido en alguien público y notorio y eso era muy peligroso en un país donde lo mejor es pasar desapercibido. La carrera política del padrastro, compañero Héctor García Colina, peligraba si Alejandro Tejera no era declarado esquizofrénico. Diagnóstico que explicaría los enormes vacíos en su

educación política. Fallas que lo habían llevado a cultivar y a consumir marihuana y a pretender esquivar la obligación militar de todo joven cubano, fingiendo un cuadro psicótico con alucinaciones auditivas y visuales.

Claro, siempre quedaba recurrir a Cesar Lombroso y a sus teorías del criminal nato: un poeta, alcohólico, contrarrevolucionario y vago habitual solo podía engendrar un hijo así, por mucho que se esforzara el esforzado combatiente revolucionario Héctor Colina, y yo, un fanático a que me echen el semen en la boca, ¿qué engendraría?, pensó el médico, sin poder evitar una sonrisa.

—¿Y bien, está loco o no? –inquirió el sanitario.

—Ningún diagnóstico se basa en una primera consulta –dijo el psiquiatra– tiene turno para el jueves de la semana que viene, pero no aquí, llévenlo a las ocho de la mañana para el hospital provincial.

—Vaya –dijo el sanitario– le darán electrochoques por los cuatro costados.

—Si podemos evitarlo, no –dijo el médico.

Ambos observaron a Peter Kiss ponerse de pie y caminar hacia ellos.

—Hola, doctor –dijo–. ¿Lo conozco de alguna parte?

—Claro, haga memoria y verá que sí… pero en fin se comunicó con el extraterrestre ese que tenía un nombre tan largo… ¿cómo se llamaba?

—A un absoluto desconocido no puedo revelarles nombres ni cargos que implicarían peligros inminentes para un planeta de más de diez mil millones de viscosos habitantes, sin un permiso expreso de las autoridades competentes que de seguro tomarían represalias conmigo y con usted doctor, por curioso.

—Dígamelo al oído.

—¿Es usted muy ingenuo o finge serlo? La tecnología amniparturitensicrabnadetaria no necesita de la atmósfera para captar las ondas sonoras.

—Repita el nombre del planeta por favor, para anotarlo.

—Amniparturitensicrabnadetar –dijo Peter Kiss con extrema

paciencia.

El doctor le tendió la agenda y el bolígrafo.

—Escríbamelo usted –dijo– es imposible para mí recordar un nombre tan largo.

—No le lleve la contraria –susurró el sanitario– a los locos no hay que llevarles la contraria.

—¿Quién es el médico, usted o yo? –murmuró también el médico.

—Usted, claro.

Amniparturitensicrabnadeta, escribió Peter Kiss en una de las amarillas hojas del cuaderno, luego le tendió esa agenda y el bolígrafo a su dueño.

—Aminparturitensi… –leyó el médico– ¿Y dónde queda eso? ¿En Marte?

—No –dijo Peter Kiss– en la Luna, como comprenderá, soy un lunático… es una broma… queda justo a tres parsec y medio de distancia, en el quinto planeta de Anubis, la estrella más cercana a nosotros después de Próxima Centauro.

—¿Qué cojones es un parsec? –preguntó el sanitario.

—Un pársec equivale a 30.857 mil millones de kilómetros –dijo Peter Kiss.

—¿Usted lo sabía, doctor? –volvió a preguntar el sanitario.

—Más o menos… recuerde, el jueves en el hospital provincial, vayan temprano –dijo el médico.

Le tendió la mano a los dos. Cuando Peter Kiss se la estrechó, el médico preguntó mirándolo a los ojos:

—¿Y la mía?

—¿La suya?

—Sí. ¿Cómo cambiará este encuentro a mi vida?

—Ya la ha cambiado –dijo Peter Kiss sin dudarlo.

Desafecto, desacato, diagnosticado

Alberto Sánchez, extenista profesional no había sabido adaptarse al llamado deporte revolucionario. En 1979 vegetaba como un profesor más en la EIDE provincial de Matanzas. Iba mucho a Varadero, pues sus dos tías solteronas eran dueñas de un chalet en el cercano poblado de Camarioca. Peter Kiss, que en aquel entonces practicaba ese deporte, lo veía llegar al club social Camilo Cienfuegos, sentarse en uno de los bancos de piedra que rodeaban la cancha, sacar un cigarro de amarillo papel y soltar largas bocanadas de humo. Luego buscaba a alguien que se atreviera a desafiarlo. No eran muchos. Como remataba tan duro y con tanta efectividad, lograba que los más avezados jugadores quedaran en ridículo.

Las pocas veces que Crazy Horse fue a visitar a Peter Kiss a aquel club social, el ex tenista profesional la seguía con la vista e incluso dejaba de atender al juego y cuando estuvo claro para él que la rubia era madre de ese muchacho larguirucho que lo miraba jugar perplejo, empezó a mostrarse cordial con Peter Kiss y a aconsejarlo en toda la rutina del juego de tenis de campo.

Sánchez había sido un miembro muy activo de la juventud ortodoxa. Empezó participando en 1953 en la lucha clandestina habanera y en 1958, cuando ya la policía política de Batista lo tenía fichado, logró adentrarse en la Sierra Maestra y unirse al frente guerrillero que comandaba Raúl Castro. Dos años y diez días después del triunfo de la Revolución, tuvo una discusión con otro de los antiguos combatientes de la Sierra, un integrante del movimiento 26 de julio, pues al pretender reingresar a la universidad de La Habana y continuar sus estudios de ingeniería civil, ese ex guerrillero, ahora funcionario de la universidad, le exigió una recomendación del Raúl Castro u otro comandante.

—¡Yo luché precisamente para que en Cuba no hicieran faltas las recomendaciones! –gritó Sánchez que estaba algo borracho y si hubiera terminado ahí, quizás las cosas no hubieran pasado a malas, pero se sintió obligado a agregar la palabra “cojones” y eso no fue del agrado del funcionario que lo invitó a salir de la oficina a tirarse cuatro tiros.

Salió. Afuera los esperaba un jeep de guerra. Se fueron hasta las orillas del Almendrares. Por suerte, luego de gritarse, llevarse las manos a las braguetas y propinarse unos empujones, no llegaron a sacar las pistolas. Sánchez regresó a su casa, dando el asunto por terminado, pero alguien lo acusó de desacato y de entorpecer a un funcionario estatal en el desarrollo de su misión revolucionaria. Lo condenaron a cuatro años, de los cuales cumplió dos. Cuando le ordenaron que expresara su opinión acerca del proceso revolucionario, dijo que era una mierda e intentó agarrar por el cuello a uno de los oficiales de la prisión. Fueron benévolos gracias al único hermano de Sánchez, participante también en la lucha contra Batista. Lo trasladaron a un hospital psiquiátrico, diagnosticado de psicopatía y desórdenes en la conducta.

Era la época en que en Cuba se pensaba que la psiquiatría lo curaba todo y en la clínica donde estaba ingresado Alberto Sánchez había desde homosexuales hasta católicos, sin olvidar a practicantes de santería, teosofía, testigos de Jehová, anarquistas, esquizofrénicos, neuróticos, pedófilos y travestis. A Sánchez le aplicaron terapia electro-convulsiva según el método soviético, diseñado para suavizar los aspectos más agudos de un desorden de conducta. Mejoró, si por mejorar se entiende que aprendió a callarse la boca. Se convirtió del joven rebelde que había sido, siempre pronto a darlo todo por sus ideas, en alguien taimado, preparado para sobrevivir a cualquier costa. Esquizofrenia paranoide había rectificado el diagnóstico del médico de la prisión, el vice director y jefe de psiquiatría de la clínica y lo había anotado con caligrafía apenas legible en el expediente médico de Sánchez que cuando, gracias a una enfermera amiga, tuvo acceso a ese diagnóstico, supo de inmediato lo que esa frase "esquizofrenia paranoide" significaba en términos prácticos. Supo que, al ser dado de alta, podían llegar a su apartamento en cualquier momento y obligarlo a ingresar de nuevo en aquella clínica conocida por Mazorra y dirigida por un facultativo exguerrillero que parecía más afectado de la psiquis que los propios pacientes. Un psiquiatra que había hecho de esa clínica una nación dentro del país

cubano, con sus propias leyes y jerarquías. Nación en la cual Sánchez acusado de desafecto, desacato y diagnosticado de esquizofrénico era un ciudadano de ínfima categoría, algo así como un perro capaz de hablar. En aquella clínica conoció a un chileno que se denominaba a sí mismo "Un artista del hambre" y era famoso en la sala cinco, sala donde estaba ingresado Sánchez, por pasar semanas sin comer y desafiar a médicos y enfermeras. Ese sudamericano, de nombre Tobías Gutiérrez, fue el que lo introdujo en el cultivo y consumo de marihuana, además de otras cosas como son el tráfico de psicofármacos y el extremismo revolucionario al que dedicaba muchas horas y que consistía ante todo en la caza constante de agentes de la CIA, de trotskistas y sobre todo de seguidores de Mao, porque eran los tiempos en que Cuba estaba altamente disgustada con los chinos a los que se les acusaba de revisionistas e imperialistas. Era muy peligroso declararse maoísta en ese tiempo y Tobías y él, un poco para divertirse, un poco para chantajear, se dedicaban a cazar frases y expresiones en los abundantes discursos y arengas políticas que se veían obligados a soltar psicólogos, psiquiatras y enfermeras. Luego los encaraban y aseguraban que si no les aumentaban la cuota de cigarros o de merienda irían con el cuento al comandante psiquiatra, el cual era conocido por tener más en cuenta la opinión de sus pacientes que la de sus colegas.

Tobías fue dado de alta en el 76 y se asentó en México, Sánchez continuó ingresado, pues como había sido un profesional de tenis y entrenaba al equipo del psiquiátrico que de continuo competía con otros hospitales y clínicas, el doctor comandante de apellido Ordaz, postergó el alta dos años más.

Salió al fin del hospital con 39 años recién cumplidos y una absoluta falta de perspectivas. Solo deseaba cultivar marihuana, emborracharse y drogarse hasta reventar. No era un plan de vida viable en el municipio habanero de Plaza de la Revolución, lugar donde el por ciento de aquellos que una parte de la población conoce como personas integradas al proceso, otra parte como come candelas, y algunos más como carneros y

comemierdas, era muy elevado. Además, no lograba encajar en la rutina de la casa paterna. Cuando entró a su cuarto y vio la antigua raqueta de tenis colgando de la pared y al afiche desde el cual Elvis Presley movía las caderas, le pareció que le sería fácil volver a ser el mismo, pero no fue así. No se adaptó. Sus padres sí se habían adaptado al proceso revolucionario. La madre, de pequeña burguesa trasnochada y fanática católica, había devenido en una funcionaria de la FMC que atesoraba diplomas como si de reliquias se tratara. El padre, médico veterinario, atendía gratuitamente los perros de aquellos funcionarios que vivían cerca de la casa y su conocimiento de las lenguas germanas le permitía labrar provechosas amistades en las embajadas de la Alemania democrática y de Checoeslovaquia. En fin, no llegaban a repudiarlo pero el hijo era como una especie de piedra en el zapato.

Seis meses después, conoció a una mujer mayor que él, Elvira Cuesta Rodríguez, antigua dueña de una pequeña farmacia que odiaba a La Habana casi tanto como él, luego de tres meses de noviazgo, se establecieron en Matanzas. El matrimonio fue un fiasco pero como había conseguido un alquiler en esa provincia y un trabajo en la escuela de deporte provincial, se quedó viviendo y laborando allá. En Camarioca tenía su marihuana. Vivía temiendo por ese cannabis sembrado dentro de una choza, situada en una ensenada rodeada de arrecifes a la cual solo se podía acceder nadando. Nunca se atrevió a buscar otro socio hasta que conoció a Peter Kiss y comprendió que podía confiar en él. Lo llevó hasta la choza y allí Peter probó la marihuana por primera vez y quedó amarrado para toda la vida. Sánchez, además de enseñarle a cultivarla, lo acostumbró a hacer del acto de consumir todo un rito.

Sánchez aún conservaba una vieja Colt de sus tiempos de rebelde y una tarde el gato del vecino hacía demasiado bulla para alguien que drogado pretende leer a Vallejo y escuchar a Schubert. Buscó la pistola y le disparó al felino. Esa misma tarde lo detuvieron. Procesado por posesión de armas y escándalo público fue condenado a pasar otros tres años en la clínica psiquiatra. De manera que Peter Kiss quedó en

posesión de una choza en un sitio inaccesible y de un huerto de cannabis que producía al año el estupefaciente que él no iba a consumir aunque dejara los estudios y la natación para dedicarse solamente a la droga.

Lo caballeros las prefieren rubias

—¿Desea rositas de maíz?

Le era imposible ver por la oscuridad del cine.

No respondió. Llevaba ya año y medio desde que cumplió quince, acudiendo a tandas para adultos y sabía que las salas se repletaban de rascabuchadores, "manos muertas", pederastas, masturbadores y otros delincuentes sexuales. Así que si deseaba disfrutar de la película en paz y tranquilidad, lo más adecuado era guardar silencio, fingirse sorda e incluso simular una cabal inexistencia. También podía abandonar su asiento y ocupar otro junto a un grupo de veinteañeras que cuchicheaban entre ellas mientras consumían coca cola y rositas de maíz. Pero eso hubiera implicado renunciar a disfrutar de la actuación de la Monroe que aunque no era su actriz favorita ni mucho menos, a veces lograba momentos que a Moraima se le antojaban cargados de comicidad y de simbolismo. Un simbolismo que iba dirigido a ella como si la norteamericana quisiera comunicarle algo en un código secreto. En esa época de su adolescencia, creía encontrar códigos en libros, películas, revistas, programas de televisión, obras de teatro y de artes plásticas. Mensajes que transcendían las épocas y el tiempo y la distancia espacial como si alguien o algo estuviera urgido de comunicarse con ella en específico.

—Disculpe señorita –dijo entonces la voz con una entonación tan particular que Moraima se vio obligada a girar la cabeza a su izquierda y entonces, gracias a la luminiscencia plateada y gris que emergía de la

pantalla, vio a un hombre que también la miraba. Estaban sentados en la misma fila. Apenas los separaban dos butacas vacías. Ella, concentrada en el filme, no se había percatado de cuando él entró.

No actuaba como los otros negros y mulatos con los cuales había hablado Crazy Horse hasta entonces. Sujetos que parecían siempre a punto de inclinarse reverentes. Este la miraba a los ojos. La miraba como si la conociera de alguna parte. Como si supiera de ella cosas, asuntos, que no le había contado a nadie.

—Mi nombre es Mauricio… mucho gusto.

—¿No será usted uno de esos que viene al cine a perturbar a las mujeres? porque si lo es, le recomiendo que se aleje, soy hija de un alto oficial de la policía –dijo ella.

—Te llamas Moraima Montebravo Koser ¿verdad?

—¿Y qué?

—¿Serías tan amable de dedicarme unos minutos cuando la función acabe?

Era el momento adecuado para impedirle al tal Mauricio que la siguiera abordando, pero Moraima asintió con la cabeza, apenas eso. Estaba intrigada, no porque él conociera su identidad pues su abuela y ella de vez en cuando salían en las páginas de sociedad de revistas y periódicos, sino por los suaves matices de la voz de Mauricio, matices al parecer cargados de simbolismo.

Cuando se encendieron las luces y todo el público, incluyéndolos a ellos dos, se puso de pie, Moraima se percató de que Mauricio era solamente cuatro o cinco años mayor que ella. Un muchacho de piel oscura, pelo apenas rizado y sonrisa lobuna. Sufrió una decepción al ver lo joven que era. Había imaginado muchas aventuras e intrigas sofisticadas. Ahora tenía ante sí a un veinteañero mulato, vestido con un traje de dril cien.

Salieron al calor de la tarde y se contemplaron un poco confusos. Muchos los miraban. No era habitual en la Cuba de ese entonces ver a un mulato conversando con una señorita rubia y de piel tan blanca. Estaban

en el vestíbulo del cine Payret. En torno a ellos bullía el esplendor de la Rampa que ya empezaba a ser la calle más importante de La Habana.

—Espérame, voy a buscar el carro –dijo él y volvió a sonreír.

Tuvo que esperarlo casi diez minutos No se fue, porque Mauricio le pareció el hombre más apuesto que había visto hasta entonces.

El auto era un Buick del cincuenta y cuatro. Tan flamante que todavía olía a cuero y a metal pulido. Ella tuvo deseos de preguntarle de dónde había sacado el dinero para un carro así, pero no lo hizo.

Montó.

Fueron hasta el malecón. Allí se sentaron en el muro. Él seguía actuando como si no supiera que ella era blanca y él mulato. No le importaba o no parecía darse cuenta de cómo los miraba la gente, de cómo incluso, algunos torcían la boca y susurraban.

En ese primer encuentro le dijo que era un príncipe y que estaba en Cuba desterrado. Lo dijo muy serio, mirándola a los ojos y ella quiso creer que era verdad.

—Te he mirado Moraima Montebravo Koser –dijo él– siempre te sientas en la misma butaca del cine y pareces perdida.

—Pues no estoy perdida para nada, Mauricio príncipe hindú o lo que seas, soy sencillamente alguien que quiere que la dejen en paz.

—Te entiendo, pero nunca hay paz para la gente como nosotros, por eso hay que estar preparados.

—¿Cómo nosotros? Nunca he estado a orillas del Ganges.

—Te he visto, Moraima Montebravo Koser, no eres solo una señoritinga de alta sociedad… eres como yo, no puedes contenerte y no se quita con el tiempo, sino que se vuelve más necesario, más impostergable.

Ella se paró del muro del malecón.

—¿No puedo contenerme? ¿Te refieres a mi pasión por el cine?

—Sabes que no, Moraima Montebravo Koser.

—Deja de repetir mi nombre, por favor… pareces un papagayo…y háblame claro o me voy ahora mismo.

—¿Tengo que decírtelo, Moraima?... está bien –dijo Mauricio con voz calmada– ahí te va: robas.

Era verdad. No podía evitarlo. Robaba. Cuadernos, gomas de borrar, prendas de vestir y algún que otro reloj, anillo o pulsera de sus profesoras y compañeras de aula. Nunca llegaba con esos objetos a su casa. Los lanzaba por el muro del malecón. En varias ocasiones decidió hablar con la abuela. Decirle que era incapaz de contenerse. Nunca lo hizo. La vergüenza le impedía articular palabras. No se hallaba a sí misma diciéndole a la digna Elena Koser: abuela soy una ladrona, ¿qué tal?

—Mentiras... ¿me has traído hasta aquí para chantajearme? Debo decirte que mi abuela está arruinada, del patrimonio de mis padres no queda nada.

—Me gusta lo rápido y fácil que mientes, las inventas en el aire, como se dice –dijo él con una sonrisa y por primera vez puso una mano sobre la derecha de la muchacha. La piel del hombre estaba tibia. Moraima miró esa mano oscura, de dedos largos y finos. Luego apartó su propio brazo.

—Pero te equivocas –siguió él– no pienso, ni quiero chantajearte, lo que quiero es que trabajemos juntos... eres la indicada, Alina me habló de ti... te necesito.

Alina, antigua conserje del instituto de segunda enseñanza, cincuentona de origen gallego y ademanes sigilosos, sorprendió una tarde a Moraima robando en el claustro de profesores. No dijo nada al principio. Se limitó a mirarla, tan concentrada, que la muchacha llegó a pensar que sufría una especie de parálisis.

—Ponlo donde lo cogiste y vuelve ahora mismo a tu aula –dijo después refiriéndose al monedero que Moraima tenía en las manos.

Mauricio la acompañó hasta que ella montó en un taxi. Serían las nueve de la noche cuando tocó el timbre. Tomás, el criado andaluz, le abrió la puerta. Su abuela dormía.

Habían pasado más de seis horas hablando y ya tenían un plan. Mauricio le había propuesto robar la sucursal de la consignataria Chrysler que quedaba a la entrada del Vedado. Antes le había tomado las

manos y había apreciado que eran finas, ligeras, pero fuertes.

—No sé, nunca he tenido un arma en las manos, nunca le he levantado la voz a ningún adulto –dijo ella.

—Es como actuar –dijo él– imagina que estás en el teatro, además tengo seis meses para entrenarte, el robo será el mismo día de navidad, antes de que trasladen el dinero para la sede central en Detroit… yo me ocuparé de lo principal.

—¿Y qué es lo principal?

—Neutralizar a los guardias y manejar el carro.

—¿Por qué yo? –preguntó entonces de nuevo Moraima– debe haber montones de ladrones más astutos y avezados.

—No confió en nadie, solo en ti –dijo Mauricio mirándola a los ojos y ella deseó que pasara como en las películas, que él se inclinara para besarla en los labios, pero no lo hizo.

—Vamos, que se hace tarde, descansa, mañana empezamos las clases.

Unión de Reyes llora

La 2259 estaba situada en Unión de Reyes. Pequeña ciudad que el Pepillo solo había oído nombrar por la conocida rumba:

Unión de Reyes llora
porque Malanga murió
porque Malanga murió.

Esa mañana cuando el Zil de guerra los dejó frente a la puerta que aislaba la 2259, unidad de tropas especiales, le decepcionó lo modesto del lugar. Comparado con la inmensidad de Loma de Fine, donde se apelotonaban más de catorce mil personas entre reclutas, reservistas,

oficiales y trabajadores civiles de la FAR, este campamento militar parecía muy pequeño, casi insignificante.

El polígono de entrenamiento con la enorme cama elástica y el fuselaje de dos helicópteros de combate M24 que a la mortecina luz del ocaso parecían flamantes, a pesar de faltarles las hélices, si les resultó atrayente. También pudieron contemplar ciertos adminículos y aparatos de gimnasia, parecidos a los que veían en documentales soviéticos que versaban sobre el entrenamiento de cosmonautas y pilotos. Esa noche, luego de una abundante comida y de que distribuyeran a los diez soldados nuevos por las seis compañías, dos de buzos paracaidistas y cuatro de paracaidistas, y les indicaran sus literas en los albergues y les repartieran uniformes nuevos y ropa de cama, fueron convocados al teatro principal para que conocieran a la oficialidad.

El Pepillo pertenecía a la compañía dos de paracaidistas buzos.

En el teatro los esperaban los oficiales. Los presentó el mismo esbelto sargento mayor que había ido hasta Loma de Fine. El jefe de la compañía del Pepillo resultó ser el capitán Alberto Piedra, un individuo alto y rubio que no parecía estar completamente en sus cabales. Su divisa era singa, singa que la vida es pinga y cuando lo presentaron, se acercó al Pepillo y a los otros once miembros de la compañía de paracaidistas buzos y mientras les daba la mano, repitió varias veces esa divisa con una sonrisa en los labios, sin importarle la presencia de un mulato delgado, de espejuelos y uniforme de coronel que luego fue presentado como jefe de la Unidad. A este, hombre de unos cincuenta años, lo nombraron de último. Coronel Abelardo Isidrón Iglesias, dijeron, entonces rompió a hablar con una voz que más que la de un militar parecía la de un político o la de un locutor de televisión experto en decir mentiras. Habló de que ellos, los miembros de esta Unidad, eran la elite del ejército de Cuba y dado que ahora pertenecían aquí, debían olvidar todas las tretas y astucias aprendidas en sus tiempos de miembros de los cuerpos regulares y debían estar orgullosos del uniforme que usaban ahora.

—Todos ustedes tienen cuanto menos doce grados o son técnicos

medios –dijo– a todos los espera la universidad, muchos pueden ser los futuros líderes de este país.

El Pepillo lo escuchaba algo hastiado, sabía que él, hijo de un marielito, no tenía futuro. Deseaba, necesitaba, acostarse a dormir, no estaba para arengas.

—Debemos estar siempre dispuestos a dar el paso al frente para lo que la patria, la Revolución, el ministro, el comandante en jefe nos exija… la Sierra Maestra de nuestros combatientes de hoy es internacionalista, está en Angola, Nicaragua, Etiopía… levanten la mano aquellos dispuestos a ir a cumplir con nuestro deber internacionalista, a pagar nuestra cuota de sangre por el triunfo de las generosas ideas revolucionarias.

El Pepillo levantó la mano con los demás. Se puso de pie con los demás. El soldadito miope tenía razón, pensó fugazmente, esta Unidad no era más que un listo para partir.

A los tres meses saltó por primera vez en paracaídas.

Los llevaron hasta un pueblo llamado San Nicolás de Bari y allí los montaron en un avión turbohélice An2, fabricado en la Unión Soviética. Saltaron desde mil metros de altura, el llamado salto de combate. El tipo de paracaídas que usaban se llamaba D5; era conocido por los viejos lobos del paracaidismo como "tractor del aire" por su poca maniobrabilidad.

El Pepillo fue el segundo en saltar. Lo hizo detrás de Alberto Piedra, el jefe de la compañía.

Cuando se vio en el aire, marcó los segundos necesarios para alejarse de las alas del avión diciendo en su mente, tal como le habían enseñado: una casa, dos casas, tres casas. Luego tiró fuerte de la manilla del paracaídas principal que se desplegó a sus espaldas. Al momento sintió como si lo hubieran lanzado con una catapulta gigante pues en vez de seguir cayendo, ascendió varios metros y pudo mirar la tierra cubana desde mayor altura.

—¡El mundo es mío! –gritó, imitando al conde de Montecristo, y

empezó a cantar su tema preferido de Nirvana.

Cayó en un cañaveral, bastante cerca del sitio donde los esperaba el jeep.

Ese día saltó cinco veces más, a pesar de que no era obligatorio repetir los saltos y no se recomendaba lanzarse con paracaídas preparados por otros, pues cualquier error a la hora de plegarlo se manifiesta en el aire, le advirtieron, en ocasiones con fatales consecuencias. No le importaba el riesgo. Siempre había sido un animal civil, un cabeza de madera, como gustaban llamarse sus amigos y él, cuando sentados en el malecón de Cienfuegos, consumían ron barato y pastillas de parkisonil. Sin embargo ahora sentía que esta vida le gustaba. Le gustaba el duro entrenamiento de un paracaidista que consistía entre otras cosas en brincar en la cama elástica para aprender a equilibrarse en el aire, girar en aparatos que recordaban los columpios infantiles, solo que en estos columpios era necesario amarrarse los pies pues los giros eran de 360 grados e incluso le gustaba saltar desde tres metros de altura con un pedazo de palo entre los muslos, cuidando de no flexionar las rodillas. También le gustaba caminar cientos de kilómetros a campo traviesa. Una vez llegaron incluso hasta el macizo montañoso Escambray que estaba situado a más de doscientos kilómetros de Unión de Reyes, guiados por esos asesores vietnamitas de paso tan acelerado que los dejaban atrás a todos. Ya allí escalaron farallones y picachos.

Pasar la llamada Senda del Explorador en menor tiempo que los demás soldados lo llenaba de orgullo, era como si las psicodélicas muchachas de su adolescencia temprana le volvieran a hacer coro, deseando bailar con él, con Ismael Suárez.

Poco tiempo después conocería a Sonia, la hija del coronel Isidrón.

Hasta la victoria siempre

Primero alguien lo insinuó en la radio, luego en la televisión un locutor de anchos mofletes comentó que según agencias internacionales como Reuter, AFP, AP y otras, el guerrillero argentino-cubano, Ernesto Guevara de la Serna había perdido la vida en Bolivia. Crazy Horse hasta que lo escuchó en la agencia pro revolucionaria Prensa Latina no creyó que fuera verdad.

Le dolió.

Sentía que le debía algo al Che, algo que tenía muy poco que ver con ese entusiasmo que manifestaba ahora la gente con relación al comunismo, algo más íntimo, más de adentro, algo así como saber que de no existir el poeta, el Che y ella hubieran podido tener un romance. Si se hubiera ido con el comandante para Bolivia quizás estuviera muerta ahora también y enterrada, muy lejos en algún lugar desconocido, no oiría nunca más la música de los Beatles, sería apenas un recuerdo como Mauricio. No sabía por qué, pero le ocurría muchas veces relacionar en su memoria al Che con Mauricio, a pesar de ser hombres tan diferentes y con objetivos tan opuestos en la vida.

Lo anunciaron desde el día 12: Fidel hablará el 18 de octubre en la Plaza de la Revolución, antigua Cívica. De manera que, aunque el poeta no tenía ningún deseo de llegarse a la plaza a oír uno de esas interminables alocuciones del primer ministro que lo dejaban tan deprimido, el viernes del discurso, nueve días después del nacimiento de su único hijo, Crazy Horse, muy temprano en la mañana, les informó a Alicia, la hermana del poeta y a este, que iría sola y que no se preocuparan y que muchas gracias por ser tan poco solidarios.

—¿De verdad crees que eras tan amiga del Che? –preguntó la hermana del poeta– acabas casi de parir, puedes lastimarte, por favor Moraima, ten juicio por una vez en tu vida.

—Iré a escuchar cómo murió por boca del mismo Fidel Castro que parece sabérselas todas… no se preocupen, no me pasará nada, ha pasado más de una semana luego del parto, aparte se lo debo, sino fuera por el Che aún estaría presa, tengo necesidad de saber como fue, no esperar que

lo detallen por la tele o que luego radio bemba venga y me lo cuente, nada más que el niño se despierte lo amamanto y luego me voy, no se va a morir porque yo le falte un rato –respondió Crazy Horse mientras se amarraba un pañuelo en la cabeza para ocultar sus cabellos rubios, no fueran a confundirla de nuevo con una burguesa como aquella vez cuando a la salida del cine una multitud mitad enardecida, mitad burlona, rompió a gritarle: ¡paredón, paredón, paredón!

Ahora era necesario para conseguir trabajo, inventarse una biografía de origen proletario, algo así como nacida en el seno de una humilde familia, desde muy pequeña se destacó por sus inquietudes sociales y por su odio a toda forma de explotación capitalista, también era importante vestirse mal, sin clase, cambiar incluso el color del pelo si era demasiado rubio. Cambiar.

La hermana del poeta le había recomendado que lo hiciera.

—Llamas demasiado la atención, te pareces a la Monroe –dijo.

—No lo haré –respondió Crazy Horse.

Ese pelo rubio, natural, que tanto le había gustado al difunto Mauricio era la única señal de rebeldía que a esas alturas se permitía Crazy Horse.

—Bueno, tú sabrás Moraima, pero luego no te quejes –dijo la hermana del poeta. Llevaba casi quince días en la mansión de Miramar, ayudándoles con el recién nacido y con Elena Koser.

La abuela Koser estaba muy enferma. Hasta los ochenta años, persistió en vestir con distinción y organizar veladas, a las que acudían las menguadas huestes de sus amigos y amigas, casi todos emigrantes de origen europeo y miembros de la comunidad judía. Ignoraba que su única nieta había estado presa. Desde la prisión Crazy Horse le escribía cartas, fingiéndose en París pasando un curso de artes plásticas y diseño industrial. De entregarle esas epístolas se encargaba el poeta que aún conservaba su apartamento en la Víbora. Iba a Miramar todas las semanas hasta que la anciana en un accidente doméstico se rompió la cadera, entonces el poeta, a petición de Crazy Horse, le dio las llaves del

apartamento a Alicia, recién llegada de Pinar del Río, y él se mudó con Elena Koser para atenderla, pues no había enfermeras calificadas disponibles en los hospitales públicos y tampoco contaban con los medios necesarios para pagar una enfermera privada. El dinero se había esfumado de pronto. Ya nadie parecía necesitar ropas elegantes y europeas y los almacenes de la compañía "Koser y hermanos sociedad anónima" permanecían llenos de tejidos comprados en Barcelona que iban deteriorándose poco a poco, además, ahora que Elena Koser estaba inmovilizada, ya no había quien se ocupara de administrar. Todo el personal calificado emigraba a los EE.UU. o se volvía comunista y se negaba a trabajar para el sector privado y más que según radio bemba pronto iban a partirle la siquitrilla a todos los dueños de comercios, bares y restaurantes.

Después del accidente, ocurrido en el baño, Elena Koser cambió. A veces creía que estaba aún en Varsovia y deliraba en polaco. Mencionaba a un tal Jan Poldosky y sostenía con ese fantasma larguísimas pláticas en su idioma natal. Cuando el poeta se lo refirió a Crazy Horse, esta le dijo que Jan Poldosky había sido el primer novio de su abuela, un joven estudiante de la universidad católica de Varsovia que había querido casarse con ella a pesar de ser hebrea.

Ahora, ese viernes, 18 de octubre de mil novecientos sesenta y ocho, están cuñada y esposos en el amplio vestíbulo cuya pintura color crema empieza a deteriorarse, sentados muy cerca de un óleo de Servando Cabrera que Crazy Horse le regaló a la abuela por sus setenta cumpleaños, hace ya más de una década. Lo compró con el producto de uno de los robos más sonados que Mauricio y ella realizaron.

I

Dicho asalto le costó la vida a Mauricio y lo convirtió en un mártir del panteón revolucionario, pues el garito pertenecía al tercer jefe del SIM, teniente coronel Tabares Costa Iturbide. La idea se le ocurrió al vikingo

Pérez, un matancero de cabellos rojos, antiguo compinche de fechorías de Mauricio, primo de uno de los guardias de seguridad. Pérez, a cambio del veinte por ciento, que luego compartiría con su primo, les dio un croquis del local. El robo fue un éxito. Esperaron la salida de los clientes y a las tres de la madrugada, Mauricio con una subametralladora Thompson, seguido por Crazy Horse, empujó las puertas de cristal y acero y gritó:

—¡Esto es un asalto!

El primo del vikingo fue el primero de los custodios en levantar las manos y rendirse, luego los otros cuatro. Uno de los empleados se puso a llorar histérico, pero Mauricio sin dejar de apuntar a los otros, le dio un fuerte golpe en la mandíbula. El croupier cayó desvanecido en el piso ajedrezado.

El gerente, un venezolano, estaba en el local de la dirección. Crazy Horse abrió la puerta de esa estancia mientras Mauricio desarmaba a los guardias. El hombre, sentado tras un buró, contaba fajos de billetes. Levantó la cabeza al ver a Crazy Horse.

—¿Pero…?

—Pero nada, si quieres vivir, levanta las manos muy despacio.

El venezolano era cincuentón, gordo y de grandes bigotes. Frente a él, apuntándole con una cuarenta y cinco, contempló a alguien tan joven que podía ser su hija. No lograba verle el rostro porque Crazy Horse llevaba antifaz.

—Estás cometiendo un grave error, joven ¿sabes a quién pertenece esto?

—No sé, ni quiero saberlo, abre la caja fuerte.

—Está bien –dijo el hombre con una mirada de resignación– allá tú… que Dios nos coja confesados, debí haberme quedado en Maracaibo.

Fue fácil. Primera vez que usaban armas en lugar de astucia y parecía demasiado fácil. El hombre abrió la caja fuerte y cuando Crazy Horse le tendió los bolsos, los llenó de dinero, también a pedido de Crazy Horse, recogió los billetes de encima del buró y con ellos acabó de llenar el

último bolso, luego la muchacha le tiró las esposas que Mauricio y ella habían comprado en una tienda, y sin dejar de apuntarle a la cabeza, le ordenó que se esposara a sí mismo.

—¿Ustedes son del movimiento 26 de Julio? –preguntó el hombre cuando ya tenía los brazos esposados en la espalda– no me vayas a disparar, no me meto en política.

—No te preocupes –dijo Crazy Horse– nunca le he disparado a nadie y no pienso hacerlo contigo.

Afuera, en el salón, donde estaban situadas las máquinas traganíqueles, las ruletas y otros equipos de juegos de azar, Mauricio también había esposado a los custodios.

Entre los dos guardaron los sacos de dinero en el maletero del auto. Ella se quitó la ropa negra de hombre y se puso su vestido crema, copiado a una actriz de Hollywood. Él se vistió con un uniforme azul de chofer de ricos. Guardaron ropa y armas en el maletero y solo entonces arrancaron el auto. Iban por Belascoin, cuando la sirena de un auto policial los instó a detenerse. Crazy Horse tenía ese acento suave, adquirido luego de diez años de estudios con una profesora particular nacida en Alabama, así que cuando dijo que se llamaba Helen Griffin y regresaba del Sant Souci, donde había ido a disfrutar de la actuación de Benni More, los policías casi le pidieron disculpas.

—¿Podría usted firmarme un autógrafo? –dijo uno extendiéndole una agenda de hojas amarillas y un bolígrafo.

El otro, bajo y rubio, le pidió que tuviera mucho cuidado.

—Pues hay muchos locos sueltos, muchos maus maus y ñangaufas comunistas de la puñeta… ¿y desde cuando conoce usted al chofer?

—Su familia lleva más de cien años trabajando para la mía, darling –dijo Crazy Horse, acentuando su traviesa, juguetona, sonrisa.

Mauricio, con las manos en el timón del Cadillac y la gorra de visera sobre las rodillas, parecía una estatua.

—Es muy callado –dijo el policía.

—Solo habla inglés –soltó Crazy Horse con calma. Luego le entregó la

agenda y el bolígrafo al policía de mayor graduación.

—Gracias miss Helen –dijo este– puede irse.

—Thank amigos… please Charles go –dijo ella con una amplia sonrisa y Mauricio volvió a encender al auto.

Esa madrugada, luego de contar el dinero, comprobaron que encima de la cama del cuarto de hotel que alquilaban a nombre de la norteamericana Helen Griffin, había más de ochocientos mil pesos cubanos y cincuenta mil dólares y aún les faltaba por abrir una de las sacas que habían separado para el vikingo Pérez y su primo.

La noticia salió en el Diario de la Marina y en la revista Bohemia: Asalto en el "Corazón Azul", se busca a dos sediciosos encapuchados.

El primo del vikingo Pérez desconocía que el venezolano de mediana edad, presunto dueño del casino Corazón Azul, solo era un fantoche del teniente coronel Tabares Costa. Se enteró cuando llevaron a empleados y custodios al SIM y allí fueron sometidos a interrogatorio. Habló, pero aun así, Tabares Costa le pegó un tiro en la nuca.

Al Vikingo lo atraparon en un burdel, donde fingía formar parte de los tantos turistas franceses que llenaban La Habana. Una de las meretrices, amante de un sargento, se encargó de llamar al SIM pensando que el vikingo era un revolucionario.

—Nadie que habla en francés singa en español –dijo la prostituta con el teléfono muy pegado a los labios.

El Vikingo Pérez denunció a Mauricio, pero no a Crazy Horse, apenas la había visto una vez y de lejos, y como ella además de llevar en esa ocasión ropas masculinas, era delgada y de huesos largos, había pensado que era un adolescente.

Antes de matarlo, el teniente coronel Tabares Costa ordenó que le sacaran los ojos y le cortaran el pene.

Mauricio era un hombre apuesto en una ciudad y un país que ama la belleza, así que siempre había una mujer o alguien que le informaba: Mauricio te buscan, ayer preguntaron por ti.

—Vamos a devolverle el dinero, quizás se calme entonces –le dijo

Crazy Horse una tarde de mucho calor.

—No –dijo él– no es por el dinero, es por la afrenta, hasta que no me vea muerto no va a parar... no podemos seguir juntos.

Había algo lapidario, algo terrible en ese "no podemos seguir juntos", algo que iba más allá del rock del reloj de Elvis Presley, algo que no se podía resolver bailando, riendo juntos, haciendo el amor. Estaban a finales de mil novecientos cincuenta y ocho: la ciudad de Santa Clara había caído en manos de los rebeldes dirigidos por el comunista argentino Ernesto Guevara.

—Solo hay que esperar un poco –había afirmado Mauricio– pronto los rebeldes estarán aquí y entonces no tendremos nada que temer. Entonces te buscaré y nos iremos de este país de mierda.

—Sí –había respondido Crazy Horse, para consolarlo.

Ahora, la hermana del poeta balancea la cuna donde duerme el recién nacido. Frente a ellos, el televisor fabricado por la RCA Víctor permanece apagado. A pesar de los ventanales abiertos y de los ventiladores, hace calor. Alicia, la hermana del poeta, en su juventud fue una seguidora de Antoñica Izquierdo, la fanática religiosa que pretendía curar enfermedades, decepciones amorosas y desastres económicos con agua. Cuando volvió de Pinar del Río para La Habana, decepcionada de su antigua fe, se apegó a los revolucionarios y su abnegación le permitió llegar a jefa de escuadra de su pelotón de milicia y sin contar con Crazy Horse y el poeta había comprado uno de esos emblema metálicos blanco y rojo, que en letras que tendían a lo gótico, proclamaban "Fidel esta es tu casa" y lo había puesto en la puerta de entrada.

El niño rompió a llorar.

—Cuídenlo –dijo Crazy Horse entonces como argumento final, acercándose a la cuna para tomar el niño en brazos y luego de sentarse en uno de los sillones, abrirse la bata y acercar el pezón rosado a la ávida boca– no tengan miedo, si el discurso se extiende demasiado, me las arreglaré para venir antes, yo sé que Fidel va a hablar del Che, además según el médico me conviene salir de la casa si es que quiero recuperar

mi figura.

—Por mucho que te esfuerces, ya nunca volverás a tener cinturita de avispa –dijo la hermana del poeta con cierto retintín.

—Espera, te acompaño –dijo el poeta mirando con reproche a la hermana.

—No, quédate –dijo Crazy Horse– manejaré con cuidado… no te preocupes.

Cuando el niño volvió a quedarse dormido, lo puso de nuevo en la cuna, tomó las llaves del Chevrolet de la abuela, el carnet de conducir y algo de dinero, guardó todo eso en una cartera negra, le dio un beso de despedida a la cuñada y al marido y fue hasta el garaje.

Serían las ocho de la mañana y ya la antigua plaza Cívica, rebautizada ahora plaza de la Revolución estaba llena. Trabajo le costó encontrar un sitio desde el cual le sería fácil mirar la tribuna, situada al pie de la inmensa estatua de Martí.

A las nueve de la mañana, la multitud empezó a corear:

—¡Fidel, Fidel, Fidel!

Crazy Horse adivinó que el líder había llegado. Luego lo vio bajarse del primero de cinco jeeps y seguido por un grupo de militares y civiles avanzar a grandes zancadas hasta situarse en el centro de la tribuna. Vestía de verde olivo, pero en vez de la sempiterna gorra llevaba una boina negra. Acomodó varias veces los micrófonos antes de empezar a hablar. Muy cerca de él, a su derecha, estaba sentada Celia Sánchez, una mujer de rostro delgado y a su izquierda el presidente Dorticos, con una cara semejante a la de un administrador de bodegas. Un poco atrás estaban Raúl Castro con su cara de imberbe, Almeida, mulato y delgado y Vilma Espín que aún conservaba cierta innegable frescura y belleza.

Fidel Castro empezó a hablar. La voz era aguda, rica en matices. Lo dijo. No era ninguna treta. Ninguna artimaña para vencer mejor a los imperialistas habidos y por haber en cualquier parte del mundo donde se encontraran: Ernesto Guevara de la Serna estaba muerto.

—Y cayó –aseveró Fidel Castro.

Al escuchar esa frase que el líder pronunció en voz baja luego de una corta pausa, Crazy Horse decidió abandonar la plaza. Ya había oído suficiente, además le dolían las piernas.

—Permiso –pidió abriéndose paso. Algunas de las personas que la rodeaban la miraron con recriminación. A sus espaldas resonaban las palabras:

—Los enemigos creen haber derrotado sus ideas, haber derrotado su concepción guerrillera, haber derrotado sus puntos de vista sobre la lucha revolucionaria armada. Y lo que lograron fue, con un golpe de suerte, eliminar su vida física; lo que pudieron fue lograr las ventajas accidentales que en la guerra puede alcanzar un enemigo. Y ese golpe de suerte, ese golpe de fortuna no sabemos hasta qué grado ayudado por esa característica a que nos referíamos antes de agresividad excesiva, de desprecio absoluto por el peligro, en un combate como tantos combates...

Cuando llegó al parqueo el auto no estaba. Ladrón que le roba a ladrón tiene cien años de perdón, se dijo a sí misma con tristeza, furia y melancolía a la vez. Volvió a su casa a pie. Caminó más de quince cuadras.

II

Mauricio cayó dos días después de que los rebeldes entraran a La Habana. Iba saliendo de la tienda el Encanto. Llevaba un paquete de máquinas de afeitar en las manos, cuando alguien gritó:

—¡Así es como te quería cojer!

Nunca supo que esas palabras se referían a él. El disparo le entró por la frente, donde hizo un pequeñísimo agujero que apenas desfiguraba su cara y salió por el cráneo, muy cerca de la glándula hipófisis, donde sí hizo un hueco notable. Al asesino, Manuel Vicente Ortega, lo reconoció la hija de uno de los hombres torturados en la sede del SIM.

—¡Esbirro! –gritó la muchacha sin importarle el arma que el hombre tenía en sus manos y un miembro del ejército rebelde que también salía

de la tienda, disparó, hiriendo al asesino en el vientre. El esbirro cayó al piso y la multitud lo desarmó antes de que lograra incorporarse.

Al revisarle los bolsillos al cadáver de Mauricio y no encontrarle identificación, esa misma multitud creyó que el muchacho también era miembro del Movimiento 26 de Julio, se informó a las autoridades competentes y en la pared de la tienda se levantó una tarja a la memoria del mártir desconocido. Tarja que desapareció con el incendio del Encanto.

Papeles de loco

Sentía que ya no tenía nada que hacer en Varadero. Miraba el rostro de su madre que sonreía de una manera que a él se le antojaba falsa, casi patética, y salía entonces a nadar.

—¿Adónde vas, Alejandro? –preguntaba Crazy Horse.

—Por ahí.

—¿Dónde es por ahí?

—No sé, no me esperes para almorzar.

Nadaba hasta no poder más del cansancio. Se acostaba en la arena ardiente, cerraba los ojos y se los cubría con las manos para protegerlos del sol. Ya estaba fuera del ejército. Había ganado. Había logrado que le dieran baja médica, pero en cierto sentido era como si siguiera ahí, era como si el capitán Vilato fuera a llamarlo de un momento a otro ¡soldado Alejandro Tejera! ¿Qué hace usted sentado en horas de instrucción militar? En su expediente de salud decía ahora con letra ilegibles en apariencia, pero que los doctores interpretaban muy bien: esquizofrenia hebefrenica.

Ahora tenía papeles de loco.

Podía sentarse frente al mar todo lo que quisiera. Podía babearse en el

mejor restaurante de Varadero. Introducirse el dedo en la boca y balbucear si quería. Levantarle la falda a las mujeres si se le antojaba, e incluso armar un escándalo público que si no ofendía a la madre de Fidel Castro, solo corría el riesgo de que lo remitieran por una corta temporada para el hospital psiquiátrico, nada de cárcel para él. Por otro lado le sería difícil conseguir trabajo y volver a estudiar le era también difícil, imposible. Muchas carreras estaban vedadas para los esquizofrénicos.

La noticia de la enfermedad del hijastro del primer secretario del partido era conocida por casi todos en Varadero, incluyendo a sus mejores amigos. Cuando fue a la cancha de tenis, casi un mes después de su retorno a casa, Arístides, el Peca, se lo preguntó:

—¿Dicen que te quimbeaste allá en la verdolaga?

—¿Y quién lo dice?

—Unos tipos… dicen que dejaste la fuma y que ni te preguntara porque ya no estás para eso, pues el médico te lo prohibió y que te dan arrebatos.

—No creas todo lo que dicen, luego te cuento… ¿tienes?

—Ahora no, pero mañana quizás, en fin… te andaba buscando.

—¿Para?

—Tengo algo importante que proponerte.

El Peca estudiaba medicina, pero como sus padres habían emigrado en el ochenta necesitaba pasar desapercibido y sobrevivir a la vez. Por tanto era miembro del comité ejecutivo de la federación de estudiantes universitarios y la marihuana solo se la vendía a los íntimos. Su suministrador la traía de Oriente, pero él decía que era colombiana.

—¿Quieres salir hoy? –siguió el Peca–. Ando con dos chamas de lo mejor, pero no puedes hacerte el loco, ni descargarles en contra de esto, las dos son de las FEU e integradas…

—Bueno.

Estaban sentados a un costado de la cancha de tenis, desde allí podían ver a los otros jugadores y al omnipresente mar de Varadero.

—Entonces a las nueve en el Castillito.

—No tengo dinero.

—No importa man, ¿somos o no somos?

No pensaba ir. No quería deberle nada al Peca. Se encerró temprano en su cuarto e intentó leer, pero no podía concentrarse en Raskolnikov y sus tantos desencantos. Él también tenía problemas. El padrastro estaba al llegar y entonces tendría que volver a enfrentar su cara y soportar la ironía, la condescendencia. Prefirió vestirse, darle un beso a Crazy Horse y con un llego tarde, salir en busca del Peca y sus amigas.

—¿A dónde vas, hijo? –oyó la voz de la madre a sus espaldas.

—Por ahí –respondió y siguió su camino.

El Peca no había mentido, eran dos muchachas lindas. Trigueñas ambas. A primera vista, hubieran podido pasar por hermanas, pero al fijarse bien, Peter Kiss percibió que eran muy distintas. Una de ellas se llamaba Karen, la otra Olivia, según le informó el Peca con una sonrisa de suficiencia y un largo cigarrillo More en los labios.

Les tendió la mano a ambas.

—Alejandro, ese es mi nombre.

—Dicen que filmaste de loco para salir del ejército –dijo Olivia hablando y riendo a la vez.

—Nada de eso –dijo el Peca– esas son bromas de mal gusto, este de aquí es más revolucionario que yo y le dieron la baja por servicio distinguido.

—Vaya –dijo Olivia– ¿y qué piensas hacer ahora? ¿Estudiar, trabajar?

—Por lo pronto pienso entrar y bailar con ustedes, claro, si quieren…

Entraron. El local aún no estaba lleno. A un costado, cerca de los bafles encontraron una mesa vacía. Se oía una canción suave de Bob Marley. Olía a cerveza y a ambientador. Roberto, el camarero mulato que trabajaba en el Castillito hacía mucho tiempo ya, les guiñó un ojo desde su lugar tras la barra y Maritza, una de las camareras más jóvenes, se acercó:

—El nadador ha vuelto –afirmó con una sonrisa.

—Sí –dijo él.

—¿Nadador? –preguntó Olivia, sentada a la derecha. En la silla de la izquierda estaba Karen. El Peca, sentado al frente, tenía una pierna subida en la mesa.

—Este fue campeón municipal en la categoría de 13 y 14 años –dijo.

—¿Qué van a tomar? –preguntó la camarera y mirando con desaprobación al Peca le dijo que bajara la pierna, que si no tenía modales.

El Peca bajó la pierna.

—Tráenos una botella de Havana Club y cuatro vasos con hielo –dijo.

—Havana Club no hay.

—Entonces Paticruzao.

La camarera se fue. El aire acondicionado estaba muy fuerte. La música de Bob Marley acabó y de la vieja Victrola, metálica y reluciente, emergía ahora un conocido tema de los Billis.

Habían transcurrido solo nueve meses y veintidós días desde que ingresó en el ejército y le dieron la baja, sin embargo ahora todo se le antojaba distinto, desabrido, no entendía cómo había podido cogerle tanto gusto al hecho de venir a un lugar como este y compartir con un sujeto como el Peca, futuro médico cabeza hueca. Hubiera querido tener una varita mágica para soltar tres palabras que lo tornaran invisible o mudo porque el Peca alardeaba ahora de sus conocimientos.

—La cirugía es lo mío, yo voy a ser el Beatles de la medicina en Cuba, me voy a sentar en las piernas de la reina Isabel –dijo, casi a puro grito, para imponerse a la música alta.

Las muchachas estaban calladas. Peter Kiss sabía que el Peca estaba drogado, sospechaba incluso que no solo había consumido marihuana o psicofármacos, sino cocaína. La camarera puso la botella y los vasos con hielo en la mesa.

—¿Y entonces como es la vida en el ejército? –preguntó Karen, luego que los cuatro bebieran por la vida y por el amor.

—Dura –dijo Peter Kiss con una sonrisa– pero pasable.

En la Victrola empezó una vieja canción de Nat King Cole. Bailaron, Olivia con el Peca y Karen con Peter Kiss. Al final, cuando ya eran las tres de la mañana, el Peca les propuso a las chicas irse los cuatro para la casa que compartía con su tía y continuar la noche con otra botella de ron y con algo más.

—No –dijo Olivia– tengo que levantarme temprano para volver a Matanzas, mañana hay clases.

—Me hubiera gustado seguir compartiendo contigo –dijo entonces Karen apoyando una mano en el brazo de Peter Kiss– pero si ella se va, yo me voy también.

—Olivia aguafiestas –dijo el Peca.

—Vamos Karen –dijo Olivia.

—Vamos a acompañarlas –dijo Peter Kiss.

Salieron.

Afuera hacía frio.

—Sé que eres hijo de Alfredo Tejera, he leído lo que ha escrito, y me gusta… a mi padre también le gusta –dijo Karen.

—¿Cómo sabes de quien soy hijo? –preguntó Peter Kiss.

—Lo sé –dijo ella.

Olivia y el Peca caminaban delante. El Peca cantaba una canción de Bon Jovi y Olivia le hacía el coro con una voz que sin ser muy fuerte resaltaba por lo afinada.

—Canta bien tu amiga –dijo Peter Kiss.

—Sí… ¿Quieres abrazarme? Tengo frío –dijo Karen.

Le pasó el brazo por encima de los hombros y por un segundo se sintió a salvo. Fue una sensación rara, fue como volver a ser admitido en el mundo, fue como si ella le dijera: no me importa que tengas papeles de loco, puedo leer en tu mente y allí encuentro algo que los otros no ven.

—¿Qué libros de mi padre tienes? –preguntó.

—El acecho –dijo ella– y Retorno.

—Yo leí Retorno –dijo él– El acecho nunca lo tuve.

—Qué raro –dijo ella– pensé que tendrías todos los libros de tu papá,

incluso los inéditos.

—Es una historia muy larga –dijo él– muchos de esos libros quedaron en La Habana, en la casa donde vivíamos antes, otros los incautaron… ya sabes cómo es… otro día te cuento.

—Está bien –dijo ella– te puedo prestar El acecho… dicen que ese libro está prohibido pero no me importa prestártelo, sé que no le irás con el cuento a nadie, si quieres cuando vuelva a Varadero te lo traigo o vas tú a buscarlo a Matanzas, te voy a dar mi dirección.

—¡Vaya, miren a los tortolitos! –gritó de pronto el Peca y quiso abrazar a Olivia, pero esta se apartó.

—Estás borracho –dijo.

—Sí –dijo el Peca, se sentó en la acera, se llevó las manos a la cara y por el estremecimiento de sus hombros, Peter Kiss comprendió que lloraba.

—¿Qué te pasa ahora? –inquirió Olivia.

—No puedo más con esto –gimió el Peca. Ellos tres se sentaron también en la acera, rodeándolo.

Todos tenemos

El secreto no estaba en las palabras, sino en el modo en que las pronunció. Sabe hablar, uno casi llega a creerle, pensó el Pepillo y de pronto se halló a sí mismo admirando la apostura del coronel de tropas especiales, jefe de la Unidad. La manera elegante que tenía de llevar el uniforme de camuflaje con la AKM plegable colgando del hombro derecho y la bayoneta en la cintura.

—Haremos mucho juntos –decía el coronel Abelardo Isidrón– cambiaremos las cosas.

No especificó qué tipo de cosas, pero el Pepillo creyó saberlo y quiso

ser parte de la gente que cambia las cosas. Al lado del coronel, rodeada de otros oficiales, estaba la primer teniente Sonia Isidrón, piloto de helicóptero con más de trescientas horas de vuelo y paracaidista de primera clase. Era alta como su padre, el coronel. El Pepillo evitaba mirarla. Sabía que la mitad de los miembros de la Unidad de tropas especiales creían estar enamorados de ella. Hasta hace muy poco estaba convencido de que las posibilidades de dialogar con Sonia eran mínimas. Qué podría decirle él, un simple recluta de diecisiete años, a una mujer de veinticinco que además era oficial de academia, graduada en la Unión Soviética. Sin embargo ahora eran amigos y gran parte de la Unidad los tomaba por amantes.

El coronel tenía un yate. Cada dos o tres fines de semana, llevaba a un grupo selecto de soldados y oficiales a pescar en el litoral norte de Matanzas y Villa Clara. Le gustaba el marisco y el crustáceo crudo, aliñado con limón y naranja agria. La función de los soldados era llenar de pescado un gran caldero colocado en la cubierta del yate. Algunos pescaban con vara y cordel. Otros se sumergían con patas de rana, careta, tanque de oxígeno, escopeta de arpón y buscaban pargos, cuberas, langostas y camarones.

Solo los mejores soldados tenían el privilegio de navegar en el yate del coronel y ya montados allí, además de marearse un poco con tanta cerveza y pescado crudo, mirar los ojos dorado oscuros de Sonia que también navegaba con su padre y que, sentada en la popa de la embarcación, dejaba que la brisa le acariciara el rizado pelo de mulata. A veces ella también descendía a las profundidades, casi siempre con equipo ligero, no le gustaba usar tanque de oxígeno. Lograba aguantar más de tres minutos bajo el agua.

De lunes a viernes el Pepillo trataba de ser el mejor soldado posible, para que el sábado o tal vez el domingo, el coronel lo invitara a navegar y así poder ver a Sonia de cerca y conversar con ella, de historia, porque ese era casi su único tema de conversación.

—Te están lavando el cerebro, hijo –le dijo la madre, una de las veces

que fue de pase a Cienfuegos, faltándole solo dos meses para que se lo llevaran para Angola– así mismo era tu padre cuando lo conocí, un comecandela y mira ahora donde está, a noventa millas.

—Esto también tiene cosas buenas, mamá.

—¿Sí? dime una.

Sonia por ejemplo iba a decir él, Sonia iba a desgranar letra a letra en el oído de la madre, pero no lo dijo. Habló de hospitales y deportes para todos, habló de educación gratuita. No reiteró como otras veces que el hecho de que la universidad fuera solo para los revolucionarios era un gran abuso.

—¿De verdad te crees toda esa mierda? ¿Si nos pagan una miseria como no va a ser todo gratis? –preguntó con un suspiro la madre que ya no era secretaria de un jerarca de la refinería, sino conductora de ómnibus locales pues mantener correspondencia con un apátrida, el padre del Pepillo, había acabado impidiendo su anterior vínculo laboral.

—No quiero discutir –dijo el Pepillo– disculpa mamá.

Aún no le había contado que se iba para Angola, que cualquier día le daban el listo para partir y entonces: hasta luego, hasta más ver o hasta nunca y chao. Tendría que decírselo pero aún estaba esperando el momento adecuado.

—Cambiaremos al mundo –enfatizó el coronel y quizá por lo exagerado de la afirmación y a pesar de los ojos dorado oscuros de Sonia y de la sonrisa que él creyó adivinar en los labios de ella, por un segundo, el Pepillo consideró la posibilidad de que el coronel fuera uno de esos timadores que se creen su propia historia. Sin embargo cuando el resto de la Unidad, oficiales, sargentos, soldados y hasta la bella Sonia levantaron la mano derecha y juraron cumplir el deber al cual habían sido convocados por la patria, él también levantó la mano y dio vivas a Fidel, A Raúl, a Angola y a Cuba.

Se iban a finales del próximo mes. Primero para Loma Blanca y luego

hasta Angola no paraban, les informó el coronel. Irían en un avión comercial, disfrazados de deportistas, cada uno con un abrigo amarillo todos tenemos, y ya en África, luego de tomar armas y pertrechos, les informarían de la misión. Pero antes tendrían que demostrar su valía, su coraje.

—En fin, hoy tienen la posibilidad de demostrarme que tienen los pantalones bien puestos –dijo el coronel mirándolos uno a uno con ojos parecidos a los de la hija– necesito voluntarios.

Todos los soldados levantaron la mano al unísono. El coronel sonrió.

—Así me gusta… hubo un motín en la cárcel de Matanzas, se escaparon tres presos muy peligrosos, gente mala de verdad, violentos y con hechos de sangre, pero ustedes son soldados de tropas especiales, son caza lobos, hoy es el día de su graduación, demuestren lo que saben…

La ley del Talión

Habían pasado diez años desde lo de Margarita. Los primeros cinco meses transcurrieron en un estado muy cercano a la euforia, a la satisfacción, sentía que les había demostrado a sus padres que él sí era un hombre, no un traste. Luego algo pasó en la cárcel. Algo que él nunca contó, pero que lo llevó primero a intentar suicidarse, empleando para ello cuchillas de afeitar, y luego ya restablecido, a cambiar su manera de relacionarse con los otros reclusos. Eso y saber que no lo iban a fusilar, que estaba condenado a vivir con su culpa y su nostalgia, porque aunque no lo reconociera ante nadie, sentía nostalgia de esa puta como solía llamar a Margarita. La vida dejó de importarle y se convirtió en alguien tenso como un muelle y así mismo le llamaban: Resorte.

Nunca fue un buen estudiante. Tampoco, a pesar de su contundencia física, se destacó en los deportes. Tenía, en cambio, una especie de

natural astucia. Por otro lado, se inclinaba a creer que en el mundo existía un juez universal, alguien que su abuela materna llamaba La Divina Providencia y que él, para sus adentros, conocía como el Gran Justo. Ese ser divino, en su mente aderezada con años de educación atea, se le confundía con la imagen de Fidel Castro.

Si no hubiera conocido a esa mujer, quizás aún fuera un ciudadano cabal. Pero Margarita, cuando ya él cursaba el primer año de técnico medio en operación de equipos industriales, llegó a Calimete. Se casaron a los tres meses. La luna de miel fue en un campismo cercano a Varadero. Tuvieron una hija, Elvira de la Rosa. Compraron una pequeña casita de madera y tejas con un jardín aledaño. Margarita trabajaba de sub administradora de la biblioteca municipal de Calimete y a veces cuando en los dos canales de la televisión trasmitían un interminable discurso político, ella le leía uno que otro libro de poesía. Él se hizo mecánico de tractor, los músculos de las extremidades superiores se le hipertrofiaron y bajo las uñas de las manos siempre tenía restos de una grasa prieta que aunque se esforzara por limpiar nunca desaparecía del todo. Margarita amaba la literatura y bailar casino. Él prefería las peleas de gallo y la música mexicana. Ella usaba jeans muy ceñidos. Él terminó clavándole un punzón en el pecho.

—Cuida mejor a tu mulata –le había gritado Amancio, uno de esos guajiros que utilizan el dinero que ganan vendiendo sus cosechas de arroz en el mercado negro para beber cerveza e ir a las peleas de gallos.

Petrarca, el ave de él, había liquidado al gallo de Amancio, Lucio, conocido en todo Calimete.

Amancio estaba exasperado. Soltó ese ¡cuida mejor a tu mulata! en medio de la valla clandestina, sosteniendo el ave muerta en las manos. Él cerró sus enormes puños de mecánico de tractor.

—Eres un mal perdedor –dijo.

—Sí, tal vez –rectificó Amancio– a veces no sé lo que hablo, disculpa.

—No me gusta que jueguen con mi moral, no te parto al medio porque Dios es grande –dijo él, recogió gallo y dinero, volvió a su casa y

se pasó todo el resto de la noche cavilando.

Ella anda con otro, le precisó a la semana siguiente la hermana de Margarita, porque él la invitó a cerveza y la cuñada después de dos jarras estaba algo borracha y creyó que era su deber sincerarse con el padre de su sobrina porque eso no se le hace a un hombre y porque Margarita era de abultado trasero, una mulata de salir, y ella era desnalgada y además Margarita, a la que nunca le habían gustado los blancos, estaba casada ahora con este pelirrojo de ojos claros, mientras que ella estaba sola. Lo dijo porque nunca imaginó que él haría lo que hizo, parecía un hombre tan tranquilo. Los blancos nunca matan mujeres, creía la ex cuñada, ferviente admiradora de esa raza. Sin embargo, ahora él estaba preso y Margarita muerta.

El Gran Justo no había sido muy justo, pensaba Resorte en la cárcel. Él le había dado todo a esa puta, la había amado y se había casado con ella en un pueblo tan racista como Calimete, donde ningún blanco se casaba con mulatas y negras. Se le tornó problemático creer en el Gran Justo. Si La Divina Providencia no existía, entonces no valía la pena portarse bien. Se podía ser todo lo malo que uno quisiera. La abuela estaba equivocada. Al final del túnel no lo aguarda a uno cierta puerta luminosa y verde. Al final del túnel no hay nada.

Ahora soy malo, se dijo un día, sentado ante la bandeja de arroz mal cocinado y chícharo que solían servir de almuerzo, se levantó y luego de propinarle un bandejazo por la cabeza a Rovira, su jefe de galera, lo estranguló. Fue rápido. Cuando los guardias llegaron ya Rovira estaba muerto. Él miró a los otros presos, los socios de Rovira, buscando si había alguno capaz de delatarlo, pero todos permanecieron callados y es que él medía siete pies y dos pulgadas y sus cabellos rojos y la cara llena de pecas lo hacían parecer muy peligroso.

—¿Y a este qué le pasó? –preguntó uno de los guardias.

—Nada, le dio un ataque –dijo el Jabalí, un mulato gordo y calvo que había sido el edecán de Rovira.

A partir de ese día ganó su mote de Resorte. Se convirtió en jefe de

galera e impuso unas reglas que él con los rezagos de las lecturas de su ex mujer en la mente, llamó la ley del Talión.

La idea del motín se le ocurrió a Bijirita, un recluso diminuto y delgado, preso por posesión de divisa extranjera y desacato a la figura del Comandante en jefe. Delito este último que causaba casi tanto respeto como el de asesinato. Según le susurró Bijirita a Resorte, su tío materno era patrón de un barco pesquero.

—Yo sé conducirlo… puedo llevarte hasta la Florida, todo está en llegar a la costa sin que los singaos estos nos atrapen –le reiteró Bijirita y él lo cogió por el cuello con la mano izquierda. La derecha la reservaba para personas de físico más contundente, y empezó a apretar. A Bijirita se le pusieron los ojos en blanco, pero no se atrevió a tocar el brazo de Resorte.

—No soy un chivato –atinó a decir cuando ya se le iba la vida.

Él lo soltó.

—Voy a pensarlo.

—La única forma de salir de aquí es mediante un motín –aseguró Bijirita– tenemos que armar uno grande para poder brincar las cercas.

No tenía nada que perder, de eso estaba seguro. Su destino en Cuba era seguir oliendo hedor a pie y masturbándose, a no ser que un día se decidiera a fornicar con alguno de los homosexuales más femeninos.

Para organizar un motín de cierta envergadura se precisaban al menos diez personas realmente decididas. Bijiritas y él necesitaron dos meses y diecisiete días para lograr convencer a quince reclusos.

El director de la cárcel, mayor Sama, creía antes que nada en el orden y la disciplina. Sometía a los guardias bajo su mando a un régimen muy severo y estos se desquitaban con los convictos. Era mucho el odio acumulado, por eso, más que el deseo de escapar, a muchos presos los llevó a participar en el motín el deseo de vengarse de culatazos, bayonetazos y patadas recibidas a mansalva. El deseo de vengarse de los años consumiendo día tras día espaguetis sin salsa y sin queso, excepto los sábados que tomaban sopa de chícharo y arroz blanco. Años tomando

como desayuno agua con azúcar y de vez en cuando un pedazo de pan duro. Además confiaban en Resorte, si él decía que Bijirita tenía un barco a la altura de Camarioca, era verdad.

Bijirita que en sus tiempos se había dedicado al teatro, no como actor pero si como luminotécnico y por tanto tenía noción de lo que era una puesta en escena, le pidió a Resorte el derecho de organizar el motín que según él debía funcionar con la precisión de un reloj suizo.

—Lo primero es tomar desprevenidos a los guardias, lograr distraerlos... se me ocurre organizarles una pelea de maricones por un macho –dijo Bijirita– eso los hará reír y estar en la guanajá ¿te parece?

—Sí –afirmó Resorte– pero no quiero a ningún singao de esos vivos, quiero darle ñampite a todos... el que no tenga pinga para liquidar a esos bofes que lo diga ahora mismo.

—Ño, asere, todos estamos en lo mismo –aseguró Tomás, un preso larguirucho y de nuez de adán muy salida– ¿verdad, consortes?

—Seguro... adelante que patrás no hay más pueblo –dijo otro, Silvio Argüelles al que debido a su cara siempre triste llamaban Sainete Póstumo.

Los demás asintieron. Hablaban en susurros. Ya los guardias habían dado la orden de apagar las luces y estaban los quince hombres acomodados alrededor de la litera de Resorte.

—También nos vamos a echar a los chivatos –dijo el Gato.

Bijirita negó con la cabeza.

—Tenemos que escapar, caballeros –dijo– ver aunque sea por última vez la luz de la calle, aunque luego nos maten a tiros, además recuerden que un barco nos está esperando.

—Al que quiera quedarse a matar chivatos, yo lo autorizo –dijo Resorte– pero yo voy echando.

—Y yo –dijeron varias voces.

—Entonces todo está bien, sigue hablando Bijirita –ordenó Resorte.

Bijirita necesitó veinte minutos más para armar el plan del motín. Mediante un croquis, le dio a cada preso una ubicación cerca de cada

guardia. A Resorte le tocaba la tarea más honrosa, liquidar a Mandíbula, el sargento, un mulato de baja estatura pero de más de 100 kilos de peso, antiguo campeón de lucha libre, muy temido por su fuerza física y crueldad. La misión del Gato era iniciar el motín, fue escogido para esto por su carácter explosivo y colérico. De escenificar la bronca entre pájaras se encargarían la Sueca, un rubio delgado que por ser de Calimete, gozaba de la protección de Resorte, y la Consuelo, un antiguo estudiante de licenciatura física de solo veinte y cinco años, ex amante de Rovira, el difunto jefe de galera.

Durante varios días, a la horas de almuerzo y cena y cuando salían a tomar sol, la Consuelo y la Sueca escenificaron amagos de pelea. Tales conatos no pasaban de susurros y leves empujones. Lo hacían cuidando de que los guardias se percataran de dichas escaramuzas, además uno que otro preso soltaba en voz alta:

—¿Qué pasa, muñecas? ¿hay picazón?

El día escogido para la fuga, veintisiete de noviembre de 1984, a la hora del almuerzo, cuando ya la fila de integrantes de la galera cinco se encontraba frente a la meseta, detrás de la cual los cocineros servían las bandejas, la Sueca empujó muy fuerte a la Consuelo, tanto que este trastabilló y cayó al piso. La hilera de presos se desorganizó. La Consuelo, se puso de pie y le dio un bofetón al otro.

—¡Maricona! –soltó la Sueca.

—¡Él es mío! –chilló la Consuelo y volvió a golpear al otro en la cara.

—¡Dos pájaras fajás! –gritó Bijirita.

Resorte, a varios metros de la pelea, miró a los guardias sonreír. Les gustaba el espectáculo. A todos, menos al sargento Mandíbula.

Mandíbula, con su paso elástico de ex atleta, se acercó a la fila de los presos. No llevaba armas. Tomó a la Sueca y a la Consuelo por el cogote y sin apenas esfuerzo los separó. Luego golpeó la cabeza de uno contra la del otro.

—¿Qué pinga pasa, par de putas? –preguntó.

Solo uno de los guardias portaba arma de fuego, una AK47 de culata

de baquelita, los otros nueve llevaban porras de hierro forradas de caucho.

El Gato formaba parte del grupo de presos que ya estaban parados ante la mesa, esperando que el resto de los comensales agarrara su bandeja para luego sentarse y empezar el almuerzo. El Gato se había desempeñado como pitcher en la liga profesional de beisbol antes de caer preso y a pesar de sus más de cincuenta años de edad conservaba mucho de su destreza. Aprovechando que todos miraban al trío formado por Mandíbula y los dos reclusos, el Gato le echó un rápido vistazo al guardia armado con la AKM. Calculó la distancia. Volvió a mirar a la mesa donde estaba la bandeja. Suspiró. Contó hasta tres. Levantó entonces la bandeja, se dio la vuelta rápido, y la lanzó de filo. La comida se esparció por la mesa y por el piso del comedor. Uno de los ángulos de la bandeja de aluminio se hundió en el cuello del guardia de la AKM.

El guardia cayó al piso.

Bijirita corrió hacia el caído para agarrar el fusil.

—¡¿Qué es esto?! –gritó Mandíbula.

Resorte se le acercó por atrás y antes de que el ex luchador atinara a soltar a la Sueca y a la Consuelo, le rodeó el cuello con un fino cable de acero y apretó hasta verlo sangrar.

—¡Singao! –gritó cuando Mandíbula cayó al piso, muerto.

Los otros guardias, simultáneamente, fueron asesinados, empleando esas armas blancas que siempre abundan en las cárceles cubanas y que se fabrican con cualquier material a mano. Bijirita le dio el fusil a Resorte. Resorte apuntó con el arma a los cocineros. Tenía deseos de masacrarlos. Pero no lo hizo. Eran reclusos igual que él. Se limitó a escupirles las caras.

Desnudaron a los guardias muertos, pero solo había diez uniformes verde olivo. Uno era para Resorte, otro para Bijirita por ser el de la idea y otros tres para la Consuelo, la Sueca y el Gato. Los cinco uniformes restantes fueron sorteados entre los otros complotados.

Se vistieron de guardias.

—Nos robamos un camión y volvemos a buscarlos –dijo Resorte– lo juro.

Los que no alcanzaron uniformes sabían que era mentira, pero no les quedó más remedio que asentir: el fusil en las manos de Resorte y sus labios fruncidos eran lo suficientemente disuasivos.

Abrieron la primera reja con la llave que encontraron en los bolsillos de Mandíbula. Delante había una puerta de hierro pintada de verde olivo. Tocaron varias veces.

—Ya va –se escuchó una voz grave y uno de los centinelas abrió. Fue acuchillado junto a los otros tres guardias que estaban en ese vestíbulo. Uno de ellos logró disparar la pistola e hirió al Gato en el pecho. El Gato le clavó la bayoneta del fusil por el ojo derecho. Luego se la hundió en el cuello y hubiera seguido, pero Resorte dijo:

—Basta, tenemos que irnos.

El Gato se dejó caer en el piso. El pecho le sangraba profusamente. Bijirita buscó en el botiquín de los guardias hasta encontrar unas vendas. Las dobló, se las puso en la mano derecha al Gato y llevó esa mano hasta el pecho de este.

—Mantén la presión.

—Vamos –dijo Resorte.

—No –dijo el Gato– hasta aquí llegué... vayan ustedes.

—Está bien, vendremos a buscarte.

—Sí –dijo el Gato.

La llave, muy cerca de la gran puerta de hierro, colgaba de un tornillo de metal brillante, clavado en la pared encalada. Resorte tomó esa llave. Luego accionó la cerradura y dejó franca la puerta.

La luz del sol les hirió los ojos.

Tres de ellos llevaban fusiles.

Un muro de hormigón armado, terminado en alambres de púas rodeaba al perímetro de la prisión. Desde donde estaban Resorte avistó las torres de vigilancia, el parqueo con los camiones verde olivo y la entrada de la cárcel.

Ya estaban cerca de los camiones cuando sintieron el tableteo de las ráfagas.

Martino, Ezequiel y la Sueca cayeron a cincuenta metros del parqueo, casi de forma simultánea. Los demás rompieron a correr. El tiroteo se generalizó. La Consuelo fue herida en una pierna, intentó arrastrarse y entonces fue alcanzado en la espalda.

Solo tres lograron llegar al enorme camión blindado.

Resorte fue el primero en introducirse en la cabina, Bijirita y Tomás lo siguieron. Los guardias corrían hacia ellos. Desde las torres les seguían disparando.

—Agáchense –dijo Resorte.

—Arranca –gritó Bijirita.

—Sí –dijo Resorte.

Rompió a patadas el plástico del tablero de mandos del camión. Unió los alambres de arranque. Apretó el acelerador hasta lo último y el camión, soltando un bronco rugido, salió disparado.

A correr liberales del Perico

—Te iré a ver a Matanzas –le dijo a Karen, luego le dio un beso muy cerca de la boca. Olivia también lo besó.

—Hasta luego –dijo– cuida a tu amigo.

—No hay problemas –dijo Peter Kiss.

Karen antes de irse le sonrió.

—Hasta luego nadador –dijo.

—Hasta luego –dijo él.

Las miró irse. De espaldas volvía a acentuarse el parecido, ambas eran de mediana estatura y delgadas.

El Peca seguía sentado en la acera con la vista perdida en un sitio al

parecer muy lejano, la noche empezaba a refrescar. Peter Kiss se sentó también en la acera.

—Disculpa, te espanté la jeva –dijo el Peca.

—No importa –dijo Peter Kiss.

—Aunque ella no te convenía, es algo locota y tú eres muy poca cosa para ella.

—¿Entonces para que me la presentaste?

—Necesitaba a alguien que me hiciera la pala, además tenía que verte… estoy en problemas… ¿tienes un cigarro?

—No.

—¿Marihuana?

—Tampoco, ¿de dónde voy a sacar marihuana, si no tengo ni para comer? ¿Qué te pasa?

—Eso… al fin me preguntas qué me pasa… te diré: debo dinero.

—Vaya, no sé, vende la raqueta que te presté hace más de un año, más no puedo hacer por ti.

—Ay Alejandro, no son cuatro quilos, es mucho, mucho dinero… ni cuarenta raquetas alcanzarían para sacarme del atoro.

—¿Y?

—Tengo un plan, tú estás tan embarcado como yo, por eso lo hablo contigo, pero tienes que jurarme por lo más sagrado, Alejandro, por tu madrecita vaya, que no se lo dirás a nadie.

—Bueno… ¿y que tengo yo que ver con tus planes? no quiero buscarme líos, no me cuentes nada y santas pascuas.

—¿Te cortaron la pinga en la verdolaga? Este no es el Alejandro Tejera que yo conozco…

—Bueno dale, empieza.

Estaban muy cerca del Castillito, alguien había interrumpido el habitual rock para poner una canción de Violeta Parra. Gracias a la vida, cantaba la chilena con voz aguda. El Peca cabizbajo seguía mirándose sus zapatillas rumanas como si debajo de ellas se ocultara algo muy importante, sagrado, casi. Peter Kiss hubiera dado la vida por tener un

cigarro que llevarse a los labios, un Malboro que le permitiera envolverse en el humo, disiparse dentro y que todo dejara de ser tan triste. Hasta el sabor del beso de Karen en la mejilla se le antojaba triste, algo le decía que el Peca tenía razón y que la muchacha y él no tenían nada que ver, que era por gusto llegarse a Matanzas a hablar con una desconocida.

—Antier fueron a buscarme a la facultad, suerte que yo no estaba, no armaron líos, pero dicen mis compañeros de cuarto que eran cinco y que daban miedo… estoy embarcado.

—¿Droga, verdad? –preguntó Peter Kiss– quisiste pasarte de listo, de ambicioso.

—Eso, me quise tirar el peo más alto que el culo y a correr liberales del Perico.

—Ve a la policía.

—No me hagas reír, por favor… lo que tengo que hacer es conseguir un dinero y pagar lo que debo.

—Vete para el Norte, agárrala para Miami.

—Me buscan hasta en los EE.UU., me sacan por las orejas como al conejo del sombrero y me ponen un par de botas de cemento… tengo que darles algo, Alejandro.

—Te repito: ¿Y yo que tengo que ver con eso?

Peter Kiss se puso de pie. La canción de Violeta Parra había acabado y ahora se escuchaba a Bon Jovi en uno de sus temas más conocidos.

—Tengo un plan.

—No me interesa.

—Te puedo pagar –dijo el Peca.

—No me interesa tu dinero.

—Te daré diez mil pesos solo para que le pidas prestada una de las motos a tu ex entrenador, me lleves hasta Camarioca y me dejes cerca de la sucursal del banco, allí voy a hacer el trabajito, ya tengo la pistola, tú tienes para eso.

—No soy un ladrón.

—Vaya, yo tampoco, ¿y dejarás que esos tipos me despinguen to, solo

porque no eres un ladrón?, qué bueno, que honesto, pero sí te hiciste pasar por loco cuando te convenía.

—Así es –dijo Peter Kiss– era mi lucha, lucha ahora la tuya.

—Muchacho vamos, una oportunidad como esta no se presenta ni en mil años, luego que les pague aún queda money para irnos para el Norte ¿qué cojones tú vas a hacer aquí…?

—Vivir –respondió Peter Kiss, se paró y caminó en dirección a ninguna parte.

—¡Alejandro! –lo llamó el Peca.

Él siguió caminando sin volverse.

Vacas mirando

Sesenta kilómetros después se les acabó la gasolina, entonces brincaron la cerca que separaba a la carretera de los hierbazales. Serían las ocho de una noche estrellada. Varias vacas dejaron de pastar para mirarlos. Bijirita señaló un lugar impreciso delante de ellos.

—El barco está allá, hay que correr bastante, cuiden la respiración, el que se quede atrás, muere.

Bijirita llevaba la única linterna. Tomás dejó el fusil en la hierba para correr más rápido. Resorte a punto estuvo de decirle que no lo hiciera pero al ver la cara de extenuado del otro, no dijo nada. Se terció el fusil en la espalda.

—Vamos –dijo.

Rompieron a correr. Resorte era el más robusto y grande pero le era fácil mantener el paso. Pronto los estarían persiguiendo. Casi sentía el jadeo de los perros, las órdenes de mando, el ulular de las perseguidoras, pero no le importaba. El gran Justo se portaba bien con él de nuevo. Era un hombre libre. Tomás, cuando solo llevaban unos mil quinientos

metros, preguntó si aún faltaba mucho para llegar al barco.

—Dale –dijo Bijirita a manera de respuesta, pero disminuyó un tanto el paso por lo que Resorte empezó a encabezar la carrera.

Por suerte para ellos, el terreno era liso y la noche clara, así que les era fácil esquivar los arbustos y las piedras.

—Por favor –escuchó a sus espaldas que decía Tomás cuando ya llevaban tres kilómetros y a él las piernas empezaban a pesarle. Dejó que Bijirita volviera a ponerse delante. La luz de la luna le permitió atisbar la cara desesperada de Tomás. El sudor hacía que las ropas le resultaran más pesadas aún. Pero seguía casi pisándole los pasos a Bijirita. Oyendo cómo las pisadas de Tomás iban tornándose menos audibles segundo tras segundo. En algún lugar se sintió ladridos de perros y mugir de vacas.

Tropezó con una piedra y cayó de bruces. El mecanismo de disparo del fusil se le incrustó en la espalda, muy cerca de la columna vertebral. Se quedó unos segundos sentado en la hierba. Tomás a casi diez metros de él se detuvo en el acto y también se sentó. Bijirita siguió corriendo.

Resorte se quitó el arma de los hombros. La bayoneta crujió áspera al sacarla de su sitio en el cañón del fusil. Se puso de pie. Terció la bayoneta en el cinturón y cubrió la AKM con un poco de hierba. Bijirita ya estaba a más de cincuenta metros.

—Vamos –dijo Resorte sin mirar a Tomás y echó a correr.

El bicho de Kafka

Pensó en la última discusión que había tenido con ese hombre, su padrastro, recordó cómo Héctor Colina le había llamado vago, crápula, delante de Crazy Horse y cómo ella no había objetado nada. Él había estado a punto de golpearlo, pero se contuvo, Héctor era el esposo de su madre y un hombre que comenzaba a tornarse mayor. Tenía que haber

asaltado el banco y haberme ido con el Peca, pasó por su mente mientras el padrastro le gritaba que se buscara un trabajo, que él no quería vagos en su casa, ni locos. Lo de locos lo dijo luego de mirar a Crazy Horse, pero ella se limitó a contemplar el piso como si no hubiera nada que objetar a las palabras de Héctor, como si lo que dijera el hombre fuera tan cierto como una de esas leyes físicas mil veces probadas.

—Para la pinga entonces –dijo Peter Kiss y abrió la puerta de la calle.

Bajaba las escaleras cuando oyó la voz de la madre.

—¡Alejandro, vuelve!

—Deja que se vaya –le respondió el padrastro– deja que reflexione, tiene que hacerse hombre.

Tiene que hacerse hombre, pensaba Peter Kiss caminando por las calles de Varadero, vacías a estas horas tan tempranas, tiene que hacerse hombre, él no era nada, solo un insecto como el bicho de Kafka. No eran nada los poemas que escribía, no era nada esa inquietud, ese deseo de aprender cosas nuevas, de liberarse de lo mismo y lo mismo. Tenía que haberme ido con el Peca, volvió a decirse.

Esa noche de la discusión, fue a casa de Roberto, su antiguo entrenador de natación que ahora se dedicaba a las carreras clandestinas de motos y a la pesca submarina.

El hombre no estaba, pero sí Carmen, casi una muchacha, que también había sido entrenada por Roberto y que luego de quedar embarazada había terminado siendo su esposa. Carmen, oscura de piel y alta, escuchaba un tema de los Stones cuando Peter Kiss tocó a la puerta, así que él tuvo que insistir varias veces para que la joven, vistiendo un corto short y un pulóver, abriera.

—¿Tú por aquí?

—¿El profe está?

—Está pescando, pero pasa y siéntate que ya debe estar al llegar, me prometió que para las siete iba a estar aquí… a él no le gusta que atienda a hombres cuando no está, pero tú eres como de la familia.

—No, deja, yo vuelvo luego –dijo Peter.

—Que pases te digo –dijo ella y él entró en la sala de su ex entrenador y se sentó a esperarlo en el amplio sofá donde había pasado tantísimos momentos cuando Roberto estaba convencido de que él, el bicho de Kafka, podía llegar a algo en la natación a pesar de la ausencia de piscinas climatizadas y métodos modernos de entrenamiento. Tienes muchas condiciones naturales, solía decirle el entrenador y le hablaba del ancho de la espalda y el largo de brazos y piernas, eres un natural. Él al principio le había creído. Había creído que todo consistía en súper entrenarse, en pasar más tiempo en la piscina que en la tierra, que todo consistía en nadar y en nadar hasta casi convertirse en una lancha con motor fuera de borda, nadar hasta que brazos y piernas te dolieran tanto que pareciera que con la próxima brazada ibas a quedar muerto. Su madre y su padrastro iban a verlo competir y él se sentía orgulloso de ganarles a los semihambreados y larguiruchos jóvenes de otras provincias y de que algún gordo dirigente del INDER provincial le colocara una medalla por lo general de falso oro en el cuello. Después todo se había echado a perder, de una forma urgente, tan rápido, que era como si la vida tuviera apuros de complicársele. Había descubierto dos cosas, el tenis de campo y la marihuana y aunque como tenista no resultó gran cosa, con la marihuana sus esfuerzos, sus ganas de llegar a ser un gran campeón olímpico empezaron a menguar, a antojársele ilusiones, tonterías. Llegaba al entrenamiento con los ojos rojos, idos, más que por la marihuana, por el esfuerzo que implicaba nadar los casi tres kilómetros hasta la caleta donde estaban la choza y el sembradío, para luego fumar con los ojos perdidos en la nada.

Cuando consumía, Peter Kiss volvía a ver a su padre.

El poeta llegaba de la muerte caminando despacio y se le sentaba al lado.

—¿Hijo, cómo estás? –preguntaba sonriendo apenas.

—Aquí me ves –respondía él– entre astilla y viruta, hecho leña –y aunque sabía que la respuesta del poeta difunto iba a ser la misma de siempre, preguntaba:

—¿Y tú cómo estás? ¿Cómo es eso por allá?

—Más o menos como aquí –respondía el poeta– solo que más triste.

Luego se esfumaba y a Peter le extrañaba que viniera de tan lejos a decirle tan poco, era todo un misterio para Peter. Mi papá está loco, pensaba a veces, luego de darle otra calada al porro y se le antojaba que hasta en la muerte existía la locura, el desequilibrio. Venir desde la muerte hasta acá para no darme un consejo o preguntarme cómo me va en la vida o cómo está mi mamá, qué raro, pensaba.

—¿Y cómo va la cosa? –preguntó ahora Carmen, sentándose en el otro extremo del sillón– me dijeron que te hiciste pasar por loco en el ejército.

—Sí –dijo él.

—¿Vas a volver a nadar? –preguntó ella.

—Na, ya estoy muy viejo.

—Bueno, tú sabrás –dijo la joven y bajó la voz como si pensara que a pesar de la música que seguía siendo muy alta, alguien pudiera escucharla–. Roberto está muy preocupado, andan detrás de él, tú sabes, le vendió langostas a un tipo equivocado y lo tienen en la mira.

—Es la historia de todo el mundo… todo el mundo está preocupado, siempre andan buscando a alguien para partirle las patas.

La muchacha se puso muy seria.

—¿Tú no irás a pensar que Roberto o yo tenemos algo que ver con lo que les pasó a Simón y a ti?

—Claro que no –dijo Peter– a mí me echo palante una rusa.

—¿Una rusa?

—Sí, pero es una historia muy larga para contártela.

—Vaya.

Ambos giraron la cabeza al oír unos pasos.

—Ahí está Roberto –dijo la muchacha.

Se escuchó el sonido de una llave en la cerradura y el entrenador abrió la puerta.

Había cambiado muy poco, solo estaba más calvo y más cetrino, la mirada de sus ojos azules seguía igual de acerada, dura.

—Éramos pocos y parió Catana –dijo a manera de saludo– ven, dame un abrazo.

El entrenador le dio los útiles de pescar y dos pescados de mediano tamaño a Carmen, que llevó todo eso hasta la parte de atrás de la casa donde estaba el patio, y abrazó a su ex discípulo.

—Sigues igual de flaco –afirmó.

—Necesito quedarme hoy aquí –dijo Peter.

—¿Problemas en casa? –preguntó el entrenador, pero antes de que Peter contestara, afirmó– está bien, pero me ayudas a limpiar el pescado.

—No hay lío –dijo Peter.

Tan clara la noche

—Sabemos hacia dónde se dirigen –dijo el coronel y señaló un punto en el mapa donde se distinguía un riachuelo que desembocaba en una estrecha lengua de mar– se iban en un barco pesquero en combinación con los tripulantes pero estos ya fueron atrapados, así que están perdidos de antemano. Hubiera sido más fácil, claro, que las tropas especializadas del MININT se encargaran de prepararles una trampa en el mismo barco, pero el general pidió exactamente que ustedes que van para Angola lo hagan y lo prometido es deuda, todo el que atrape a uno de esos animales se llevará de premio una semana de pase, pero aquel que logre capturar a Servando Medina González, alias Resorte, tendrá quince días de asueto, así que adelante.

El coronel los abarcó a los diez con la mirada, luego con un gesto le pidió al capitán de la segunda compañía de paracaidistas buzos que procediera. Este dijo una sola palabra “aborden” y los diez soldados entraron en el helicóptero de combate. Se sentaron en la amplia barriga, cinco a cada lado. Cada uno llevaba su fusil AKM portable, cantimplora y

estrellas de acero arrojables. Sonia, la hija del coronel, piloteaba al MI5, helicóptero ruso de combate. La muchacha accionó uno de los botones y las aspas del aparato empezaron a moverse primero lentas y después más rápido. Minutos después sobrevolaban la llanura matancera. El Pepillo miró por el ojo de buey a sus espaldas como las luces del pueblo de Unión de Reyes se tornaban cada vez más pequeñas. Era el segundo más cerca de la puerta de salida, a su derecha estaba Marcos, un soldado que había sido gimnasta en sus tiempos de civil y a la izquierda, Carlos, el trovador del grupo, un santiaguero grandote, fanático a las artes marciales y de las canciones de Silvio Rodríguez. Al cabo de unos minutos fue posible observar las luces de Cárdenas y Varadero. El helicóptero sobrevoló esas ciudades y se acercó a unos diez kilómetros de la costa, entonces empezó a descender. La noche era clara por lo que era posible ver el chocar de las olas contra los arrecifes. La hija del coronel buscó un sitio lo suficientemente plano, entonces suspendió el helicóptero en el aire y siguió descendiendo.

—¡Desembarco! –gritó el jefe de la compañía cuando ya estaban a dos metros del suelo.

Los soldados se pusieron de pie y uno a uno fueron acercándose a la puerta del helicóptero para después saltar a la hierba. Cuando los diez estuvieron ya en el suelo, el aparato volvió a elevarse. Aún bajo el ensordecedor rugido de las aspas, el jefe de compañía ordenó que formaran, los miró uno a uno y luego dijo:

—Yo no estoy muy de acuerdo con esto, ustedes son muy jóvenes aún, pero donde manda coronel no manda capitán, recuerden que estos tipos son muy peligrosos, les deseo la mejor de la suerte… ¿alguien tiene que decir algo? ¿No? entonces despliéguense y adelante.

La compañía se desplegó por el valle matancero. La separación entre soldados era solo de veinte metros, al principio, pero cuando empezaron a caminar, esa distancia fue ampliándose hasta que el Pepillo dejó primero de ver a los soldados que avanzaban a su derecha y a su izquierda y luego dejó de oírlos. Era como si estuviera solo en la llanura matancera.

Había sitios donde la maleza era más baja, pero en otros había arbustos del tamaño suficiente para esconder a alguien. Cada vez que se acercaba a uno de estos arbustos, el Pepillo disminuía la velocidad de su paso. Cada bulto oscuro se le semejaba a un hombre escondido, esperando por él. El antiguo Pepillo de la división de infantería hubiera deseado de manera ferviente no encontrarse con alguno de los presos, hubiera llegado a rezar incluso, pero este nuevo Pepillo de tropas especiales no estaba muy seguro de no querer atrapar a cualquiera de ellos, no tanto por los días de pase sino porque deseaba que la hija del coronel siguiera mirándolo con simpatía. También estaba seguro de algo, no iba a matar a nadie. Eso no lo haré, pensaba, seré capaz de agarrarlo sin necesidad de disparar.

Claro, pueden matarme a mí, pensó de pronto, pero la noche era tan clara y él se sentía tan pletórico, que alejó esa idea de su mente. Ellos son viejos y yo joven, se decía a sí mismo.

Manchones húmedos

Llevaban por lo menos tres horas corriendo. Hacía mucho que no escuchaba los pasos de Tomás. Ahora solo eran Bijirita y él. Sabía que en algún momento se iba a derrumbar. Se decía a sí mismo, cinco minutos más y me acuesto en la hierba. Odiaba a Bijirita. Ahora comprendía que desde hacía mucho Bijirita tenía pensado lo de la fuga. Por eso realizaba ejercicios físicos contantes en la celda y corría de un lado a otro a la hora del sol, hasta el punto que muchos reclusos lo consideraban loco. Se sintió manipulado. Sintió ansias de volver a atenazarle el flaco cuello con ambas manos y ver cómo se le iba poco a poco el aliento, pero sabía que por mucho que se apurara no iba a alcanzarlo, era como si los arbustos, la hierba, no pudieran demorar los pasos de Bijirita, sin embargo a él cada

zancada le costaba horrores. Tuvo deseos de quitarse las pesadas botas militares, pero sabía que no era una buena idea. En el terreno además de la hierba, abundaba la ortiga, los aromales y otros tipos de arbustos. Ya los bajos de su pantalón estaban rotos y ambos tobillos le sangraban debido a las espinas. En algún recodo había dejado la camisa verde olivo y el sudor le corría ahora por el pantalón formando grandes manchones húmedos.

De pronto dejó de oír los pasos de Bijirita y pensó que acababa de quedarse atrás por completo, así que procuró correr más rápido y entonces por poco chocan. Bijirita sentado entre la hierba lo esperaba.

—Ya estamos cerca –dijo.

—Pinga –dijo él– no podía más.

—¿Ves esa palma? –dijo Bijirita señalando un punto en el terreno– queda en la orilla de un arroyo que nos lleva directico a casa de mi tío, tenemos que cruzar la cerca y luego dejarnos llevar por la corriente... ¿Sabes nadar?

—Claro, soy de Calimete.

—Entonces vamos... ¿Y el Tomás?

—No sé, se quedó atrás.

—¿Qué hacemos? ¿Lo esperamos? –preguntó Bijirita y Resorte se acordó que era el jefe.

—No, vamos –dijo.

Los dos hombres caminaron despacio acercándose a la palma. Al poco, sintieron ladrar de perros y sonido inconfundible de agua. Llegaron junto al árbol. Cruzaron la cerca. Bebieron del arroyo y luego se dejaron arrastrar por la corriente.

Le pidió dinero a la madre, jurándose a sí mismo que era la última vez que lo hacía. Cuando ella, sin preguntarle para qué lo necesitaba fue a la alacena, cojió cien pesos y se los dio, le explicó que iba ir a Matanzas pero no le dijo que era para ver a esa muchacha, Karen, que le había presentado el Peca, tampoco le dijo si iba a volver pronto o se demoraba. Tomó el dinero, lo guardó en el bolsillo y sin dar las gracias, salió.

Había estado lloviendo y Varadero estaba limpio, recién lavado. Caminó hasta la terminal y luego de casi una hora de espera tomó la guagua que iba para Matanzas.

Karen no estaba en los albergues de la facultad de medicina.

—Salió –le dijo una compañera de cuarto.

—Ah, bueno.

—¿Y quién tú eres?

—Dile que Nadie estuvo aquí.

—Gracioso –dijo la chica y lo miró de una manera que él quiso identificar como de odio concentrado.

Ya había visto varios ex condiscípulos de preuniversitario que se empeñaban en saludarlo como si se alegraran de verlo a él, al loco, al irresponsable, al drogadicto. Excondiscípulos que ahora estudiaban medicina y que creían que Alejandro Tejera todavía formaba parte de esa entelequia llamada Servicio Militar Obligatorio.

—¿Desertaste? –le había preguntado uno, Omar alias el Nariz, que en doce grado era el más bruto del aula y que ahora gracias a algún milagro estudiaba medicina y ya parecía un doctor pues en el bolsillo de su bata blanca cargaba dos bolígrafos y una pluma fuente, además había grabado sus iniciales sobre ese bolsillo.

Peter Kiss asintió con la cabeza.

—Me dieron pase por templarme a la madre del coronel.

—Siempre estás de broma –afirmó Omar el Nariz y le palpó condescendiente el hombro– gracias por ayudarme en las pruebas broder, si te hace falta algo, ya sabes, estoy en el cuarto cinco del albergue “A”,

tengo de todo menos marihuana.

—No problems, ahora estoy con la coca, no me vayas a echar pa lante.

—Tú no cambias, ja, ja, ja –dijo el otro.

Peter Kiss siguió caminando.

No debía haber ido hasta la facultad. Eso estaba claro. ¿Qué hacía él detrás de una muchacha acabada de conocer? ¿Qué tenía que ofrecerle? ¿Qué podía decirle?

Hola me llamo Peter Kiss y estoy loco, mucho gusto, ¿te acuerdas que nos conocimos en el Castillito con el Peca que ahora está desaparecido? ¿No pensarás que yo lo maté, verdad, no serás tan malita? ¿verdad que no?

Llegó hasta la amplia puerta enrejada que permitía la entrada y la salida a los estudiantes de la facultad de medicina. El custodio que antes lo había dejado pasar confundiéndolo con algún estudiante, le preguntó ahora:

—¿Adónde vas, chavo, no tienes clase?

—No –dijo él– estoy de licencia médica.

—Siempre están inventando –dijo el custodio pero no le pidió el certificado médico.

Fue hasta la biblioteca provincial y en la sala de literatura revisó los estantes hasta encontrar Rayuela de Julio Cortázar. Se sentó en una de las mesas vacías. Empezó a leer. Ya llevaba un rato cuando alguien se sentó a su lado sin decir nada. Alzó los ojos y era ella.

Vestía el uniforme azul de los estudiantes de medicina, llevaba los brazos cargados de libros y tenía un peinado hacia atrás que no la favorecía. Peter Kiss la encontró ojerosa, casi fea, pero era ella.

—Hola.

—Tú aquí –dijo Karen y su cara se animó en un intento de sonrisa.

Podría haber dicho vine a verte, podría haber dicho desde que nos vimos no hago más que pensar en ti, pero no lo hizo y no solo porque tenía mucho de exageración, sino porque le pareció vano. Pensó que la vida de la muchacha no era fácil, que ella no estaba para romances, que

estaba muy ocupada y que seguro estaba obligada a aprobar un montón de exámenes. El dios de las cosas sin sentido, le susurraba: déjala ir, no tienes nada que ofrecerle. Nada.

—¿Qué lees? –preguntó ella y luego– ¿Puedo?

Peter Kiss le ofreció el libro y ella lo ojeó despacio. Pensó que Karen iba a decir ojalá tuviera tiempo para leer, pero no lo hizo. Dijo que la novela parecía buena y que ya le habían hablado de Cortázar y los cronopios.

Peter Kiss se fijó en sus ojos que no eran negros como había pensado al principio, sino de un dorado muy oscuro, y le pareció que Karen era como él, alguien en busca de algo que no entendía del todo.

—Háblame de ti –dijo ella.

—Me gusta el rock.

—Eso ya lo sé, háblame de ti.

¿Qué podía decir? No quería mentirle, pero no se animaba a contarle de sembrados de marihuana y de meses fingiéndose orate, era mejor guardar silencio sobre esas cosas, entonces le habló del poeta, de sus tiempos en Miramar y de la primera vez que nadando en Camarioca vio a un tiburón dama extender su inmensidad bajo él.

Un león rojo

El padre del Pepillo conoció a Clarice cuando ya llevaba seis meses en Atlanta, en uno de eso grandes supermercados en los que se podía comprar de todo. Clarice arrastraba un carrito lleno de víveres e intentaba leer a la vez, mientras esperaba su turno para pagar las cuentas. El padre del Pepillo se colocó tras ella sin decir nada. Recién llegado solía preguntar como en Cuba: ¿el último?, y las personas lo miraban como si tuviera problemas psiquiátricos, ahora se limitaba a

colocarse en la cola sin decir nada y para más seguridad ponía cara de apurado, de pocos amigos. Se fijó en el libro que leía la mujer. Se llamaba Nada menos que todo un hombre y lo había escrito un tal Tom Wolfe. En la portada aparecía la foto de uno de esos americanos altos y de contextura atlética. Clarice se dio de vuelta de pronto, pero en vez de ofenderse porque él atisbara lo que leía, lo saludó con un hola y le preguntó si le gustaba leer. El inglés del padre del Pepillo era bastante bueno, pero ella al momento adivinó que era inmigrante.

—Tampoco soy de aquí, soy inglesa, vine hace diez años.

—Interesante –dijo el padre del Pepillo.

Se sentía algo intimidado. Desde que llegó de Cuba no sostenía una conversación en la calle, que pasara de "excuse me" u otras frases de pura cortesía. Esta mujer en cambio parecía amistosa, llena de palabras que pugnaban por salir de su boca.

—Me llamo Clarice –siguió la mujer y le extendió una mano que cuando el padre del Pepillo la apretó, la sintió fuerte y seca, pujanza que contrastaba con la delgadez, casi extrema.

—¿Le cuenta usted todo esto a cualquier desconocido? –preguntó el padre del Pepillo.

—Usted me inspira confianza, tiene un no sé qué y déjeme decirle, yo trabajo en relaciones públicas, mire mi tarjeta.

Había cerrado el libro y lo había colocado sobre los víveres para estar más cómoda al hablar. Abrió ahora una cartera de piel. Extrajo una tarjeta. El padre del Pepillo la tomó en sus manos. Clarice Anderson pertenecía a la nómina del alcalde Andrew Young.

—Me gusta su traje –siguió la mujer.

—Gracias –dijo el padre del Pepillo.

Era el único trajeado en ese supermercado. Lo había comprado en una tienda de saldos y aunque estaba algo pasado de moda, era elegante y bien cortado. Solía ponérselo para ir al instituto donde impartía clases.

—¿Y usted? –siguió indagando la mujer y el padre del Pepillo se sintió obligado a decir que era cubano, que trabajaba de maestro, había

estudiado en Moscú y Praga, y antes de emigrar se había desempeñado como profesor universitario.

—Vaya, un hombre muy preparado, estamos buscando personas como usted, queremos llegar a la comunidad latina, hay mucho potencial en ella –dijo la mujer con una leve sonrisa.

—No me interesa –dijo el padre del Pepillo– vine de Cuba sobre todo huyéndole a la política.

—¿Es usted un marielito?... disculpe la palabra, pero es así como les dicen.

—Está bien, es verdad, vine por el Mariel, pero no todos somos iguales.

—Lo sé... ¿dicen que los golpearon cuando salían de allá?

—Algo así –dijo el padre del Pepillo– pero no quiero hablar de eso.

Pagaron la cuenta. Salieron. Él, que solo había comprado un poco de carne y leche, llevó el carrito de supermercado con los víveres de ella, hasta el parqueo donde estaba el automóvil y luego la ayudó a montar las cosas en el maletero de la camioneta Ford.

—Gracias –dijo ella con una sonrisa– quédese con el libro, solo lo estaba releyendo, es mi preferido de ese autor, luego que lo lea me llama y nos ponemos de acuerdo para reencontrarnos.

Él sospechaba que era una treta, pero aceptó el libro. Se preguntaba a sí mismo qué había visto en él esa mujer y qué deseaba. No parecía ser sexo. De ella se desprendía un algo asexual por completo, además aunque era de edad indefinible, parecía rebasar los setenta años.

Le gustó el libro. Trataba de la necesidad de arriesgarse a pesar de la edad y el padre del Pepillo coincidió con muchas tesis que planteaba la novela. Sí, todos tenemos un león rojo dentro de nosotros, pensó el padre del Pepillo, pero el mío está dormido desde que llegó aquí, tengo que despertarlo para ayudar a los míos. Sabía que su hijo no había podido ingresar en la universidad y que había sido movilizado por las fuerzas armadas y que su esposa había empezado a salir con otro hombre, pero eso no importaba, ella era joven y tenía todo el derecho a rehacer su vida,

aunque era una lástima en el fondo, a él le hubiera gustado traerla. Ella, que amaba a la sociedad de consumo, no quiso irse, por sus padres muy viejos y él que se consideraba un marxista integral, ahora estaba en Atlanta, alquilado en un apartamento barato con un acondicionador de aire ruidoso y un viejo televisor Sony que empleaba sobre todo para mejorar su inglés.

Hacía tiempo que además de los manuales con que les impartía clases a sus alumnos, solo leía periódicos, New York Time, Washington Post, The Atlanta Journal. Ahora acababa de leer algo que lo inspiraba. Llamó a la tal Clarice. Se vieron en un café del centro. Le devolvió el libro y a continuación luego de elogiar la calidad de la obra, le preguntó sin ambages qué tenía que ofrecerle. Ella disertó sobre el partido demócrata y le preguntó si era bueno hablando en público.

—Esa fue mi ocupación durante mucho tiempo –dijo él– pero quiero hacer algo por Cuba.

—¿Algo como qué? –preguntó ella y bebió un poco más de café.

—Algo por la democracia, a mí me cayeron a palos y eso no se olvida.

—Ya veremos –dijo Clarice con una sonrisa– demuéstreme en la práctica lo que puede hacer por nosotros y yo prometo ayudarlo… empecemos hoy mismo.

Montaron en el automóvil y fueron a los suburbios de la ciudad. Allí, en un viejo galpón, utilizado como local de fiestas y convenciones, se celebraba una reunión de las bases del partido demócrata. La mayoría de los asistentes eran de origen latino. Mexicanos, sobre todo pero también había salvadoreños y nicaragüenses.

Clarice lo presentó en un español bastante bueno.

—Esté es Ricardo Suarez, vino de Cuba hace un tiempo y es un profesor universitario y un luchador por la democracia.

Luego le entregó el micrófono.

Empezaba septiembre. En Atlanta la temperatura seguía siendo tórrida, pero era un calor seco que no se sufría tanto. El padre del Pepillo miró las caras expectantes de los presentes, todos, hombres y mujeres

vestidos con ropa humilde de trabajo, los únicos trajeados eran Clarice y él y eso le dio confianza.

Hacía tiempo que no empleaba el español, así que cuando empezó a hablar fue como entrar en las aguas de un río transparente. Siempre había sido muy buen orador. Dijo casi lo mismo que solía soltar en las reuniones del partido y del CDR, solo sustituyó socialismo por democracia y claro, no le dio vivas a Fidel, ni a Raúl, ni concluyó con el "patria o muerte, venceremos". Al final todos aplaudieron porque su discurso se basó en la necesidad de mejores condiciones de vida para los más necesitados y empleó metáforas que parecían sacadas de la Biblia.

Cuando acabó, muchos de los presentes quisieron darle la mano.

—Muy bien –dijo Clarice– me sorprendió.

Lo llevó a conocer a Andrew Young. A los dos años y medio de llegar a los EE.UU. era ciudadano del país y aspirante a concejal.

Funcionaba. Hablaba de cambiar las cosas, de contribuir a relanzar el sueño americano. Al final del discurso para enfatizar que no era comunista contaba cómo había salido de Cuba y como lo habían hostigado a piedras, a huevos y a trompadas y la gente se emocionaba, llegaba hasta soltar lágrimas.

Ese día que le dieron el título de ciudadanía se dijo a sí mismo que ahora nadie le volvería a tirar huevos.

Ni Pink Floyd

Lo volvió a ver. El hombre venía corriendo hacia él de nuevo, desnudo de la cintura para arriba y con la bayoneta en la mano, grande como una montaña, pero esta vez él no disparaba, esta vez él no cargaba sobre su conciencia el peso de la muerte de un hombre que no conocía de nada, que solo era alguien que pugnaba por llegar a ese Norte donde deseaban

irse tantos. En su sueño, se tiraba al suelo hasta tornarse uno con el polvo y la hierba y cuando Resorte chorreando aguas salía del rio, él le permitía seguir su camino hacia la libertad o hacia la boca de los tiburones del Estrecho de Florida. Él veía su espalda desnuda alejándose, librándolo para siempre de la necesidad de apretar el disparador de su AKM plegable y descargarle una corta ráfaga en el pecho y luego verlo empezar a deslizarse despacio, aún con la mano en alto, aún con la bayoneta en alto, dejándose caer, para luego retorcerse en la hierba y quedar congelado en un espasmo que al Pepillo se le tornó eterno, que le provocó pavor, hasta que ese pánico fue sustituido por la certidumbre pesada como una piedra en el estómago: tengo un muerto en mi conciencia, cojones, y nada, ni Pink Floyd acudiendo a su mente como música de fondo podían salvarlo de ese convencimiento.

Acabo de matar a un tipo pensó el Pepillo con la AKM aun humeante en las manos.

A Bijirita lo atraparon vivo.

—¡No disparen, me rindo! –gritó cuando oyó los estampidos y Francisco y Gerardo, dos paracaidistas, lo esposaron sin necesidad de disparar una bala. La semana de vacaciones les había salido barata. A él no. Él tuvo que matar a este. Siempre tuvo mala suerte y ahora tenía un muerto en la conciencia. Tendría que vivir con ese muerto, iría para Cienfuegos, besaría a su madre con un muerto en la conciencia, se encontraría con los socios con un muerto en la conciencia, andaría por el malecón con un muerto en la conciencia, besaría a sus novias con un muerto en la conciencia, nadaría en el mar de Cienfuegos con un muerto en la conciencia, oiría a Nirvana con un muerto en la conciencia, correría un maratón con un muerto en la conciencia, leería los libros que le gustaban con un muerto en la conciencia. Ya nunca más sería igual para él, el sol no podría salir sin que él no pensara en la cara adusta del hombre muerto y su brazo levantado con una patética bayoneta. Odió al jefe de compañía cuando llegó y lo abrazó y le dijo que era un héroe, que el coronel se pondría muy contento cuando supiera el resultado de la

misión. Él no hubiera querido seguir mirando, pero no podía apartar la vista: estaba muerto. Muerto, esa era la palabra que definía al hombre desnudo de la cintura para arriba y con unos pantalones verde olivo que le quedaban cortos, y la muerte parecía algo muy largo, tanto que no cabía en sus tretas mentales de soldado veterano. La muerte tenía algo imposible de soslayar, irreparable. La muerte era algo que no se dejaba contar ni a los socios, ni mucho menos a las muchachas psicodélicas. El hombre lo había sorprendido, había salido del agua cuando no lo esperaba y fue apenas un deslizar el dedo sudado sobre el disparador del bien engrasado fusil y la ráfaga había salido de un golpe como si la misma arma estuviera apurada, lista para echarle a perder la vida.

—Toma, guárdatela –le dijo el jefe de compañía extendiéndole la bayoneta del muerto– es para ti, te la ganaste.

El Pepillo tomó esa arma blanca sin dejar de mirar el cadáver. El jefe de la compañía también lo miraba. Se acercó y con el pie calzado con botas de paracaidista, palpó uno de los brazos del caído.

—Menos mal que actuaste rápido, hace dos de ti, si te llega a agarrar te hace añicos.

Los otros soldados empezaron a llegar. Un sargento mayor dijo que los otros dos delincuentes estaban tan acobardados que fue fácil agarrarlos. Uno ni siquiera llegó a meterse en el río. Lo encontraron en la llanura con las manos en alto. El otro, el tal Bijirita, estuvo a punto de alcanzar al barco. Pero cuando oyó los disparos se puso a gritar que se rendía. Eran idiotas esos dos presidarios, ¿acaso ignoraban que los iban a fusilar? Este otro había sido inteligente. Se había hecho matar, concluyó el sargento, mirando de soslayo al Pepillo.

Ahora está echado en la litera pensando esas cosas. Dentro de tres días, le avisó el capitán, vendrá el ministro de la FAR a otorgarles las medallas de servicio distinguido a todos los que participaron en la misión pero a él además le regalarán un cuadro con la imagen del yate Granma firmado por el mismísimo comandante en jefe.

—Hoy es el día más feliz en la vida de un revolucionario –le dijo el

coronel cuando descendieron del helicóptero.

Sonia, cuando salió de su sitio en la cabina, desde la que piloteaba el helicóptero, le guiñó un ojo para luego susurrarle un después hablamos que en otro momento le hubiera sabido a gloria, pero no se sentía bien, no estaba para Sonia, le parecía una mujer ajena, de una belleza indiferente, tanto que no se atrevió a acercarse y decirle Sonia maté a un hombre y que ella tal vez lo comprendiera y lo abrazara. Sobre todo no estaba para condecoraciones. No lo estaba, y tenía que decirles esto otro, tenía que hacer que lo supieran, aunque lo colocaran en esa terrible lista de los "rajados", de los que no saben aprovechar la oportunidad que les brinda la revolución. Tenía que decirles que no se sentía preparado para matar a otra persona más y luego tener que mirarle los ojos. Tenía que decirles que no iba. Decírselo al coronel delante incluso de su bella hija y que ella también pensara que era un cobarde.

No voy a Angola, tenía que decirles.

Desde la litera oía a los otros soldados hablar y reír despreocupados. Él ya no reiría más así, él ya no era joven a pesar de sus dieciocho años recién cumplidos. Él había matado a un hombre y tendría que cargar con la culpa por los años presentes y venideros.

Terrible, pensó.

Para el mal

—Síngame.

Ella empleó esa palabra para que supiera lo que deseaba exactamente, luego se quitó la falda y volvió a repetir:

—Síngame.

—No lo haré –dijo él aunque tenía los ojos tan abiertos que parecía que iban a escapar de las orbitas y rodar hasta los pies de ella.

—Si no lo haces –dijo ella– salgó por esa puerta y no me ves más la cara, dices que somos uno del otro pero tienes miedo de comprometerte.

—No es eso –dijo él– es que eres tan joven.

—Demasiado joven para singar, pero no para robar y andar por ahí asustando a la gente pistola en mano, ¿no te parece que es muy raro lo que dices?

—Tal vez, no sé.

—Dale.

Crazy Horse se quitó la blusa.

Él empezó a morderle el cuello y a susurrarle puta. No era así, como ella se había imaginado que ocurriría su primera vez y menos que ocurriera con un ladrón y asaltante a mano armada, persona desde todos los puntos de vista poco recomendable, pero sintió deseos de llorar, no de felicidad, pero sí de algo parecido. A esas alturas de su vida, dieciséis años, ya ella tenía un pasado atrás. Ya de cierta forma era más vieja de lo que su abuela lo sería nunca. Ya le había apuntado a un hombre con una pistola en la cara y le había dicho que si no hacía lo que quería le iba a disparar entre los ojos. Así de cruel había sido ella, de nada habían valido clases de arte, literatura y música. Ella había nacido para esto. Para el mal, se atrevió a susurrarse a sí misma cuando su vagina ya empezaba a segregar humedad y era que Mauricio le besaba ahora los senos.

—¿Te gusta? –pregunto él– si quieres me detengo.

—Sigue.

Él le puso el dedo en el ombligo, con delicadeza como si ese ombligo fuera algo sagrado, divino. Ella tuvo deseos de recordarle que lo andaban buscando para matarlo y que quizás ese fuera su último momento antes de irse y entonces que se apurara, pero no lo hizo. Tuvo la sensación de que ese que la tocaba era un cadáver viviente, y vio la bala entrando en el cráneo de Mauricio como había visto también aquel día en la playa a la muerte en forma de lagarto rondando a sus padres, aquella mañana anterior a la tarde en que el auto que manejaba su madre volcara y todos murieran menos ella, Moraima Montebravo y Koser.

Ahora Mauricio puso las manos de él en torno a la cintura de ella y dijo que era estrecha, que tenía cinturita de avispa.

—¿No puedes ser más original? –preguntó ella– está bien que me llames puta, pero ¿cinturita de avispa? Es como si estuviera con mi novio en el country club.

—¿Seguro que eres virgen? –preguntó él.

Y así era todo, nadie quería aceptar la fuerza, la pujanza de la verdad, necesitaban atenuantes, necesitaban adornos, pero para ella todos los adornos desaparecieron cuando había estado sola bajo las llamas en el auto, viendo los ojos abiertos de su mamá, la cara ensangrentada de su hermano y la boca torcida del padre.

—¿Puedo quitarte el blúmer? –preguntó Mauricio.

—Sí, claro.

Él tenía ya la mano en el borde superior de la prenda de ropa interior, pero al oír la frase dejó de tocarla.

—Si no quieres, no –dijo.

—Claro que quiero –dijo ella– quiero singar y sé que me va a gustar porque ya estoy muy húmeda... así que adelante mulato, con los tambores.

—No soy mulato –dijo Mauricio– soy un príncipe hindú.

—Lo que sea –dijo ella.

—Eres muy poco romántica –dijo él, dejó de tocarla y se sentó en la cama, en uno de los pocos sitios que no estaban cubiertos de fajos de billetes. La ametralladora Thompson y las cuarenta y cinco también estaban sobre esa cama.

—Tienes razón –dijo ella– soy extraña –se acercó al hombre y lo besó primero en el cuello, luego en los labios. Le abrió la portañuela, metió la mano en el pantalón y le acarició el pene.

—No me van a matar –dijo él– ya los rebeldes están llegando a La Habana.

Ella no dijo nada. No dijo que había visto en sueños la bala que le atraviesa el cráneo saliendo del ánima del fusil. No le habló de la tienda El Encanto. Se limitó a estarse muy quieta, cerca de él hasta que el pene

de Mauricio en sus manos volvió a ponerse duro.

Ninguno aquí tiene algo que ver conmigo

La comitiva de jeeps militares llegó a la Unidad el jueves veinticinco, a las dos de la tarde. Los soldados de guardia, vestidos todos con uniformes nuevos de camuflaje, abrieron la amplia y enrejada puerta para que los tres vehículos entraran sin detenerse hasta el polígono de entrenamiento, muy cerca del teatro. Sitio donde ya estaba formado el regimiento. Todos, oficiales, clases y soldados vestían uniformes nuevos de camuflaje. Del primero y del tercero de estos jeeps se bajaron escoltas y oficiales de alta graduación. Después, del segundo vehículo descendió con parsimonia un individuo de baja estatura, delgado y de gesto enérgico.

—¡Firmes! –ordenó el coronel y el regimiento de tropas especiales adoptó al unísono la posición de atención. Raúl Castro se alisó con ambas manos la chaqueta militar, algo estrujada, y caminó varios pasos hasta detenerse frente al coronel, jefe de regimiento. Los acompañantes, tres generales y seis escoltas se pararon un paso detrás de él. Todos se llevaron la mano derecha al borde de la gorra, ejecutando el saludo militar cubano.

A esa hora, tres de la tarde, la resolana estaba en su apogeo. Apenas se podía tener los ojos abiertos por el brillo del recalentado piso de hormigón armado.

—Compañero general de ejército y ministro de la FAR, Raúl Castro, el regimiento 2259 de destino especial, lo saluda –gritó el coronel Abelardo Isidrón. El ministro lo miró a los ojos durante unos segundos más, luego bajó el brazo.

—Descansen –dijo en voz baja.

—¡Regimiento en su lugar, descansen! –gritó el coronel y el regimiento se distendió en el tenso descanso militar.

Luego Raúl Castro le extendió la mano al coronel con una sonrisa.

Pasaron al teatro. Primero los soldados y los oficiales de menor graduación que se pararon delante de las butacas, de frente al escenario. Luego, los oficiales miembros de la plana mayor del regimiento y los tres generales que acompañaban al ministro se pararon delante de las sillas, dispuestas en la tribuna, de frente a soldados y oficiales subalternos. Raúl Castro, seguido por los guardaespaldas, fue el último de los altos oficiales en entrar. Se paró delante de la silla de alto respaldo, colocada para él, justo detrás del centro de la mesa cargada de micrófonos. Detrás de esa tribuna, con astas terminadas en punta de flecha, situadas alrededor de un cuadro desde el cual un juvenil Fidel Castro sonreía, estaban las banderas de Cuba, del 26 de julio y del regimiento.

—¡Firmes! –gritó alguien y el regimiento en pleno volvió a contener la respiración y a sacar el pecho. Luego, por los audífonos situados en las paredes laterales del teatro, se escucharon las notas del himno nacional. Cuando concluyó, Raúl Castro fue el primero en acomodarse en la silla.

—Tomen asiento –ordenó después con voz displicente y todos los presentes se sentaron.

A su izquierda estaba el coronel y a su derecha el jefe del ejército central. Al Pepillo y a los otros nueve soldados elegidos para ser condecorados, les habían indicado, en el ensayo general realizado la tarde anterior, que se situaran en la primera fila de butacas, así que les era posible distinguir con claridad el rostro adusto del ministro, las mejillas bien afeitadas, el diminuto bigote y los ojos marrones.

Aún el Pepillo no había dicho nada, por eso iba a ser condecorado, por eso el general de ejército y ministro de las FAR iba a colocarle una medalla en el pecho y le iba a palmear la espalda, mirándolo con la satisfacción con que se mira a un perro bien entrenado. No debería estar ahí. Debía haberles dicho. Debía haber llamado al jefe de compañía y haberle pedido que lo trasladaran de Unidad, que no iba para Angola,

que no estaba dispuesto a matar a nadie más, pero no lo había hecho. Se había callado y ahora estaba en el teatro esperando que el ministro de las FAR le pusiera una condecoración en el pecho para que después los periodistas de Verde Olivo, la revista militar, lo entrevistaran.

Sonia también se encontraba en el teatro, dos filas detrás de él, junto a varios jóvenes oficiales. Él seguía sintiéndola ajena, distante, como si la joven y él caminaran por dos universos distintos. No tenía nada que ver con ella. Ninguno aquí tiene algo que ver conmigo, pensó y vio como el rostro de Fidel, en el cuadro de la tribuna, se transformaba, se alargaba, la barba desaparecía y era sustituida por una pelusilla rubia y los ojos eran ahora de un azul descolorido. El retrato lo miraba a los ojos y al Pepillo le parecía que iba a surgirle de pronto una mano derecha con una bayoneta e iba volver a gritar y que él tendría que ir al cuarto de armamentos, buscar su AKM plegable y volver a dispararle, volverlo a sentir caer, convertido en nada, en parte de la tierra y la hierba.

El ministro rompió a hablar de pronto, tenía una voz nasal y sonora, cargada de entonaciones guajiras, dijo que estaba orgulloso de esta Unidad que era como la joyita del ejército Central y que esperaba que allá, en tierras africanas, supieran estar a la altura de su reputación.

—Lo espero fervientemente –dijo– no me hagan quedar mal, no quiero enterarme que luego salieron corriendo porque apareció un leoncito o un bufalito.

A todos en el teatro la broma les pareció muy graciosa y sonrieron.

—Vamos a apurarnos –dijo luego el general de ejército– que hay mucho que hacer, así que adelante.

Se puso de pie y todos en el teatro se pararon también. A un gesto de un oficial, de detrás de las bambalinas, aparecieron dos muchachas vestidas de verde, una de ellas llevando un cuadro de marco negro que representaba la imagen del yate Granma. La otra muchacha sostenía a la altura de sus senos un almohadón de terciopelo rojo brillante. Sobre ese cojín estaban las condecoraciones. Un oficial de ceremonia tomó un micrófono en las manos y mencionó un nombre:

—Soldado de primera Arquímedes Salgado.

—Ordene –dijo el soldado Arquímedes, tal como le habían ordenado y saliendo de la hilera de butacas se dirigió al estrado. El ministro agarró una de las condecoraciones situadas en el almohadón y la puso en el pecho de Arquímedes que luego ejecutó el saludo militar y a paso de marcha regresó a su puesto delante de la butaca.

—Soldado de primera Abelardo García.

—Ordene.

Al Pepillo lo llamaron de último.

—Sargento Ismael Suárez –dijo el oficial de ceremonia, un mulato de treinta y pico de años y fino bigote, mirándolo con severidad.

—Ordene –gritó el Pepillo y avanzó hasta situarse frente a la tribuna y subir los tres escalones que lo separaban del ministro de las FAR.

—Felicidades, sargento –dijo Raúl Castro y el Pepillo comprendió que el oficial de ceremonia no se había equivocado, lo habían ascendido a sargento. El general de ejército olía a agua de lavanda, sus manos parecían más viejas que su rostro adusto y su pelo era castaño oscuro. De todo eso se percató el Pepillo mientras el ministro colocaba la orden "al servicio distinguido" en su pecho, luego le dio la mano y los otros generales presentes también le dieron la mano y palmearon sus hombros y el coronel, jefe de regimiento, le sonrió muy orgulloso de él y al final la muchacha vestida con el uniforme de "Camilito" puso en sus manos el enorme cuadro del yate Granma que resultó ser más ligero de lo que había pensado.

Menfis, Tennessee

Desde la muerte de sus padres, nunca había estado tan cerca de alguien y sentía el corazón de Mauricio palpitar y eso era el amor, al

menos en su vertiente sexual, acabar desnudos en el mismo lecho y sentir el corazón del otro en la cara, aunque a ese otro le quedara muy poco, tan poco que era casi un muerto viviente y lo peor es que ella no podía hacer nada en lo absoluto, no podía salvarlo, solo decirle cuídate Mauricio y desear estar equivocada.

La mayor parte del dinero del atraco ya no estaba en la cama, sino que los fajos de a cien pesos y los estrujados dólares estaban ahora desperdigados en el brillante piso de losa. Crazy Horse sentía el frío costado de la ametralladora Thompson en la cadera desnuda. Hacía rato que había amanecido y la luz del sol y el sonido de La Habana Vieja entraban a la habitación, situada en el décimo piso del Ambassador, un hotel inaugurado en tiempos del art decó; un sonido compuesto en desigual proporción por cláxones de autos, gritos de pregoneros de periódicos, vendedores de viandas, maní, lotería y música de radio. Ese treinta de diciembre de 1958 Mauricio cumplía veinticuatro años y por eso y porque acababan de tener sexo por primera vez, él quiso hablarle de su familia, quiso contarle que en realidad no era un príncipe hindú sino que había nacido en Oriente, como Batista, en una ciudad llamada Gibara. Empezaba a adoptar una actitud ceremoniosa para contarle, pero ella le dijo que no, que prefería que le hablara del futuro, de París y esos Campos Elíseos por los que pasearían juntos, para luego amanecer en Egipto y ver las pirámides, ambos cabalgando camellos y con las caras cubiertas como beduinos.

—Y no vamos a robar nunca más –dijo él pero ella no estuvo de acuerdo, dijo que volvería a Cuba, a robarse el diamante del Capitolio y luego se irían a bailar rocanrol a Menfis.

—A Menfis, Tennessee yo no voy, allí no quieren a los negros –dijo Mauricio– allí no podré abrazarte.

Dentro de tres días no vas a poder abrazar a nadie, no pudo evitar pensar Crazy Horse, porque estarás muerto, pero sonrió tratando de escapar a la amargura, tratando de disimularla con un torrente de palabras y un vamos a bailar ahora mismo, pongamos el tocadiscos y

bailemos.

—No... quiero que sigamos así, abrazados –dijo Mauricio.

Él lo sabe, pensó ella, sabe que van a matarlo.

Un extraño pájaro de ala azul

A las siete de la tarde se bajó del tren. Estaba lloviendo en Cienfuegos. Hace una semanas, entrar a su ciudad vistiendo el uniforme de camuflaje, lo hubiera hecho sentir muy orgulloso. Ahora le parecía repulsivo caminar bajo la pertinaz llovizna con ese ropaje de camaleón y esas relucientes botas de paracaidista. Se detuvo en la parada de la ruta seis. La guagua pasó a los casi treinta minutos de espera. Montó después de las tres personas que también esperaban. Depositó en la alcancía, situada al lado del chofer, los veinte centavos que costaba el pasaje. No se sentó, aunque había lugares vacíos. Los pasajeros lo miraban. Observó a su ciudad, chata y de edificios neoclásicos. Cuando, luego de cruzar el centro, la guagua se detuvo en la parada del reparto de Pastorita ya eran las siete y había escampado. Se bajó, pasó junto al matadero, lugar donde siendo un niño se había dedicado con otros muchachos a hostigar a las vacas, sin detenerse a pensar que estaban en esos corrales esperando la muerte. Ese recuerdo pasó fugaz por su cabeza, luego vio el policlínico donde lo habían inyectado tantas veces y donde por primera vez tuvo sexo con Carmen sobre una camilla tan estrecha que apenas cabían los dos. Carmen que ahora estaría con algún roquero que aprobaría sus poemas sicodélicos y sin sentido. Carmen que lo habría olvidado por no tener el valor de fingirse homosexual como ella le pidió y así quedar exento de ingresar en el servicio militar obligatorio.

—Te pones un blúmer y cuando te quites el pantalón y te lo vean –le aconsejó ella– ni siquiera te preguntaran si eres maricón, te dan la baja

enseguida.

—Sí, pero me lo ponen en el expediente y adiós universidad –dijo él.

—Vaya, el estudiante –dijo ella.

No hablaron más del tema, pero la noche anterior del día que se iba para la Unidad, ella no fue a despedirlo y él tuvo que soportar a los socios que se emborracharon y pusieron diez veces la misma canción de Nirvana y le mojaron su mejor pulóver con las lágrimas y con la salsa de los espaguetis que su madre había preparado. Su madre, que esa noche también lo abrazó, y le dijo con lágrimas en los ojos está muy bien, en el ejército te harás hombre. Él había organizado esa fiesta solo para poder despedirse de Carmen y acostarse con ella en su propia cama, pues su mamá lo había autorizado al fin. A las tres de la mañana, algo borracho de tanto vodka búlgaro y güisqui rumano, empezó a mandar a todo el mundo para la pinga pues necesitaba quedarse solo, ya estaba cansado de infelices, de estúpidos cabezas de madera. Lo dijo con lágrimas en los ojos, tres años de servicio se le antojaba un tiempo tan largo, tan imposible de cruzar. Voy a cumplir veinte años comiendo mierda y rompiendo zapatos, pensaba él en ese entonces y ahora, dos años después, camino a casa, lleva la condecoración en la mochila y el cuadro del yate Granma bajo el brazo. El cristal y el marco de madera ya están húmedos por la llovizna y él no sabe cómo esconder ese cuadro de los muchachos que se criaron con él, lo conocen desde siempre, y lo tienen como un experto en artes marciales. Por algo estás en tropas especiales, ¿no? afirman cuando él niega con la cabeza y asegura que no es para tanto, me enseñaron defensa personal y nada más. Ahora, varios que juegan fútbol con una pelota de voleibol, ya en la esquina del edificio donde está situado el apartamento donde vive, se le acercan en tropel. Tienen dos o tres años menos y lo miran como a todo un hombre. Son cinco y Fermín, que cursa el décimo grado en el mismo preuniversitario urbano donde él estudió, toca casi reverente el marco del cuadro.

—Déjanos echarle una mirada de cerca, herma, porfa –dice.

—Asere, ¿ustedes nunca han visto el Granma? –dice él pero les da el

cuadro a los muchachos que contemplan la realista representación del yate, ejecutada por un artista de firma irreconocible, y admiran sobre todo la dedicatoria "A Ismael Suárez" rubricada por ese nombre que venían escuchando desde muy pequeños: Fidel Castro.

—Brother, para que le dieran esto, usted tuvo que comerse un tanque de guerra, ¿verdad? –afirma Pancho, otro de los muchachos, pequeño para sus catorce años recién cumplidos.

—Tú no lo sabes bien –dijo él acordándose de la cara pálida del muerto y tuvo deseos de regalarles el cuadro y aconsejarles que lo utilizaran como mejor desearan, lo mismo para ir a la playa y flotar o para cogerlo de mesa y jugar dominó sobre el cristal, lo que fuera. Pero no dijo eso. Recogió su cuadro. Se despidió de los adolescentes. Subió las escaleras y tocó en la puerta de su casa.

Una tarde en que después de correr, ambos se habían sentado en la hierba que circundaba a la pista de atletismo, Peter Kiss le había hablado de un poema compuesto por su padre. No se acordaba de los versos, pero sí del título: "Un extraño pájaro de ala azul" y de que esa ave, de la que hablaba el poema, era Cuba. En ese momento le había parecido que el padre de Peter Kiss era un sentimental. Pero ahora, frente a la puerta de su casa, oyendo el sonido de las chancletas de su madre acercándose, se acordó de esos versos. Es así, pensó, Cuba es un extraño pájaro con un ala azul y nosotros somos las plumas, todos nosotros, los que van a Angola y los que no, los que aman el rock y los que lo desprecian, los vivos y los muertos, mi madre que permanece en Cuba para cuidar a mis abuelos, mi papá, allá en Atlanta, donde el diablo dio las tres voces, y los otros, los jefes y los soldados, las camareras y los estudiantes de preuniversitario y los guajiros y los bobos y hasta los mismos Fidel y Raúl Castro y aquellos que asaltaron el Moncada y los que venden helado con un carrito que suelta una música que te taladra los oídos y los maestros que te hablan de la historia de Cuba y te secan los oídos con tanto Martí y Fidel y los jugadores de dominó a las nueve de la noche y los miembros del CDR y los vendedores de maní y el chofer del ómnibus y todos los

demás y así es todo y estaba cansándose de ser solo una pluma, estaba hasta los mismos sesos, pero no podía hacer otra cosa, no había escape, ni el más mínimo escape, ni un resquicio por el cual salirse de su condición de mero plumón situado muy cerca del culo del pájaro.

—Estás más delgado –dijo la madre cuando le abrió la puerta– y tienes algo raro, no sé lo que es, pero se te nota y ¿qué es eso que llevas en las manos? ¿Ah, un barquito para que te vayas con tu papá al norte? ¿Ah no…? Sí es el yate Granma… ven dame un abrazo.

La madre lo abrazó y él no le dijo que había matado a un hombre. Puso sus cosas en el cuarto, bebió el vaso de jugo de naranja que ella le sirvió del refrigerador, y no le dijo que había matado a un hombre, fue a bañarse y no le dijo que había matado a un hombre. Cuando salió del baño en short, pulóver y chancletas, no le dijo que había matado a un hombre. Ella le contó que había hablado con su padre por teléfono y que el muy cabrón estaba ahora en la política y él no le dijo que había matado a un hombre. Se asomó al balcón y miró afuera a la tarde cayendo sobre el mar cienfueguero y no le dijo que había matado a un hombre.

—No voy, mamá –dijo.

—¿No vas a dónde? –preguntó la madre y luego comprendió– ¿A Angola?, qué bueno, gracias Dios mío.

Solo cenizas

No tenía sentido hablar de tiburones damas, si lo que más pesaba era lo otro, lo que uno lleva como un bulto en el estómago. Decirle la verdad aunque piense que no vales la pena, jugártelo todo a la carta de la verdad aunque pase lo mismo que ocurrió con Irina la rusa y sufras un desengaño que acabe de partirte al medio, que acabe de convertirte en solo cenizas como decía el viejo bolero que tanto le gustaba a tu padre, el

poeta, que nunca llegó a comprender la fascinación de Crazy Horse por el rocanrol. ¿Pero por dónde empezar a contar? ¿Qué parte elegir para narrarle a esta chica tan joven su vida llena de cicatrices y remiendos mal ejecutados?

—Léeme un pedacito –dijo ella y él hojeó la novela hasta encontrar la parte que más le gustaba, aquella en que Horacio se queja del cuello mojado del abrigo y empezó a leer en voz alta.

La bibliotecaria se acercó para decirles que molestaban a los otros usuarios.

—Disculpe –dijo Karen, se levantó y le tendió la mano– vamos.

Entregaron el libro y pasearon durante horas por la ciudad. Ella gozaba de una seguridad respecto a decisiones que tomar, dónde ir, qué hacer, que a Peter Kiss lo fascinaba y lo intrigaba a la vez. Conocía las calles más sombreadas, el helado más sabroso e incluso dónde encontrar las novedades cuando entraban a las librerías. Karen lo miraba a los ojos y ahora, a la luz del atardecer matancero, a Peter Kiss volvió a parecerle bella. Apenas le había contado nada de sí misma, solo que tenía otra hermana que estudiaba historia del arte en La Habana y que su padre estaba preso. Al decir preso lo miró a los ojos.

—¿Robo? –preguntó Peter Kiss.

—No –dijo ella– tenencia ilegal de divisa, pero en realidad está preso por decir lo que piensa.

—¿Preso político entonces? ¿Y cómo estudias medicina?

—Oficialmente no mantenemos relación con él –dijo ella– yo le escribo cartas siempre que puedo… ¿quieres ir a mi casa? Pero soy muy pobre, no esperes nada del otro mundo.

—Yo también soy pobre, solo tengo una cabaña a la que hay que arribar luego de nadar tres kilómetros.

—Vamos entonces –dijo ella.

Caminaron hasta un reparto situado en las afueras de la ciudad, Karen vivía en una casa de techo de tejas y paredes de madera. Tocaron y una mujer de unos cuarenta y tantos años les abrió la puerta.

Entraron. La sala era amplia, humilde y acogedora. El único adorno eran los anaqueles llenos de libros y una litografía de Servando Cabrera.

—Hola, señora.

—Mamá, este es Alejandro –dijo Karen.

La madre sonrió.

—Buenas, Alejandro –dijo y él tuvo la sensación de que había llegado a un sitio donde deseaba estar y no porque Karen le tomara la mano como si ya todo estuviera hablado entre ellos y fueran novios y tampoco porque la madre lo invitara a tomar café o batido de papaya que si le daban un segundito iba a preparar ahora mismo, sino porque se sintió libre de la necesidad de mentir, sintió que podía ser sincero. Decir lo mucho que extrañaba la sensación de la marihuana en la boca, lo mucho que le hacía falta su padre y lo mucho que extrañaba, que echaba de menos a la Crazy Horse de antes que se volviera tan formal, tan lista para la foto oficial del periódico del partido, lo mucho que extrañaba a la Crazy Horse que aprovechaba las horas de lavar y cocinar para cantarle canciones de los Beatles.

Cabeza de madera

Regresó a la Unidad y una semana antes de partir, cuando ya habían repartido las ropas, se cuadró ante el capitán de su compañía de paracaidistas buzos y dijo que no iba. Nada más. No dio explicaciones, no argumentó tener la madre enferma o la abuelita sin nadie que la cuide, se limitó a decir no voy.

—¿Sabes lo que estás haciendo? –preguntó el capitán– te recomiendo que lo pienses bien.

Él seguía en firme pues el otro no le había mandado a descansar.

—Ya lo pensé –dijo.

—¿Es por lo del muerto? Uno hace lo que debe y ya, no sabía que eras tan sentimental… recuerda singa, singa que la vida es pinga.

Antes, esas palabras lo hubieran hecho sonreír, pero ahora permaneció serio, mirando impertérrito al capitán.

—Bueno, descanse y claro, tendré que decírselo al coronel, veremos lo que hacemos con usted… y la verdad, nunca esperé esto, es usted un rajao.

Lo dijo en voz alta para que los demás reclutas lo oyeran y fue como una orden, un llamado de atención pero esta vez no funcionó. Nadie lo llamó rajao. Nadie se acercó a tirarle cosas, a darle manotazos y gritarle puta, maricón, como había ocurrido en otras unidades. Tampoco le organizaron un acto de repudio. Acababa de recibir una condecoración y un cuadro firmado por el mismo comandante en jefe, y sería muy difícil de justificar el hecho de que un soldado así fuera ahora un cobarde, un débil, de manera que el coronel quiso verlo a solas.

El hombre lo esperó en el despacho. Sentado en su butaca forrada de terciopelo, situada detrás de un buró barnizado sobre el cual destacaban entre libros y un montón de archivos, los bustos de Lenin y de José Martí, y un portarretrato con una foto del coronel y su bella hija. En la pared, retratos de Fidel, Raúl y Camilo Cienfuegos. Delante de ese buró había una silla de madera también barnizada y el coronel le pidió con un gesto que se sentara. La gorra de camuflaje del coronel también descansaba sobre el buró, en la mano derecha tenía un bolígrafo con la punta del cual golpeaba la madera del escritorio. Las manecillas del caro reloj de pulsera, regalo de Fidel Castro, indicaban las seis y media de la tarde.

El coronel lo miró a los ojos y durante un segundo, el Pepillo tuvo deseo de poder decir que todo era una equivocación, que sí iba, pero se contuvo.

—Ismael, tú eres como el hijo que no tuve –dijo el coronel– esperaba incluso que te decidieras, fueras a la academia a estudiar… pero ya veo que me equivoqué… ¿puedes explicarme qué te pasa? ¿Por qué esta locura?

—Porque no quiero ser como usted –dijo él sin poder evitarlo.

—¿Y cómo soy yo?

—Frío.

—Es necesario ser frío –dijo el coronel– tus palabras las considero un elogio...

—No quiero ser así –afirmó el Pepillo y no dijo más.

Siguió mirando al coronel a los ojos. Hasta que este dijo:

—Agradezco su sinceridad –y le tendió la mano y cuando el Pepillo la estrechó le pidió que saliera y cerrara la puerta tras él.

Lo trasladaron del regimiento de tropas especiales. Volvió a pertenecer a una de esas unidades donde van los cabezas de madera como él, unidad militar donde pasaba las horas de servicio chapeando un campo de tiro al que le crecía la hierba tan rápido que parecía imposible.

Libro compuesto en tipografía Spectral (Prodyction Type), distribuida bajo licencia Open Font License.